



LOS DOS PRÓFUGOS.

I.

DE CÓMO LLEGUÉ Á SER PERIODISTA.

LOCOFOCOVILLE 19 de Febrero de 1851.



MI QUERIDO SOBRINO: Durante mi permanencia aquí en el último verano, supe por tu madre que eras aficionado á la literatura, y que solias escribir algo para los periódicos. He leído algunos de tus trabajos, y debo confesarte que me han parecido mucho mejores de lo que yo me esperaba.

Deseo que vengas á fundar un periódico demócrata en Locofocoville. Para realizar esta empresa, segun los datos que yo misma he adquirido, necesitas disponer de un capital de unos mil doscientos ó mil quinientos dollars; pero yo costeo desde luego mil suscripciones, que pagaré anticipadamente, con arreglo á las siguientes cláusulas:

I. Remitirás los mil ejemplares representados por dichas suscripciones á las personas que yo te designe. Estas personas serán individuos del partido democrático, que, segun toda

probabilidad, no pensarían siquiera en prestarte el más insignificante auxilio. Cualquiera que sea el número de ejemplares rehusados ó devueltos, mi lista será siempre la misma. Si, por casualidad, se suscribe por su cuenta y de un modo directo alguno de los individuos anotándose en mi lista, deberás ponerlo en mi conocimiento inmediatamente, á fin de que yo pueda sustituir con otro nombre el del nuevo suscriptor voluntario.

II. Te abstendrás de todo ataque personal, y no deberás contestar nunca á los que te se dirijan. Yo quiero que confundas á tus adversarios, empleando en tus polémicas todo el comedimiento y toda la urbanidad posibles.

III. No harás nunca mencion de los distinguidos y aristocráticos modales, de los dueños de las fondas, ni de los ilustrados directores de los ferro-carriles, ni de los finos y galantes capitanes de los vapores, etc., etc. Desgraciadamente, la literatura es en nuestros dias más servil y más venal que en los tiempos de las antiguas dedicatorias.

IV. Cuando se verifique alguna eleccion, no deberás imprimir en tu periódico, sino dos veces á lo sumo cada dos años, frases semejantes ó análogas á estas: «Ahora que el humo de la última batalla política comienza á disiparse; ahora que cada partido puede contar sus muertos y sus heridos, etc.,» ú otras vulgaridades por el estilo.

V. En cada número del periódico deberás condensar las noticias políticas en un sólo artículo escrito, y no confeccionado á tijeretazos. Además, indicarás lealmente el origen de todos los artículos ó datos que tomes de tus colegas en la prensa.

VI. Tu periódico será de gran tamaño. Saldrá á luz una vez por semana y se titulará *El Liberal de Locofocoville*. Precio de la suscripcion por un año: dos dollars.

Si aceptas mi proposicion y mis condiciones, házmelo saber todo lo más pronto posible.

Tu tia,

EUNICE HENDERSON.

A Mr. Thomas Wynans, en Harrisburg.

II.

EL LIBERAL DE LOCOFOCOVILLE.

La carta que acabo de copiar dió por resultado poco tiempo despues la aparicion de el primer número de *El Liberal de Locofocoville*. A partir de este dia, sólo hubo dos sábados en que dejase de aparecer el periódico. Los sucesos que motivaron esta excepcion constituyen la base del relato que ofrezco á mis lectores.

Aparte de la generosa proteccion de mi tia, mi periódico prosperó mucho más de lo que yo podia prometerme. La pequeña ciudad contaba ya con una publicacion democrática. Este representante de la opinion ensalzó mi primer número bajo el punto de vista de la tipografía, deplorando al mismo tiempo sus tendencias políticas. Deseó un éxito brillante al nuevo colega, pero no se arriesgó á profetizárselo. Desde entonces, mi apreciable compañero descargó sus iras sobre mí con toda la violencia propia de la prensa de aquella época. Habiendo sabido que mi periódico estaba espléndidamente subvencionado por mistress Henderson, me apellidó mil y mil veces *el Sobrino de mi tia*. Yo le contesté dirigiéndole el siguiente suelto:

«*El Herald* (este era el nombre de mi insolente rival), enterado de lo mucho que debe nuestra publicacion á la generosidad de mistress Henderson y de los lazos que nos unen á tan respetable señora, se funda en ambos descubrimientos para calificarnos de *digno sobrino de nuestra tia*. Esto encierra á la vez una lisonja y una ingeniosísima alusion. Nosotros nos creemos en el deber de agradecerle su exquisita cortesía, felicitándole al mismo tiempo por su clarísimo talento, cualidades hoy tan raras, que bien merecen ser elogiadas las pocas veces que se tiene la fortuna de hallarlas.»

Despues de esta insignificante reyerta, seguí mostrándome indiferente á los ataques que se me dirigian, y puse sumo cui-

dado en seguir al pié de la letra las instrucciones dictadas por mi tía. *El Herald* y otros periódicos democráticos fueron cansándose poco á poco de perseguir á un colega que se mostraba firmemente decidido á no traspasar los límites de una prudente moderación. El director de *El Herald* era, despues de todo, una excelente persona, y acabamos por ser los mejores amigos del mundo.

Muchas de las personas á quienes mi tía enviaba gratis el periódico se habian suscrito voluntariamente, y los números que les estaban destinados fueron remitidos á otros nuevos destinatarios. La lista de mistress Henderson fué completamente servida mientras vivió la buena señora, que, como ya veremos más adelante, tomó diferentes medidas para que las cosas continuaran en el mismo estado áun despues de su muerte. Aquella distribución permanente, además de la tirada que yo lograba ir aumentando, me fué sumamente útil bajo el punto de vista de la publicidad, porque el producto de los anuncios fué creciendo al mismo tiempo que el de la venta.

Mi abstención sistemática de toda discusión irritante pareció insípida á cierta clase de lectores, y esto fué causa de que abandonasen la suscripción; pero, en cambio, me atrajo las simpatías de otra clase más respetable y mucho más importante para un periodista rural, que es la que constituye la mayor parte de mi clientela. En resúmen, tengo sobrados motivos para estar satisfecho de la conducta que he seguido hasta aquí, y declaro francamente que tal vez no hubiera logrado un éxito tan lisonjero en el caso de haber seguido mis propias inspiraciones. Abrigo la completa seguridad de que los consejos de mi tía han contribuido, tanto por lo ménos como su generosa esplendidez, al favorable resultado de mi empresa.

III.

LA CASA DE MI TIA.

Mi tia era mujer de unos cuarenta y cinco años, alta, gruesa y de mirada inteligente y llena de fuego. Como carácter, era un verdadero modelo de rectitud y de equidad, y no habia nada que ella aborreciese tanto como la mentira y los subterfugios. Siempre compasiva con los pobres, acogia sobre todo á los que estaban desacreditados y hallaban cerradas todas las puertas. Su considerable fortuna y la influencia que debia á su desahogada posicion, la permitian sacudir el yugo de ciertas tiranías sociales, circunstancia que la hacia pasar por una señora excéntrica. Por doquiera que dirigia sus pasos, desmesuradamente largos y rápidos, iba creando cierta atmósfera de sano criterio y de excelentes sentimientos. Era indudablemente la persona más simpática que he conocido en todos los dias de mi vida. No era posible permanecer un instante en su amable compañía sin experimentar la influencia de aquella naturaleza vigorosa y sana, aunque un tanto extraña. Mistress Henderson tenia una pasion decidida por la lectura de los clásicos ingleses y por la de los escritores modernos que están llamados á figurar un dia entre los mismos clásicos. La idea democrática contaba con una inmensa mayoría en Locofocoville, y mi tia era uno de los whigs más decididos y más constantes de la localidad. A pesar de su gran prestigio, todo el mundo la consideraba más bien como una excelente propagandista que como una mujer dueña del áura popular. Era viuda y sin hijos, y la persona más rica de todo el vecindario.

Mi tia habitaba una casa sumamente rara y destartalada, ó más bien un conjunto de casas edificado á propósito por orden suya, con objeto de que sustituyeran su antigua morada, que habia sido presa de las llamas; teniendo presente esta circunstancia, las habia hecho construir de piedra sillería, y los tejados todos estaban cubiertos de planchas de zinc, á fin de evi-

tar en lo posible otra desgracia análoga. Los principales edificios, en número de cuatro, tenían dos pisos y se hallaban agrupados en los cuatro ángulos de una ancha torre cuadrada que constaba de tres cuerpos. La entrada principal se hallaba situada en la torre, casi enteramente ocupada por una gran escalera circular. Todas las habitaciones eran notables por la amplitud y magestad de sus proporciones. Las del segundo piso estaban abovedadas. Aquella especie de palacio *sui generis* existía, y existe aún, á una milla próximamente del pueblo, y en el centro de una inmensa posesion.

—Querido Tour, me dijo mi tia, yo me basto á mí misma, y, en realidad, casi pudiera decir que no necesito absolutamente de nadie; pero hay momentos en que la soledad se me hace demasiado pesada. Vente á vivir á mi casa, y de este modo ejercerás un acto de caridad. Yo dejo á tu disposicion una magnífica biblioteca, y te autorizo para que elijas media docena de habitaciones.

Yo, en vista de esto, fijé mi domicilio en el piso tercero de la torre, no solamente por las hermosas vistas que desde él se disfrutaban, sino porque de este modo podia yo hallarme mucho más tranquilo que en ninguna otra parte. Pero pronto tuve ocasion de ver que acerca de este último extremo andaba sumamente equivocado. La torre comunicaba de un modo directo, y tambien por medio de varias galerías, con todas las habitaciones de la casa, porque, en asuntos de arquitectura, uno de los grandes principios de mi tia era que no debia uno verse nunca en la necesidad de pasar por una habitacion para dirigirse á otra. Esta singular disposicion, unida á la comodidad de la magnífica escalera de la torre, hacia que mi alcoba y mi gabinete de estudio fuesen el punto de cita de todos los ruidos de la casa. Era una verdadera *galería de murmullos*. Sin embargo, yo insistí en la eleccion que habia hecho, porque no quise renunciar á mis hermosas vistas, ni confesar que habia andado desacertado, y mucho ménos al observar que desde el fondo de mi despacho podia oír casi distintamente todas cuantas palabras se pronunciaban en la casa.

IV.

EI. ASESINATO.

Llevaba ya dos años establecido en casa de mi tía, cuando una noche del mes de Julio me encerré en mi habitación con objeto de escribir mi crónica política de la semana, que debía publicarse al día siguiente, puesto que este día siguiente era sábado.

Dicha crónica me costaba generalmente, y sigue costándome todavía, muchísimo trabajo. Yo tengo la costumbre de bosquejar una especie de cuadro sinóptico de todos los sucesos ocurridos, y sazono la exposición de los hechos con reflexiones de mi propia cosecha. Un artículo redactado de este modo exige más tacto y más discernimiento que el que pueden suponer la mayor parte de los lectores. Se trata nada menos que de clasificar los acontecimientos presentándolos en el orden que verdaderamente reclama su importancia. Muchos sucesos que para ellos son igualmente importantes ó frívolos, cambian de carácter para el director del periódico, según que se alejen más ó menos del principal objeto de la publicación. Luego, una vez terminado el artículo, se encuentra uno con las noticias llegadas á última hora, y que es preciso añadir á modo de postdata. Las personas que durante mis raras ausencias han ocupado mi sillón de director en jefe, han convenido, por regla general, en que la redacción de la crónica semanal era sumamente difícil.

La noche á que me refiero trabajé sin interrupción hasta después de las doce. Durante todo este tiempo, y como sucedía siempre, los ruidos todos de la casa llegaron perfectamente hasta mi oído. Yo oí los discursos nocturnos de James y de Maggie Penfiel, los dos criados en quienes mi tía depositaba toda su confianza, y que dormían en la habitación situada encima del comedor. Yo sorprendí los misteriosos secretos que cambiaron entre sí las dos fregonas de la casa, en el pasillo que con-

ducia á su dormitorio. Sin embargo, aquellos ecos de chinchorrerías domésticas, á las cuales me hallaba ya perfectamente acostumbrado, fueron apagándose poco á poco, y todo quedó sumido en un profundo silencio.

A cosa de la una de la madrugada creí notar al pié de la escalera un ruido duro y seco que continuó durante algunos minutos. Al principio apenas me fijé en ello, suponiendo fuese algun raton encerrado que trataba de procurarse una salida. Luégo, cuando la cosa comenzó á llamarme más la atención, el ruido cesó completamente.

Mi trabajo nocturno tocaba ya á su fin. Estaba corrigiendo mis cuartillas é iba á borrar un párrafo que contenia un sin fin de disparates, cuando un nuevo ruido, como de gente que procura andar con todo el misterio posible, vino á llamar nuevamente mi atención. Mi primera idea fué creer que habia ladrones en casa.

—¡Bah! exclamé al poco rato, será mi tia ó alguna de las criadas que ha bajado de la cama y anda descalza por la alcoba.

Tranquilizado con esta suposicion, continué nuevamente mi trabajo durante unos cinco minutos, sin volver á preocuparme de los insólitos rumores que llegaban hasta mí.

De pronto, la voz de mi tia vino á turbar mi seguridad.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué quereis? exclamaba en voz alta.

Hubo entónces un precipitado tumulto y luego una detonacion seguida del ruido que produce al caer un cuerpo pesado.

Yo cogí mi revólver y me lancé á la escalera, que bajé en cuatro saltos.

La puerta principal de la torre se encontraba abierta, y la luna brillaba en todo su esplendor. Mi tia, envuelta en un peinador blanco, yacia sin movimiento al pié de la escalera. Tres hombres, uno de los cuales corria detrás de los otros dos, huian por la avenida que desemboca en la carretera. Yo disparé sobre ellos todos los tiros de mi revólver. El individuo que corria en seguimiento de sus compañeros, cayó al suelo á mi segundo disparo; pero volvió á ponerse en pié inmediatamente y alcanzó á los otros, que corrian como unos desesperados.

Yo retrocedí en busca de mi tia. No daba señal alguna de vida. Cogerla en mis brazos, conducirla á su habitacion y acostarla sobre su cama fué todo ello obra de un instante. Mientras yo la trasportaba á su alcoba, me pareció que hacia algunos esfuerzos para respirar. Pero debí equivocarme sin duda alguna, porque luego se averiguó que tenia el corazon atravesado de un balazo.

Yo encendí una bujía. Entónces únicamente fué cuando Maggie Penfield, la más vieja y la más valiente de todas las criadas, apareció en el lugar de la catástrofe.

—Maggie, exclamé, llamad á vuestro marido y á las criadas. ¡Ahora mismo acaban de asesinar á la señora!

Maggie se quedó estupefacta. Yo tuve que darle dos ó tres veces la misma órden para lograr que comprendiese mis palabras. Consiguió por fin serenarse algun tanto, encendió un quinqué, y cogiendo el candelero que yo tenia en la mano, corrió en busca de los otros criados, despiertos todos desde el primer disparo, pero siempre inmóviles y llenos de miedo en sus respectivos lechos.

Yo les expliqué como me fué posible lo que acababa de ocurrir y les mandé que fuesen inmediatamente al pueblo en busca del médico, del magistrado y del scherif. Ninguno de ellos se movió de su sitio.

—Puesto que no teneis valor para nada, les dije, quedaos aquí; yo mismo me encargo de hacer todas esas diligencias.

—Sí, señor, todos tienen miedo, dijo Maggie. Ya veis que la cosa no es para ménos; pero yo haré lo que deseais, y estoy segura de que no me dejarán que vaya sola.

La robusta irlandesa salió corriendo sin perder un sólo instante, escoltada por su marido y por las dos criadas.

Yo los ví alejarse al resplandor de la luna; grupo extraño, tanto por el azoramiento de aquellas pobres gentes, como por el ridículo aspecto de sus trajes: las mujeres iban en enaguas y sin medias; James en mangas de camisa y con el pantalon sujeto por un sólo tirante.

Al cabo de unos cuantos minutos, cogí el quinqué y comencé á examinar todas las habitaciones, con objeto de descubrir las huellas de los asesinos. La puerta de entrada habia sido

abierta indudablemente con ayuda de una pequeña palanca introducida en la cerradura, haciendo girar la llave colocada en la parte interior. Al examinar la llave observé que las guardas estaban brillantes y como arañadas, lo que indicaba que habian sido violentadas recientemente. La palanca debia haber hecho un trabajo muy penoso, y á esto atribuí desde luego el ruido que primeramente llamó mi atencion.

Habia al pié de la escalera una especie de retrete abovedado y cubierto de planchas de hierro, cuya puerta, cubierta tambien de hierro por la parte exterior, se hallaba pintada de color de madera. Este gabinete contenia un arca de hierro, cerrada con un candado, en la cual conservaba mi tia todos sus valores. Los asesinos habian forzado la cerradura del gabinete. Su propósito era, sin duda, abrir ó llevarse el arca, con la cual podian cargar, en caso necesario, dos hombres vigorosos. Mi tia, cuyo ánimo y serenidad eran siempre superiores á toda clase de peligros, los habia sorprendido en el momento de llevar á cabo sus siniestros planes. Yo sospeché que habia debido coger á uno de los malhechores, siendo herida en aquel mismo momento sin tener siquiera el tiempo necesario para pedir socorro.

Despues de visitar minuciosamente el interior de la casa, me puse á explorar la parte exterior, pero no descubrí absolutamente huella de ningun género. Recordé entónces que el ruido de pasos que habia llegado hasta mí era sumamente débil, y como de personas que anduviesen descalzas. Deduje de todo esto que los ladrones llevaban una especie de albarcas muy usadas entónces entre la gente del campo. No podian, por lo tanto, haber dejado impresas sus huellas ni sobre la arena ni sobre el menudo césped de los prados artificiales que rodeaban la casa.

Despues de dar por terminadas todas estas investigaciones, volví á la habitacion en que habia colocado sobre su propio lecho el cadáver de mi tia.

Dejé el quinqué encima de la chimenea. En esta situacion la luz iluminaba completamente el rostro de la muerta. Su expresion era grave, pero no tenia nada de dolorosa ni se hallaba tampoco contraida. Yo me apoyé sobre el mármol de la

chimenea y contemplé aquellas rígidas facciones que, pocas horas ántes, habia visto resplandecientes de salud y de vida. ¿Cuánto tiempo duró aquella contemplacion? Lo ignoro. Yo creia que los criados de casa no iban á volver nunca. La impaciencia con que aguardaba su regreso, la desgracia que acababa de ocurrir, aquel cadáver que se ofrecia ante mi vista, todo contribuyó á sumergirme en un mar de cavilaciones tan incoherentes como absurdas. Mi imaginacion no podia fijarse absolutamente en nada. Yo calculaba que debia haber herido á uno de los asesinos, pero recordé tambien las malas condiciones de mi revólver. Este, conforme al antiguo sistema, era un conjunto de cañones que giraban en torno de un centro comun, y que en resúmen constituia un arma de poco alcance y de ninguna precision. Comencé entónces á discurrir acerca de este particular, y mi mente, cada vez más trastornada, me hizo suponer que habia inventado una pistola de repeticion infinitamente superior á todo cuanto se habia fabricado hasta entónces. Luego discurrí el modo de aplicar mi invencion á los fusiles y á los cañones de artillería; pero un súbito remordimiento me hizo comprender la inconveniencia de semejantes preocupaciones en tan críticos momentos. Entónces comencé á considerar las excelentes prendas morales que adornaron en vida á mi difunta tia. ¿Cómo pasó mi imaginacion desde este capítulo al de un caballo sumamente viejo que llevaba ya una porcion de años refocilándose en sus cuadras y en sus dehesas? Confieso que nunca he podido comprenderlo. Sea como fuere, yo me pregunté con cierta ansiedad por qué aquel caballo, que era blanco, se llamaba *Príncipe Negro*. A fuerza de desvanecerme la mollera acabé por deducir que el bucéfalo en cuestion fué sin duda negro en su juventud, y habia encanecido al llegar á la vejez.

De pronto, creí que la muerta cambiaba de semblante. Parecia sonreirse burlonamente como una persona á quien refieren ó leen algun suceso muy chistoso.

Sin embargo, enseguida comprendí que era una ilusion producida por el juego de las sombras. En efecto, una ligera brisa que acababa de penetrar en la habitacion por la puerta que habia quedado abierta, hacia oscilar la luz del quinqué.

Coloqué la luz en otro sitio, quedó el rostro iluminado de perfil. Aquel rostro tomó entónces la espresion que yo habia observado en él infinidad de veces, cuando mia tia escuchaba los sermones de nuestro excelente, pero verboso capellan: una espresion de fastidio soportado con santa mansedumbre.

Comenzaba ya á fundar sobre todas estas observaciones una disertacion acerca de la elocuencia sagrada, cuando un ruido de voces me anunció la llegada de varias personas. Eran los criados de la casa, un médico, un magistrado, el scherif, tres ó cuatro gentlemen y dos señoras. Yo, luchando con mil dificultades, les referí todo lo ocurrido. El dolor, acallado un momento por la sorpresa, embargaba completamente mi ánimo, me ponía una especie de nudo en la garganta y casi me impedía hacer uso de la palabra. Al cabo de unos cuantos minutos, no pude soportar la terrible angustia que experimentaba, y comencé á llorar lo mismo que un niño. Mi desesperacion fué contagiosa. Resonaron en toda la casa las lamentaciones de las mujeres, y los hombres no pudieron ocultar la emocion que los dominaba. Por último, Maggie Penfield me cogió por un brazo y me condujo á mi habitacion, en donde continué dando rienda suelta á mis lágrimas. El cansancio fué poco á poco cerrando mis párpados, y me dormí para no despertarme hasta las diez de la mañana.

Cuando volví á bajar, hallé al coroner instruyendo la correspondiente sumaria. Habia ya terminado el interrogatorio de los criados. Yo tuve que referir, bajo la fé del juramento, todo cuanto sabia relativo á la muerte de mi malograda protectora. Yo dicté mi deposicion con toda la concision y claridad posibles. El doctor examinó la herida y manifestó que la difunta habia sido herida en el corazon. Segun su declaracion, el asesino debió hacer fuego sentado ó acostado, lo cual permitia suponer que mi tia lo habia derribado al suelo. Esto no me produjo ninguna sorpresa, porque conocia perfectamente su valor y su prodigiosa fuerza. De las diligencias practicadas por el coroner, resultó que mistress Henderson habia sido muerta de un pistoletazo disparado por una persona desconocida.

Era sábado, y mi periódico debia publicarse aquel mismo

dia. El director de *El Herald* me dió pruebas en aquellas tristes circunstancias de una amistad y un desinterés superiores á todo elogio. El se personó en mi imprenta, dirigió la tirada del periódico y adoptó todas las medidas necesarias para que quedase repartido en tiempo oportuno, no sin añadir de su propia mano un artículo, en el cual daba cuenta del asesinato, y pagaba un generoso tributo á la memoria de la difunta.

Los funerales se verificaron el lunes siguiente, y despues de terminada esta ceremonia, volví á mi despacho y continué desempeñando mis funciones de redactor en jefe. Dos dias despues fueron examinados los papeles de mi tia en presencia de todos los parientes suyos y de su difunto marido. Su notario presentó un testamento escrito por mistress Henderson unas cuantas semanas ántes de su muerte, por el cual legaba á la familia de Mr. Henderson todo cuanto debia á la generosidad de éste. En cuanto á su fortuna personal, mi tia la distribuia entre sus propios parientes, y debo decir que yo figuré entre todos ellos como el más favorecido. Dejábame su casa y las tierras colindantes, y me nombraba además su ejecutor testamentario y legatario universal. Una cláusula del testamento me imponia la obligacion de continuar, durante diez años despues de su muerte, la publicacion de *El Liberal de Locofocoville*, previniéndome que continuase distribuyendo gratuitamente cada semana mil ejemplares en la misma forma que venia haciéndose hasta entónces. Mi tia fiaba á mi honradez la ejecucion de estas últimas disposiciones.

V.

LA INOCENCIA EN LA CÁRCEL.

El scherif y sus agentes desplegaron una gran actividad durante los cinco dias que siguieron á la muerte de mi tia, con objeto de descubrir al asesino y á sus cómplices; pero todas sus pesquisas fueron completamente inútiles. Este resultado

negativo hizo decir á no sé quien que la policía andaba completamente desorientada, y esto sirvió de punto de partida á esos extraños rumores que circulan muchas veces, sin que nadie sea capaz de determinar la causa que los produce.

A la mañana siguiente del día en que se dió lectura del testamento, al dirigirme yo á la redaccion, me encontré con dos ó tres personas que contestaron con marcada frialdad á mis saludos y pasaron por mi lado sin querer detenerse. Yo no dí al pronto ninguna importancia á todo esto; pero mediaron luego mil y mil circunstancias que me obligaron á recordarlo. Al llegar á la imprenta observé en todos los rostros una expresion sumamente extraña. Mientras atravesaba los talleres para llegar á la habitacion en que habia establecido mi santuario, todo el mundo me miró sin dirigirme la palabra. Yo tuve una ligera sospecha de que mis empleados estaban hablando de mí y de que mi aparicion entre ellos les obligaba á permanecer silenciosos. En cuanto cerré la puerta de mi despacho, produjéronse grandes rumores en la parte exterior. Yo me puse á escuchar atentamente. Aquellos rumores iban acentuándose cada vez más; pero no me fué posible entender ni una sola palabra.

Habia entónces en mi imprenta un obrero inglés, hombre muy inteligente; pero cuya conducta dejaba bastante que desear. Pasaba su vida recorriendo los Estados de la Union, deteniéndose en los pueblos en que hallaba trabajo, y abandonándolos al poco tiempo para ir á trabajar á otra parte sin más motivo que el deseo de cambiar continuamente de residencia. El viejo Jorge Armstrong (que así se llamaba), era además un poco borracho; pero un borracho algo raro. Compraba una cuartilla de *whisky*, se encerraba en su habitacion y permanecia en ella, tranquilo y dichoso como en la viña del Señor, todo el tiempo que duraba aquella respetable cantidad de aguardiente. El disculpaba esta costumbre diciendo que el frecuentar las tabernas costaba demasiado dinero y era cosa además poco digna de un gentleman.

Aquel caprichoso tipógrafo entró en mi despacho y me suplicó que le ajustase la cuenta, porque pensaba ponerse en camino.

—Pues nos dejais en muy mala ocasion, le dije. Tenemos ahora muchísimo trabajo, y vuestra ausencia va á causarnos tal vez algun trastorno.

—Yo tenia el propósito de continuar aquí todavía, me contestó; pero no creo que la imprenta siga funcionando durante mucho tiempo.

—No comprendo que haya nada que pueda interrumpir nuestros trabajos...

—¡Ah! ¿conque no sabeis lo que ocurre? Pues yo voy á decíroslo. Casi todo el mundo cree que sois el asesino de vuestra tia. No necesito aseguraros que esa creencia me parece extraordinariamente absurda; pero ¿qué quereis? la opinion pública es siempre lo mismo; cuanto más grandes son las necedades, tanto mejor se las traga. Los ánimos están muy irritados contra vos. Comienza ya á reunirse mucha gente á la puerta de la calle, y estais muy expuesto á que suceda alguna desgracia. Si me permitís daros un consejo, os diré que debeis poneros en salvo. No hay nada tan ciego como el furor popular; por consiguiente, no intentéis luchar con él ni un sólo momento.

—¡Es posible!... exclamé yo completamente estupefacto.

—Creedme, señor, poneos en salvo. Ya veis que yo soy demasiado viejo y demasiado inútil para poder prestaros algun auxilio. Hacedme, pues, el favor de pagarme mi salario, y permitidme que me aleje de aquí todo lo más pronto posible.

Yo entregué á aquel pobre hombre la cantidad que se le debia. En cuanto se separó de mí y tuve tiempo para reflexionar, acudieron á mi memoria con toda su terrible significacion las circunstancias en que apenas me habia fijado aquella misma mañana. Pronto pude convencerme de que Armstrong no me habia engañado. La tempestad comenzaba á rugir espantosamente en torno de mi despacho. El tumulto y los gritos eran cada vez más amenazadores.

Escribí á toda prisa cuatro líneas al scherif, avisándole lo que ocurría y solicitando su proteccion. Confié aquella esquila al *diablillo* de la imprenta, un jóven árabe, negro como el azabache, más templado que el acero y más astuto que un

zorro de diez años. Y por cierto que este hijo de Mahoma publica actualmente en Filadelfia un periódico religioso ortodoxo.

Me asomé á la ventana para verle partir. El prudente mensajero comprendia la situacion mejor que yo. En vez de salir corriendo con mi esquila en la mano, la ocultó en su gorra de papel, cogió con una mano un cubo y con la otra uno de los grandes cepillos de la imprenta, y echó á andar tranquilamente, y silbando una melodía de su país, hasta alejarse del inmenso gentío situado delante de la puerta de la calle. Entonces arrojó aquellos inútiles trebejos y comenzó á correr como un ciervo perseguido.

El scherif llegó un momento despues con una escolta de unos veinte hombres. Colocáronme entre ellos y nos pusimos en marcha. Aquel digno funcionario me hizo comprender que toda comparecencia ante un magistrado seria peligrosa, y que el único medio que se le ocurría para sustraerme á los ataques y violencias de la multitud era alojarme desde luego en la cárcel. El tropel de gente que nos rodeaba era cada vez más numeroso y amenazador; pero el scherif y sus satélites eran hombres resueltos y bien armados, y además de esto gozaban de un gran prestigio en la localidad. Gracias á su proteccion no tuve que lamentar ningun mal tratamiento, áun cuando la exasperacion de aquellas gentes se manifestaba por medio de furiosos gritos, que nada tenian de tranquilizadores.

El scherif no se contentó con encerrarme en la cárcel. Introdújome en el calabozo de los reos ya sentenciados, y en él permanecí completamente sólo. Sin embargo, no mandó que me pusiesen los grillos. Una silla, un colchon con sus correspondientes mantas, una mesita y todos los objetos necesarios para escribir me fueron concedidos desde luego. En una palabra, quedé instalado todo lo cómodamente que era posible, dadas aquellas difíciles circunstancias.

Afortunadamente, ni el scherif ni ninguno de sus dependientes me creian culpable. No era de temer, por lo tanto, que se coaligasen con el populacho resueltamente amotinado en contra mia. Esta confianza en mi inocencia provenia sin duda alguna de la seguridad en que se hallaban de no haber andado

desorientados en las pesquisas practicadas en busca del asesino de mi tía. Cuando la vanidad de las gentes se halla en perfecta armonía con vuestros intereses, podeis desde luego confiar en ellas, salvo muy ligeras excepciones. El scherif habia sido militar en sus buenos tiempos. Era un hombre excelente, ostentaba una gran calva, se hallaba dotado de un vientre enorme, tenia una fuerza hercúlea y gozaba de una envidiable popularidad. En las circunstancias en que yo me hallaba, no era posible desear un defensor más valiente ni más decidido.

Desde el momento en que ingresé en mi calabozo hasta mucho despues de las doce de la noche, permaneció en frente de la cárcel un gran número de individuos, gritando como unos condenados y profiriendo contra mí las más horribles amenazas. Hablaban nada ménos que de echar las puertas abajo para apoderarse de mi persona. El más furioso de todos ellos era un tal Stanley, hombre fornido como un toro y que pasaba por un rufian de lo peor que podia encontrarse en el país. El calabozo en que yo me hallaba recibia la luz por una pequeña reja, situada interiormente á unos cinco piés de altura, pero que se elevaba por la parte exterior á más de nueve piés sobre el piso de la calle. A cosa de las doce de la noche, Stanley arrimó una escalera de mano á la pared y comenzó á subir por ella, revólver en mano; pero Charlie (este era el nombre familiar con que todo el mundo conocia al scherif), derribó la escalera de un puntapié, y cogiendo por el cuello á aquel bribon. le dijo al oido unas cuantas palabras, que lograron calmarle como por encanto.

—Hijos míos, exclamó el scherif con acento enérgico y al mismo tiempo fraternal, hacedme el favor de retiraros, ó tendreis que habéros las conmigo; ya sabeis que yo no me ando con chiquitas cuando se me apura la paciencia. Reflexionad que no es cosa de que yo pase la noche en vela porque á vosotros se os haya metido en la cabeza el venir aquí á gritar como unos energúmenos. ¡Conque, á ver si os largais de aquí más pronto que la vista!...

—Nosotros no censuramos vuestra conducta, amigo Charlie, gritó una voz en medio de la multitud; vos no haceis más que cumplir con vuestro deber.

Los grupos fueron disolviéndose poco á poco. Cuando ya no quedó bicho viviente por aquellos alrededores, Charlie vino á buscarme á mi calabozo, me entregó una pistola y varios cartuchos, y me dijo:

—Yo voy á acostarme. Ya llevo tres noches sin meterme en la cama, gracias á esas dichosas pesquisas que no han servido para maldita de Dios la cosa. Si alguno de esos bergantes asoma las narices por la reja, dejadlo seco de un tiro. Yo me encargo de enterrarlo. Buenas noches.

—¡Buenas noches, Charlie, y que Dios os lo pague!

Yo era jóven é intrépido en aquella época; pero debo confesar que no pude cerrar los ojos hasta despues de despuntar el dia.

VI.

MI COMPAÑERO DE CALABOZO.

La cárcel de Locofocoville era un edificio tosco, que consistia en un conjunto de habitaciones de madera pésimamente construidas. Exceptuando el calabozo que yo ocupaba, ninguno de los departamentos del susodicho edificio ofrecia el menor asomo de solidez. Charlie decia que era mucho más fácil salir de aquella cárcel que entrar en ella. En cambio, el calabozo que me servia de asilo estaba considerado como una obra maestra de arquitectura defensiva. El pavimento se elevaba dos piés sobre el nivel general de la cárcel. Todo aquel espesor estaba formado por un zócalo de obra de fábrica de una gran resistencia. Dos espesas planchas de hierro sujetas entre sí, formaban una sólida puerta de seguridad. Las paredes estaban revestidas con otras planchas por el estilo, y tambien del mismo metal, reforzadas por enormes barrotes pendientes de unas colosales abrazaderas.

Al siguiente dia de mi enarcelacion y á cosa de las doce de la mañana, presentóse Charlie en mi calabozo acompañado de un juez de paz, y me dijo que él no queria contraer una grave responsabilidad deteniéndome de aquel modo sin un

mandato en debida forma. En vista de esta declaracion, el juez me aconsejó que me prestase á sufrir un interrogatorio.

—¡Ah! exclamó Charlie, ¿no sabeis que ha sido el pastor evangélico quien se ha encargado de denunciaros? Los curas y las viejas se hallan siempre dispuestos á creer en la culpabilidad del prójimo. El pastor se encuentra además bajo la influencia del populacho. El ha manifestado la necesidad de que se os forme una causa criminal, y puedo apostar ciento contra uno á que desea que os ahorquen todo lo más pronto posible...—¡Ah! otra cosa; acabamos de echar el guante á Mick Mollen, el ladron de caballos irlandeses, y me alegro en el alma, porque creo que él podrá decirnos algo interesante acerca de vuestro asunto. Al otro lado de la frontera del condado hay un verdadero nido de ladrones y foragidos. Mick Mollen no está asociado con ninguno de ellos, porque siempre trabaja por su cuenta y riesgo; pero es muy probable que conozca la vida y milagros de todos esos malandrines, y no será extraño que nos ayude á descubrir quiénes han sido los asesinos de vuestra tia.

El juez de paz, despues de someterme á un largo interrogatorio, formuló contra mí el correspondiente auto de prision. Yo sospeché por su actitud y sus palabras que el bueno del hombre opinaba lo mismo que el pastor. Las cortísimas frases que me dirigió fueron pronunciadas en tono severo, y pareció llevar muy á mal la respetuosa consideracion con que Charlie me trataba.

Este me manifestó, luego que nos quedamos sólos, que la efervescencia popular se habia calmado algun tanto, pero que todo el mundo continuaba creyendo en mi culpabilidad, y que esta creencia proseguiria cada vez más firme mientras no se lograse dar con los verdaderos culpables.

—Vos podeis continuar en este calabozo, me dijo, ó pasar á la cuadra en que se hallan los demás detenidos, como gustéis. No quiero yo, por culpa del juez ó del pastor ó de una cáfila de imbéciles, cometer la locura de trataros como si fuéseis un miserable asesino.

Yo le agradecí su buena intencion y le dije que preferia continuar en el mismo calabozo.

—Lo malo es, añadió, que voy á verme en la necesidad de daros por compañero á ese maldito ladron de caballos. Es un hombre que logra siempre escaparse de las cárceles, y el no encerrarlo aquí, que es el único calabozo formal que tiene este edificio, vale tanto como ponerle de patitas en la calle.

—¡Nada! ¡nada! contesté yo; traedle aquí, puesto que no hay otro remedio. Quiere decir que si acaso me molesta, ya os lo avisaré oportunamente.

Al poco rató volvió á abrirse la puerta de mi calabozo; trajeron otro colchon y lo colocaron á la mayor distancia posible del mio. Mick Mollen apareció un momento despues, con las manos sujetas por esposas, y la doble puerta de hierro quedó nuevamente cerrada con dos vueltas de llave, un enorme cerrojo y su correspondiente candado. Mientras verificaban todas estas operaciones, continué escribiendo en mi mesita, á la débil claridad que penetraba por la pequeña reja de aquella miserable estancia.

Mick Mollen era un robusto moceton en toda la fuerza de su juventud; cabeza redonda, cabellos cortados al rape, ojos expresivos y risueños, y gruesos labios empujados al exterior por una dentadura prominente; en suma, su rostro reflejaba una gran dosis de franqueza y de excelente buen humor. Su primera ocupacion fué contemplar las fortificaciones interiores del calabozo con un aire de desesperacion demasiado cómico para ser verdadero; luego se tendió sobre su colchon y comenzó á dormir como un bienaventurado.

Un poco despues de la puesta del sol nos trajeron nuestras comidas. Y me sirvo intencionadamente del plural, porque habia una notable diferencia entre la excelente comida que Charlie me enviaba de su propia mesa y la mezquina bucólica de mi compañero, que consistia únicamente en una cazuela de puches de maíz.

—Amigo mio, dije yo volviéndome hácia Mick Mollen tan pronto como el carcelero nos dejó sólo, me han traído una comida mejor que la vuestra, y es muy probable que continúen haciendo lo mismo todos los dias. Pero es el caso que á mí me gustan extraordinariamente los puches de maíz. Cuando era muchacho envidiaba la suerte de los presos porque tenian

la fortuna de comerlos todos los días. De modo que si no tenéis inconveniente en ello, haremos mesa redonda todo el tiempo que permanezcamos juntos en esta endemoniada jaula.

—Dispensadme, caballero, contestó Mick Mollen rascándose la cabeza todo lo bien que puede hacerlo un hombre que se halla con las manos sujetas, pero no me es posible creer que tengais tan extraordinaria afición á los puches. Yo acepto sin embargo vuestro delicado ofrecimiento.

—¿Teneis costumbre de fumar? le pregunté al terminar nuestra comida.

—¡Ah! yo os aseguro que daría la mitad de mi alimento con tal de que me dejasen saborear mi vieja pipa; pero esos bribones me la han arrebatado.

—Yo tengo aquí una caja de cigarros; si esto puede consolaros de la pérdida de vuestra pipa, fumad todo cuanto se os antoje.

Mick cogió un cigarro y lo encendió con tan admirable soltura, que yo no pude por ménos de preguntarme por qué le habían puesto las esposas.

Antes de que acabásemos de fumar nuestros cigarros, oímos ruido de llaves y cerrojos. Mick, pronto como el rayo, y haciendo ménos ruido que un gato, colocó su cazuela cerca de sí, para dar á entender que habíamos comido separadamente, y se tendió sobre su colchon. Cuando nuestro guardian entró para llevarse la vajilla, estaba refiriéndome mi compañero con toda la tranquilidad del mundo yo no sé qué historia sobre el mejor sistema para adiestrar los potros.

Al alejarse el guardian volvió Mick á cojer su cigarro y acabó de fumárselo con visibles muestras de satisfaccion.

—Ya os habrán dicho, sin duda, exclamó despues de una larga pausa, que estoy preso por haber robado un caballo, lo cual quiere decir que probablemente acabaré por ingresar en la casa grande, en la cual tendré que ejercer el oficio de sastre.

—Sí, he oido algo de eso.

—Yo no sé si cometeré una indiscrecion dirigiéndoos algunas preguntas; pero estoy atormentándome inútilmente la mollera para adivinar cómo diablo es que os hallais aquí, con vuestros cigarros y vuestros fósforos, vuestras plumas y

vuestro *beefsteak*, vuestro *purée* de patatas y demás adminículos, y á todo esto, sin esposas, ni grillos, ni cosa que se le parezca. Os aseguro que en ninguna cárcel he visto nada tan chocante.

Yo le referí, en pocas palabras, el asesinato de mi tia y las circunstancias que habian motivado mi prision.

Mick permaneció silencioso, durante un largo rato.

—Pues, señor, creo que debeis ir pensando en salir de aquí cuanto ántes.

—No sé qué es lo que quereis decir.

—Yo procuraré explicarme. Cuando se reuna el gran jurado os considerará como reo de asesinato en primer grado. Luego, el pequeño jurado os declarará culpable, y en vista de esto, vuestro amigo Charlie os llevará á la horca, si es que para entonces no habeis ya tomado las de Villadiego. ¿Comprendeis ahora lo que digo?

—Sí, pero yo debo advertiros que soy inocente. No creo que haya ningun jurado capaz de declararme culpable.

—No os hagais muchas ilusiones. Yo, aquí donde me teneis, he sufrido tres acusaciones por robo de caballos. He logrado salir absuelto dos veces, y las dos veces era verdaderamente culpable. Pero una vez me condenaron por haber robado un caballo, y el dichoso caballo no lo habia yo visto en todos los dias de mi vida. Más de un hombre de bien ha sido ahorcado con muchas ménos pruebas de las que resultan contra vos. Si teneis algun apego á vuestra cabeza, os aconsejo que la saqueis de aquí, porque la verdad es que corre muchísimo peligro.

—No lo creo. Ya vereis cómo acaban por descubrir al verdadero culpable.

—Esa es la única probabilidad que puede salvaros, si os empeñais en aguardar el resultado de la causa. Pero esa probabilidad no vale ni siquiera dos cominos. Yo conozco al asesino de vuestra tia lo mismo que si lo hubiese visto en el momento de cometer el homicidio; pero no es probable que lo cojan, y áun cuando lo fuese, no veo que exista ninguna prueba en contra suya.

—¿Decís que conoceis al asesino de mi tia? exclamé yo vivamente sorprendido. ¿Quién es?

—Yo estoy casi seguro de que debe ser Johnny Grant. Los tres Grants son unos bribones incapaces de saquear la casa de vuestra tía, porque nunca han sabido hacer más que boberías sin piés ni cabeza. Johnny es un hombre flojo, un cobardon de siete suelas. Apostaría cualquier cosa á que ha sido él quien ha dado muerte á esa pobre señora; los otros dos no saben hacer nada de provecho. En fin, los Grants son unos ladrones de tres al cuarto, cuya única habilidad consiste en saber burlar las pesquisas de la justicia. No hay una fanega de tierra en el país que ellos no conozcan perfectamente. Yo os aseguro que no han salido de los montes desde que se cometió el asesinato; á lo ménos de día, porque, durante la noche, habrán corrido lo mismo que gamos por esos vericuetos. Lo que es á estas horas deben estar bien léjos de aquí.

—Todo eso está muy bien; pero vos me hablais de salvar mi cabeza escapándome de la cárcel, como si no hubiera que hacer más que coger el sombrero y largarse tranquilamente á la calle. ¿No veis que yo, lo mismo que vos, estoy aquí enjaulado como si fuese una fiera? Es decir, yo estoy mucho peor que vos, porque el juez puede poneros en libertad bajo fianza, y á mí no me es posible gozar de esa ventaja.

—Vamos por partes, caballero, no confundamos las cosas; estábamos hablando de la necesidad de poner piés en polvorosa. Por lo que hace á los medios de realizar este propósito, ya meditaremos el asunto y lo someteremos á nuestra aprobación, como dicen en el Congreso. Yo estaba explicándoos que Johnny Grant debe ser, segun toda probabilidad, el asesino de vuestra tía. Yo fundo esta sospecha en que los Grants han dejado el país, toda vez que no se les encuentra por ninguna parte. Charlie asegura que ha de echarles el guante; pero creo que no ha de salirse con la suya. ¡Y qué satisfecho está por haberme hecho caer en sus redes y tenerme aquí metido en su maldita jaula!... Tiene razon para alegrarse, porque ha cogido una buena pieza. Aquí tengo facha de ser muy poca cosa; pero entre los ladrones de caballos y sus excelentes amigos los oficiales del scherif, soy un hombre de verdadero mérito. Todo el mundo sabe que yo soy Mick Mollen, el irlandés ladrón de caballos, y sin embargo, circulo libremente por to-

das partes, porque nunca existen pruebas suficientes en contra mía.

—Entonces, ¿por qué os llaman *ladron de caballos*?

—Por una razon muy sencilla. Yo he sido acusado tres veces, como ya os he dicho, por haber robado unos caballos, y no he salido condenado más que una sola vez. En esta ocasion era yo de todo punto inocente, y el caballo que habia desaparecido fué hallado muerto poco tiempo despues en medio de un apartado bosque. Entre tanto, yo, que habia practicado un agujero en mi calabozo, me puse en salvo la víspera del dia señalado para conducirme al correccional. Esto no me impidió volver otra vez por estos alrededores, decidido y valiente como un leon. La justicia, avergonzada sin duda por haberme condenado sin ton ni son, no se atrevió á perseguirme. Pero me quedé con el título de *ladron de caballos*, y ya me he visto obligado á moler las costillas á tres ó cuatro ciudadanos por haberse permitido en mi presencia designarme con el susodicho apodo. En cambio, tropecé una vez con otro que me largó un pié de paliza que me dejó medio tullido. Durante una infinidad de tiempo, ya se sabia: en cuanto faltaba un caballo soltaban un sabueso en busca mia. Luego, acabaron por cansarse de formarme causas y más causas, sin pruebas suficientes para ello. Hacia ya tres años que los oficiales del scherif me dejaban completamente tranquilo; pero anteayer me tropecé con Charlie y me dijo que tenia necesidad de mí.

—Vamos, fumad otro cigarro. ¿Y para qué os necesitaba Charlie?

—Ahora vais á saberlo. Hará cosa de unos dos años, vendí un hermoso caballo negro á un hombre que vive á doscientas millas lo ménos del sitio en que nos hallamos. Yo no abrigaba la intencion de hacer aquel negocio, de modo que iba disfrazado. El comprador tenia que marcharse aquella misma semana, y esta circunstancia me decidió á venderle el animal. Desgraciadamente, las cosas tomaron un giro que yo no habia podido prever. Aquel individuo, en vez de ponerse en camino con direccion á Tejas, se quedó en el país, conservando su nueva adquisicion. Al cabo de tres semanas, el caballo comenzó á blanquear por algunas partes. Luego, de

semana en semana y de mes en mes, fué poniéndose pardo, volvióse luego ceniciento y blancuzco, y acabó por quedarse más blanco que la nieve. El bueno del amo, que era un pobre viejo medio chocho, consideró aquello como un verdader fenómeno, y fué contando por todas partes que su caballo habia encanecido en el espacio de nueve meses, y no contento con esto, hizo publicar el caso en una porcion de periódicos. Uno de mis vecinos, que habia perdido un hermoso caballo blanco, llegó á leer la relacion de aquel milagro; quiso ver al misterioso animal y lo reconoció como de su propiedad. El viejo imbécil que habia comprado el caballo dió perfectísimamente las señas personales del gentleman que se lo habia vendido, y como aquel gentleman tenia conmigo tan extraordinaria semejanza... En fin, ya habreis comprendido que debo á todas esas circunstancias el honor de hallarme esta noche en vuestra grata compañía.

Mick Mollen permaneció silencioso durante algunos minutos, y exclamó de pronto con acento mal humorado:

—¡Vayan al diablo las mujeres!... Habia en el pueblo que yo habitaba una muchacha guapetona, que tenia la costumbre de enseñar sus blancos dientes siempre que me echaba la vista encima. Yo acabé por enamorarme de ella, y me hallaba en toda la fuerza de mi pasion en el momento en que vendí el caballo. Ahora sólo os diré que yo no me disfrazo nunca cuando hago el amor, pero sí al dedicarme á la industria de que ya os he hablado.

—De modo que, segun lo que venís contándome, ¿es posible teñir los caballos con la suficiente perfeccion para engañar á un hombre que no sea muy perito en la materia?

—¡Vaya si es posible! pero es preciso que el tintorero sea un artista y disponga de la verdadera sustancia que para el caso se requiere. Ninguno de los cosméticos y preparaciones empleados generalmente por los gentlemen para teñirse los cabellos y la barba produciria el efecto apetecido. Esas inocentes supercherías no engañan á nadie. No hay un solo chiquitin que se atreva á tirar de las patillas á ningun caballero que emplee semejantes afeites, porque el pobrecillo comprende desde luego que va á tiznarse los dedos. Habeis de saber

que siendo yo niño conocí en Dublin á una respetable matrona, muy solicitada por los vejestorios de ambos sexos que querian echárselas de jóvenes. Yo gané su confianza y su amistad prestándola algunos insignificantes servicios, y ella me enseñó á componer para los cabellos un tinte vegetal que los hace variar de color, dejándolos tan relucientes y sedosos como ántes. Es una composicion inmejorable y sumamente barata; puede llenarse un barril sin gastar arriba de dos dollars.

—¿Y no tiñe la piel al mismo tiempo que los cabellos?

—No tiñe la piel á no ser que la toque. Ya os he dicho que era preciso ser artista para emplearla convenientemente; por eso no puede venderse como composicion para teñir el cabello. Pero es una cosa magnífica para los cuadrúpedos. Con la susodicha preparacion puedo teñir un caballo desde la cabeza hasta la cola en ménos de media hora, y queda tan perfectamente bien que hasta vos mismo juraríais que habia sido negro toda su vida.

—Supongo que con los caballos negros no podreis emplear esa clase de artificios.

—Pues estais en un error. He inventado tambien un tinte que trasforma un caballo negro ó bayo oscuro en un magnífico alazan. Esta trasformacion exige un poco más de tiempo, pero en cambio, es mucho más duradera. Con un pequeño retoque de cuando en cuando, el tinte puede durar un año por lo ménos, y el animal sometido á este procedimiento se queda más lustroso que el mismísimo Bucéfalo. El esquileo produce tambien magníficos resultados, como cambio de color, en la piel de ciertos caballos; pero para esquilar de este modo, es preciso mucho tiempo y una gran habilidad. Nunca aconsejaré á ningun novicio que se meta en semejantes honduras.

—¿Y qué disfraz adoptais cuando vendeis un caballo desfigurado con arreglo á vuestros procedimientos?

—Nunca me difrazo de la misma manera. ¡Ah! yo dispongo de una infinidad de recursos. Yo no puedo hablar el inglés sin pronunciar como la mayor parte de los irlandeses; pero imito admirablemente á los franceses, holandeses y pieles-rojas que se ponen á hablar en nuestra lengua. Tengo en las

fronteras del Canadá un escondrijo que no conoce nadie más que yo, y en él conservo un completo surtido de pelucas y de barbas, anteojos, vestidos y herramientas, todo ello fabricado por mí á ratos perdidos.—Conque, vamos á ver, caballero, si un pobre diablo que os quiere bien se ofreciese á facilitaros los medios de salir de aquí, ¿qué le diríais?

—Que me concediese una noche siquiera para reflexionarlo.

—Pues bien, señor mio, consultadlo con la almohada y decidme mañana el resultado de vuestras reflexiones, porque este miserable encierro acaba muy pronto con la salud de un hombre que aborrece la vida sedentaria.

Acto continuo nos acostamos en nuestros respectivos colchones. Yo no sé si Mick Mollen logró caer en brazos de Morfeo; pero no se movió en toda la noche, y su respiracion me pareció sobrado ligera para poder confundirla con la de un hombre entregado al sueño.

A. DE VIGUERIE.





POLÍTICOS CONTEMPORÁNEOS.

CÁNOVAS DEL CASTILLO.

I.



ODAS las grandes ideas tienen un profeta que las anuncia; todas las Iglesias un Pontífice que las gobierna; todas las reformas un mártir que hasta el sacrificio las defiende; todos los fanatismos un loco que los acepta como una virtud; todas las utopías un genio que las acaricia; todas las revoluciones una voz que es precursora de ellas y su luz y su alma; todas las restauraciones un hombre en quien ponen propósitos, lenguaje, modo de ser, ideales y esperanzas, y en quien por encarnación milagrosa se personifican. Pensamientos, reglas de gobierno, errores, extravíos, grandeza, destino, todo lo ponen las restauraciones en esos hombres á cambio de que ellos, arrancando al porvenir sus secretos, las dirijan con firme paso y resolución decidida é invariable á su completo triunfo, como Moisés á los judíos á la paradisiaca tierra de promisión.

Con ese exclusivismo cometen las restauraciones su error

primero, algo que es en ellas como un pecado original de que sólo la libertad puede redimirlas. Obligadas á aceptar la tutela del hombre que tuvo el heroísmo de darlas vida ó la fortuna de exclamar cuando oyó el rumor de ellas claro y distinto: «¡aquí están!» se entregan en brazos de lo desconocido y hacen de lo imprevisto un ideal, al que rinden culto ferviente. Si tuvieron la fortuna de encontrar un hombre de Estado, puesto, no al servicio de los acontecimientos, sino al de la libertad, la victoria es fácil. Si encontraron sólo un hombre de ocasión, ábrese á su paso camino estrecho y penosísimo por donde tarde y muy difícilmente llegan á verse consolidadas. Quieren entónces variar de sendero, y la duda las detiene y el temor las domina. De desacierto en desacierto corren en un día toda la larga peligrosa carrera que separa la débil impotencia de la arbitrariedad, y cuando aisladas, rendidas de cansancio, muerta la esperanza, buscan la salvacion olvidando en su error que sólo es ya hora de encontrar el arrepentimiento, se convencen llorando su desgracia de que la deben á haberse entregado ciegas á la tutela de hombres sin fé.

Abdicando en ellos cometieron una falta bien disculpable, porque tales hombres, sitiados las más de las veces por el eclecticismo, si carecen de principios salvadores, tienen en cambio brillantes y aparatosos programas de gobierno en los que prometen la absoluta armonía y la felicidad universal.

Esos hombres como Colon la existencia de un Nuevo Mundo pregonan los milagros de su política y las seguras y maravillosas conquistas que le está reservado realizar; aprestan decididos sus naves, surcan con ellas las aguas del agitado mar, conjuran los peligros primeros, desafian arrogantes las tempestades, interrogan al cielo pidiéndole la inspiracion divina, y fingiendo una fé que no sienten dicen á los navegantes: «Fiad en nosotros, que con nosotros vais á la redencion.» ¡Vanas promesas! Ni tenian aquella fé grande, inmensa, de Colon, tan grande que para premiarla Dios hubiera creado la América si la América no hubiese existido, ni buscaban en el culto de la libertad vida dichosa. Por eso si el gran marino genovés, casi ahogada la voz por el entusiasmo, pudo exclamar viendo á lo lejos aquel Mundo que habia adivinado su

gênio: ¡tierra! ¡tierra! ellos sólo trabajan afanosos para que el buque no se estrelle contra oculta roca ó naufrague impotente para resistir los impulsos terribles del huracan ó el golpe violento de las olas que, evocadas por la tempestad, se alzan formidables amenazando escupir al cielo.

Si esto sucede se culpa de ello al destino, á la casualidad, á la desgracia, á una de esas palabras que la impunidad ha inventado para disculpar los grandes errores políticos; á todo ménos á la falta de fé, origen primero de esos errores desdichadísimos. El hombre se inclina á negar lo que no comprende, por orgullo, ó porque esto le parece más fácil que confesar que no lo ha comprendido. Y la historia nos habla de que los hombres de las restauraciones pocas veces han comprendido los deberes que aceptando la direccion de ellas se imponian. Tenian la obligacion de crear un gran partido que ocupando el poder se comprometiese á respetar la propaganda de los demás partidos, y elevaron al personalismo un altar; tenian que aceptar la herencia de las revoluciones, y la repudiaron; tenian que emprender grandes reformas, y no intentaron nada. Faltos de principios, todos los principios políticos verdaderos ó falsos condenaban su escepticismo y su indecision. Cuando, cediendo á las influencias tradicionalistas, miraban con cariño á lo pasado, la libertad les gritaba: ¡reaccionarios! Cuando, seducidos por su grandeza, querian prosternarse ante la obra revolucionaria, la reaccion les gritaba: ¡demagogos! Ciegos, indecisos, la libertad hubiera sido su luz y su guia, pero ó no quisieron verla ó la buscaron tarde. Este ha sido el error de muchas restauraciones; este el error de los hombres en quienes se han personificado.

El Sr. Cánovas del Castillo es uno de esos hombres.

Talento superior, cultivado con el estudio de la historia, que tan provechosas lecciones enseña y tanto inclina á imitar las acciones memorables; imaginacion vivísima, rápida en concebir frases que por lo sorprendentes producen aún mayor efecto que la inflexible lógica; gran conocedor de los vicios de que la política adolece y del espíritu rutinario que la informa; carácter enérgico; gran polemista; orador elocuente; jefe de partido; audaz aún más con el pensamiento que con los hechos;

grande; objeto de muda adoracion para sus entusiastas, el señor Cánovas del Castillo tiene muchas de las cualidades que componen el hombre de gobierno, pero le falta una principalísima: la fé en la libertad. Se quiere buscar un designio en su política y no se encuentra otro que la ambicion que le lleva á defender con increíble tenacidad el poder conquistado. Ni un móvil generoso, ni un heroismo. Se llama en él al entusiasmo y contesta la incredulidad; al sentimiento religioso, y responde la duda; al propósito firme, y vemos á la casualidad sustituyéndole. En su alma sólo hay un sentimiento absorbiéndolo todo, dominándolo todo, único, sin rival posible: el orgullo, que ha hecho en ella eterna presa.

«Quien no ha visto á Mirabeau irritado, han dicho sus biógrafos, no ha visto á Mirabeau.» Al Sr. Cánovas no se le puede ver humilde y modesto. Quitadle aquel rasgo principalísimo de su fisonomía moral, y será imposible conocerle. Se piensa en el Sr. Cánovas y se le adivina tempestuoso, acorado, decidido, tonante. Se le oye y le vemos grande, altivo, magestuoso, la mirada y la actitud desafiantes, golpeando con la palabra como con feroz maza. Se leen sus artículos históricos, y á través de todos los personajes que en ellos retrata, contéplase su propia personalidad dándoles animacion y vida, y aquella fiebre de dominio absoluto que le consume.

Visto en el apogeo de su grandeza; abandonado á los arrebatos de aquella tempestuosa elocuencia, que tiene mucho del ruido del trueno y abrasa como el rayo, en medio de una mayoría sumisa y obediente, parece un sacerdote ó un oráculo rodeado de los Apsaras silfos, cuyos cantos alegraban la córte de la India, ó diciendo á sus fanáticos levitas con la mirada: «Prosternaos ante mi génio y que lleguen á mis oidos como de rezo ferviente las palabras de la lisonja más olorosas que el incienso y la mirra.»

Visto en la desgracia, en el Congreso estaba en su templo: pero fuera del tabernáculo. Y sin embargo, hablaba como un dictador el dia ántes de abdicar, equivocándose de tiempo. Debía hablar como un rey el dia despues de destronado. Recordaba esos santos que bajan de su altar para retocarlos y

los abandonan en el suelo. Tienen grandeza, santidad, todo... todo ménos la devocion que en el altar inspiran.

Yo no sé si ha sido en sueños; pero recuerdo que un dia, siguiendo al Sr. Cánovas del Castillo, pude ver que se detuvo ante el escaparate de una librería largo rato. Yo le ví entonces, alegre, gozoso, trasfigurado, como si en la tribuna se encontrase, mirar los libros que han sido siempre solaz deleitoso de su espíritu, y me acerqué deseando saber cuál entre todos ellos obtenia el privilegio de llamar su atencion.

No se fijaba en *Gloria*, de Perez Galdós, que su poco feliz ensayo de *La Campana de Huesca* podia recordarle; ni en los discursos de Castelar, que de tantas luchas y de tantas victorias parlamentarias le hubieran hablado, ni en los *Gritos del combate*, de Nuñez de Arce, ante los que habria tenido un recuerdo doloroso para sus poesías; ni en los *Juicios Críticos*, de Valera, con los que su discurso acerca de *La Libertad en las artes* puede rivalizar dignamente. Su mirada fija, intensa, penetrante, interrogadora, se detenia delante de un libro poco voluminoso: era el libro de las *Doloras* de Campoamor. Estaba abierto, tal vez al acaso; pero en una de sus dos páginas visibles se leia en bien marcados caractéres este título: *Los grandes hombres*.

Entónces tal vez por la imaginacion del Sr. Cánovas pasó rápida pero clara y distinta toda su historia, su amor al estudio, su energía para vencer los obstáculos que la caprichosa fortuna opusiera un dia ante su paso, sus escritos, sus triunfos, su destino, sus esperanzas, su orgullo, todo, en fin.

Ha dicho el Sr. Cánovas que la llama que Prometeo robó al cielo, esté él encadenado ó libre, arde siempre en la tierra. Algo semejante puede decirse del mismo Sr. Cánovas al querer retratarle. Esté como los Titanes en la cima de la más alta de aquellas montañas, que colocaban una sobre otra para escalar el cielo, ó allá abajo donde la desgracia, eterna peña de Sísifo, arrastra á los hombres, la llama del orgullo y el fuego de la elocuencia arden en su alma.

II.

Decia Plutarco que á quien escribe semblanzas y no biografías, no es justo que se le reprenda si no relata una por una y detalladamente todas las hazañas y empresas del hombre cuya vida quiere darse á conocer. Del mismo modo que los pintores toman para retratar, las semejanzas del rostro, y aquellas facciones en que la índole y el carácter mejor se manifiestan, el que semblanzas escribe, en opinion del autor de *Las Vidas ilustres*, debe atender más á los indicios del ánimo, dibujando por ellos la vida de cada uno, que á los hechos aparatosos que por igual conoce y juzga todo el mundo.

Aquel Focion á quien llamaba Demóstenes el hacha de sus discursos, se retrata cuando hablando una vez al pueblo, y como no le atendiesen ni quisieran oírle, «podeis, les dijo, violentarme á que haga lo que no quiero; pero á que contra mi parecer diga lo que no conviene, no podreis forzarme jamás.» De la firmeza de carácter y de la constancia de Demóstenes, puede juzgarse sabiendo que se hizo construir un subterráneo, al cual bajaba para ejercitarse en formar y variar tanto el tono de la voz como la acción, y en el que muchas veces pasó seguidos dos y tres meses, no afeitándose más que un sólo lado de la cara para no poder salir, aunque quisiera, detenido por la vergüenza. Del ingenio vivísimo y chispeante de Ciceron, son la mejor y más indudable prueba, aquellos dichos mordaces, oportunos, sarcásticos, que tan temible le hacian en la polémica. Cuatro frases de Mirabeau resumen su vida entera. Niño aún, gana en las carreras un lujoso sombrero, y al recibirle dá el suyo á un mendigo diciéndole: «toma, no tengo dos cabezas.» Se presenta candidato por Marsella, y escribe en su proclama este apóstrofe sublime, en el que ponía todo su ódio contra la aristocracia: «¡Cuando el último de los Gracos espiró, arrojó polvo hácia el cielo, y de este polvo nació Mario! Mario, ménos, grande por haber exterminado

los cimbros, que por haber abatido en Roma el poder aristocrático de la nobleza.» En la Asamblea, ámbos partidos opuestos, le acusan de conjuración y exclama: «Aquí conspirador faccioso, allá conspirador contrarrevolucionario, entónces que me dividan.» Al morir dice: «Llenadme de perfumes y coronadme de flores para entrar en el sueño eterno.»

No se nos culpe, pues, si prescindimos de muchos sucesos importantes de la vida del Sr. Cánovas. Escribimos su semblanza, no un análisis de sus obras, ni un juicio crítico de sus actos.

Por otra parte, el Sr. Cánovas no es de esos hombres cuyos antecedentes precisa conocer porque ellos encierran el secreto del porvenir, ni debe copiarse de los hombres políticos otra fisonomía que aquella que les determina y diferencia en el momento mismo en que el retrato se hace. De otro modo nos expondríamos á que nadie encontrara el parecido, ó á que despertase tan sólo un recuerdo de otra edad ya pasada.

Mirando á Doumoriez en la juventud, cuando perseguido por la fortuna se modelaba en sus sueños de gloria con los hombres de la antigüedad, nadie hubiera adivinado en él al salvador de la Francia. Viendo á Robespierre sin brillo, de mediano talento y vulgar palabra, bajar de la tribuna entre las rechiflas del auditorio, pocos hubieran profetizado en él al hombre que hizo de todos los demás hombres sus víctimas, y pudo llamar suya á la Revolución, como llama uno suya á la voluntad que ciegamente le obedece. A O'Connell no hay que retratarle en el Parlamento, donde su génio empalidece, sino á la cabeza de los irlandeses, que se arrodillan ante él como ante un Dios, grande, magnífico, iluminado de elocuencia, fascinando á todos con el brillo de su palabra, pidiendo la inspiración al cielo y diciendo á su pueblo: «Es preciso que seas libre.» Danton es Danton gritando: «Audacia, audacia y siempre audacia;» y Berryer nunca es más grande que cuando con la mano extendida sobre la tribuna, exclama: «Que se seque esta mano ántes que yo ponga en la urna una bola para decir que el ministerio es celoso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás!»

La estatua del Sr. Cánovas del Castillo es siempre admira-

ble, pero más lo sería si no la hubiera ennegrecido algo la soberbia, apegada á ella como la hiedra al muro. Tiene el talento por pedestal, y en ese pedestal se ven grabadas estas inscripciones: «Orador-político-historiador-literato.» No con la misma justicia se grabaron todas, pero más que pródigas en estos títulos fué avara la suerte, negando al Sr. Cánovas esas cualidades físicas que la belleza ha puesto al servicio del génio para que sean su anuncio.

Nada hay en la figura del Sr. Cánovas que permita adivinar su talento. No tiene esa mirada elocuente, investigadora, viva, penetrante, llena de fuego, que atrae y seduce por irresistible simpatía; ni sobresale su cabeza airosamente de sus hombros, moviéndose sobre el cuello con esa nobleza y esa amgestad que tanto valor dan á la elocuencia; ni sonríe de esa manera insinuante y alegre que lo consigue todo; ni los ángulos de su rostro denuncian la sensibilidad del alma bajo la delicadeza de su inteligencia; ni tiene esa talla elevada y esas atléticas formas que tanto sirven para entusiasmar á las multitudes y para dominarlas.

Su estatura es mediana, su aspecto vulgar, su fisonomía falta de expresion. Más parece un artesano enriquecido que un hombre de gobierno. Los ojos de la curiosidad vulgar le negarian viéndole; los ojos inteligentes en vano buscarian en él un rasgo, una línea, algo que revele al hombre superior; no podrán encontrarlo.

Pero el talento del Sr. Cánovas no puede estar quejoso. Si los ojos le han negado su luz, la palabra le obedece esclava. Cuando está en la tribuna se trasfigura. Cuando la última palabra de sus discursos se extingue, la luz que le envolvía pierde su brillo y su color, y el grande hombre se desvanece.

III.

De la historia del Sr. Cánovas del Castillo se deduce desde luego una enseñanza provechosísima: lo que valen la constancia puesta al servicio de una inteligencia superior, y la energía secundada por la fortuna. De nacimiento oscuro, no tuvo en los primeros años de su vida más patrimonio que el deseo, ni otra esperanza que el estudio que despertaba en su alma la idea de los grandes propósitos. Estudiante, en quien podía premiarse mejor que la aplicación el aprovechamiento, se hizo notar bien pronto por su ingenio clarísimo y su facundia prodigiosa. Ocupando un lugar secundario en las clases, pero el más distinguido en los exámenes, dijérase que fueron éstos para él como gimnasio en que desarrollaba su dialéctica y su inventiva, y aquel sistema de las teorías ininteligibles y de los sofismas, que entusiasmaba á sus maestros y habían de oír con religiosa veneración andando el tiempo los diputados de la mayoría. No era el que mejor recordaba las lecciones, pero sí el que con más gracia refería un cuento. Sus respuestas no eran las más precisas, pero sus chistes sí los más celebrados.

Esto anunciaba ya en él esa conversación animada, amena, chispeante, llena de agudezas y frases felicísimas, que le distingue, y que pudiera decirse es patrimonio exclusivo de los hijos de aquella poética Andalucía, que tantos artistas eminentes y tantos oradores ilustres ha dado á España.

No tenía fortuna y sí vehementes deseos de adquirirla; no tenía nombre y sí condiciones para buscarle, y le buscó. Le parece la poesía camino accesible para encontrar fama y prestigio, y odas, sonetos, elegías y canciones brotaron en gran abundancia de su pluma. Poco satisfecho del éxito alcanzado, ó persiguiendo reputación más firmemente cimentada, se dedica con entusiasmo, satisfaciendo así una de las más grandes aspiraciones de su espíritu, á los estudios históricos, y escribe

notables trabajos en el difícilísimo género que tanta gloria conquistó á Tácito y Livio, Maquiavelo y Mariana, y que requiere en quien le cultiva magestad, sencillez, crítica, sentimiento y análisis, y sobre todo aquella justicia que debe ser del historiador principalísima virtud. Al mismotiempo que esto logra, alcanza los primeros puestos en la carrera política. La prensa fué en ella su aprendizaje. El manifiesto de Manzanares su primer título á la popularidad, y el primer paso firme en el camino de su fortuna. Se habia alistado en las filas de un partido político, jóven, pero sin fé. Si le hubieran impuesto el sacrificio de sus convicciones, le habria aceptado sin duda alguna. Pero no las tenía. En este sentido, necesitaba de la union liberal como la duda necesita de la impiedad. El no tenia más ideal que la ocupacion del poder para dirigir eternamente la política española, y la union liberal no tenia otro. Para lograr este partido su propósito, un dia se arrojaba á los piés del trono y al dia siguiente adulaba á la revolucion. Quiso ser grande, y sólo pudo ser aparatoso. Creyó dominar á la reaccion, y la reaccion se enseñoreó sobre sus ruinas. Dejaba hablar á la libertad, y entendia glorificarla por eso. Dudoso, incierto, sin un propósito que realizar ni una idea grande que cumplir aquel partido, que habia, insensato, soñado con que se bendeciria su memoria, oyó en su agonía las amargas quejas de la libertad haciendo coro á los gritos del triunfo del reaccionarismo.

Siguió aquel partido la política del error, de las alianzas inexplicables, de las contradicciones manifiestas, y esa ha sido siempre la política del Sr. Cánovas. Doctrinario impenitente, afiliado más que por conviccion por instinto á una escuela que segun Donoso pretende establecer una transacion fecunda, una concordia feliz, una armonía permanente entre los intereses exclusivos, entre los principios opuestos, entre los dogmas exagerados, olvidó que tan brillante panorama efecto es sólo de espejismos, y que si ese sistema de Gobierno en momentos de suprema crisis, en un dia determinado, cuando el edificio social amenaza derrumbarse con estrépito, puede conjurar los peligros, erigido en ideal eterno conduce necesariamente á la negacion de la libertad y del progreso. Los efec-

tos desdichadísimos de esta política de indecision, se han traducido claramente en todos los actos del Sr. Cánovas. Pedia la amnistía de la legalidad para la insurreccion de 1854, de que habia sido parte muy principal y decidida, y negaba en 1869 que la revolucion de Setiembre pudiera redimirse del pecado original de su nacimiento. Combatiendo la política del partido moderado, decia en 1867 que no ya de las libertades individuales esenciales, sino de las accidentales no podia prescindirse por mucho tiempo, cualesquiera que sean los temores y los fantasmas con que se amenaza turbar el orden público, porque la pérdida de esas libertades es aún más terrible que el peligro mismo, y despues, á fuerza de sofismas y de teorías laberínticas, se atrave á pedir poco ménos que la dictadura eterna. Maldice airado las insurrecciones, y es el primero en aprovecharse gozoso de sus conquistas. Sin más Dios que el Dios acaso, se burla hoy de una idea y mañana quiere que todos los demás la acepten como dogma. Le preguntan «¿qué es lo mejor? y responde «todo.»

Pero si su política no tiene propósitos decididos ni realiza conquistas provechosas, su orgullo la ha atribuido siempre grandes milagros deseoso, de santificarla. Pregona ser el salvador de las clases conservadoras y haberlas redimido cuando sabido es que de la revolucion merecieron los mayores respetos. Pretende para sí toda entera la gloria de la paz, como si la vida del árbol frondoso y fecundo se debiera, no al que le sembró ó le ha cultivado, sino al que tuvo la fortuna de heredarle cuando comenzaba á dar sus frutos.

Pocos beneficios son los que á las gestiones del Sr. Cánovas se deben. Podia haber regenerado la Hacienda, elevado el crédito, moralizado la administracion, y sobre estas bases entronizado la libertad, y nada hizo, y eso que todas las circunstancias le favorecian. Hasta aquella atonía de que el país daba indudables muestras, hasta aquel indiferentismo que otras veces es plaga mortal, que todo lo vicia y lo envenena, protegía la noble empresa y respondía del éxito. Tenia en la Constitucion de 1869 un Código político que con las ligerísimas modificaciones que el nuevo régimen hacia necesarias, hubiera satisfecho las generales aspiraciones, y derogado ese Código se

emancipó para siempre el concurso de la democracia. Y como si mereciera de esta sinceras alabanzas por haber practicado una caridad hasta entónces ignorada, exclamaba en aquel banco azul del Congreso, que ha sido su trono: «Yo tengo la conciencia de poder levantar la frente ante mis conciudadanos para decir que he verificado aquí una restauracion como no se ha conocido ninguna, y esta restauracion con mi política, en lo que mi política ha ejecutado con relacion á ella, ha sido todo amplitud y todo generosidad.» Esto habria sido una virtud si hubiera podido ser de otro modo; pero esa posibilidad no existe por fortuna. Todas las restauraciones han sido lo mismo. La restauracion de los Stuardos en Inglaterra, tuvo que aceptar resignada, ya que no gozosa, las conquistas más esenciales de la revolucion, y la restauracion francesa debió el principio de fuerza que la dió vida primero y la alentó despues á haberse presentado ante la Europa como una garantía de paz y de reposo. Guizot lo decia: «La tendencia á la paz, el respeto á todos los derechos adquiridos, la adopcion de los grandes principios de la revolucion, fué lo que constituyó el génio tutelar de restauracion.» Así debia suceder. Es ley histórica que las restauraciones no pueden responder jamás á la violencia, ni ménos repudiar la obra del tiempo y las adquisiciones de la libertad y de la civilizacion.

El Sr. Cánovas del Castillo, tal vez por no dejar sin cultivo ningun género literario, ha traducido á la escena de la política española la *Constitucion interna* y la teoría del *País legal*; una comedia sin argumento, y una, que por su desenlace, bien pudiera llamarse tragedia. Invenciones desdichadísimas las dos, al Sr. Cánovas corresponde el privilegio de haberlas introducido en España, saltando por los preceptos de la ciencia constitucional y dándolas idioma propio y oportunidad muy discutible. La explicacion de la primera de ellas da tan clara idea de la dialéctica de distingos y ocurrencias extrañas de que el Sr. Cánovas se muestra aficionado, que bien merece que la reproduzcamos. Decia de este modo el jefe del partido conservador: «En los países donde por las circunstancias no queda Constitucion alguna escrita, no puede ménos de decirse que no hay Constitucion vigente, y como, sin embargo de

esto, es imposible que un país viva sin algunos principios, sin algun fundamento, sin algunos gérmenes que desenvuelvan su vida, á esto he llamado Constitucion interna, que los demás lo llamen como quieran.»

Fórmula equívoca lo llamamos.

Nada tan absurdo tambien como condenar á los partidos á perpétuo destierro, lanzando contra ellos el anatema de la ilegalidad, porque esto es acallar la voz de la opinion pública, negar á una gran parte de los individuos de un Estado el ejercicio de un derecho que el Código fundamental sanciona, apartarlos de la vida política, aparentando temer el contagio de una inmoralidad fingida, y perseguirlos con la misma saña que el fanatismo persiguió la libertad religiosa, sintiendo que la opresion no sea bastante poderosa para penetrar en la conciencia y arrancar la idea que en ella tiene su tabernáculo.

Con admitir á todos los partidos dentro de la legalidad, ningun peligro se corre; con rechazar á alguno de ellos negándoles representacion en los Cuerpos Colegisladores, sólo se logra que en el destierro cobre fuerzas y se agite y se alce un dia imponente y terrible armado de la revolucion y amenazando destruirlo todo.

IV.

Sé quién ha dicho que el hambre es una arpía enamorada del génio; pero ignoro si ha dicho alguien que los génios están condenados á sufrir eterna persecucion de la calumnia. Y esta es cosa probada. La calumnia persigue á los hombres superiores por boca de sus envidiosos en vida, valiéndose de admiradores indiscretos despues de la muerte. Sucede que éstos, adorando con fanatismo la memoria del hombre cuyo talento más logró conmoverlos ó deslumbrarlos, quieren rodearla de todas las virtudes y de todas las grandezas imaginables, bien ajenos sin duda de que con ello más empañan que abrillantan el esplendor vivísimo de que la fama envidiada goza. A Cervantes,

por ejemplo, cuando para su gloria perdurable bastaba haber escrito el *Quijote*, poco contentos de la extensión de ella sus admiradores y comentaristas, le suponen filósofo, médico, historiador, jurisconsulto, marino, ingeniero y orador, y hasta alguacil tendrían que suponerle si á fundarse fueran en lo bien que conocía y juzgaba las rapacías y costumbres de la corte de Monipodio. Pues bien. Una cosa semejante sucede con el Sr. Cánovas, y eso que por *génio* no le tiene nadie. Sus entusiastas le ven tallado en colosal, y no vacilan en decir que versifica como Herrera y Rioja y Melendez, que aventaja á Moratin en la pureza y perspicuidad del estilo, que es sencillo como Jenofonte, que retrata como Plutarco, que aventaja á Kant en el conocimiento de la filosofía, y que su talento grande, monstruoso, único, todo lo penetra y explica. ¡Exageracion, nada más que exageracion! Ni el Sr. Cánovas hubiera pasado, consagrándose á la poesía, de ser un poeta mediano, lo cual es peor que ser un mal poeta, ni como novelista habria encontrado nunca esa naturalidad y fluidez en el diálogo, y ese interés en la accion, y esa pureza de sentimientos que son el secreto del milagroso efecto que la novela en nosotros produce, ni tiene su estilo, excepcion hecha del que luce en algun trabajo virtud más notoria que aquella monotonía y que aquel arcaismo de que la Academia hace frecuentemente gala. Historiador, crítico, literato, que ninguno de estos títulos negamos al Sr. Cánovas, le basta para su fama, y no la hubiera logrado de otro modo, ser orador, y lo es... lo es á despecho de la retórica, de las galanas formas, de la actitud elegante, de la mirada de fuego, de la conviccion y sonoridad de la palabra, del método y de la recta lógica, que ven sorprendidas cómo sin haberle prestado su concurso, el Sr. Cánovas es orador notable, se eleva en alas de la elocuencia y hace de la tribuna su pedestal.

No tiene el Sr. Cánovas aquella brillantez de Vergniand, para quien la luz era la palabra, ni la flexibilidad de Constant, ni la fluidez maravillosa de Alcalá Galiano, ni el accionar de Arago, ni el entusiasmo de Fox, ni la correccion de Barnave, que tanto desesperaba á Mirabeau, ni el apostrofar de Lanjunnais, ni los matices de Chatam, ni la magestad de O'Con-

nel, pero sin el dominio absoluto de alguna de esas cualidades, su elocuencia, sola, especial, aislada, tiene tal fuerza de dialéctica, es de tal manera tempestuosa, abrasa tanto, que si no conmueve, convence, y si no deslumbra atemoriza, y si no deleita atrae por impulso irresistible. Examinad un discurso del Sr. Cánovas, por lo que á su forma respecta, y encontrareis palabras y más palabras, frases repetidas; períodos interminables y laberínticos. Examinad el fondo y vereis en él sofismas, conceptos oscuros, teorías ininteligibles, y aquel ir y venir mareante alrededor de una idea que es sello característico de la elocuencia del Sr. Cánovas. Oid aquel discurso viendo al orador inflamado de orgullo y figura vulgar, voz chillona, acción violenta, incorrecciones y conceptos oscuros desaparecen para no ver más que un orador que lo llena todo con su palabra avasalladora y dominante. El mejor aplauso para aquella palabra es el silencio que impone al enmudecer. ¡Qué pocas resuenan elocuentes cuando el último eco de aquella voz se ha perdido!

Laborioso en extremo, aficionado al estudio con un entusiasmo que los negocios del Gobierno no lograron empalidecer jamás, enamorado de la elocuencia hasta hacer de su ejercicio un sacerdocio, cuando ocupa el banco azul no hay en éste á su lado otro orador posible. Donde hay una discusión importante, está él para resumirla; donde ocurre una insurrección de la mayoría, de que es dictador más que jefe, está él para sofocarla; cuando dirigen al Gobierno una censura ó un ataque exagerado, allí está él con su talento pronto para rechazarlos. Sabe muy bien que, como ha dicho un publicista ilustre, el alma del improvisador responde al alma del auditorio, de tal modo, que ámbas se tocan, se mezclan y se confunden, y á esto debe sus más ruidosos triunfos.

Dícese que gusta de las discusiones templadas, pero no es cierto. La tempestad provoca el rayo, y el rayo es mensajero del terror y el espanto. En esas sesiones acaloradas, terribles, borrascosas, en que las pasiones violentas amenazan desatar con furia provocando tumultos y peligros; cuando el salón del Congreso, invadido más que ocupado, por los representantes del país, presenta un aspecto severo y magestuoso, y la

campanilla presidencial, que es voz de mando, se agita queriendo imponer el silencio, y las tribunas están llenas de un público que sigue con ardor creciente todos los gestos, todas las actitudes, todas las palabras; y el ángel de la discordia bate sus alas en el severo recinto que es templo de las leyes, hay que ver al Sr. Cánovas levantarse arrogante para contestar á los impugnadores de su política. Al principio dijérase oyéndole que el miedo le hacia balbucear ó que practicaba con desdichado éxito ensayos de elocuencia. Parece que se ha dormido buscando argumentos, y que el sonido de su propia palabra va haciéndole poco á poco despertar. Por fin se anima. La voz es más sonora, la union de los pensamientos más íntima, los párrafos más elocuentes, los argumentos más acerados. El silencio reina en absoluto. Ya está el orador en su lugar. Ya es Cánovas. Muévase de un lado á otro del banco que ocupa, como un leon irritado dentro de su jaula, y entónces se trasfigura. Atrae al adversario al terreno que más ventajas le ofrece, le envuelve, le cerca, le aturde con sus golpes, le derriba y le hiere por fin sin compasion. Para lograrlo no se fija en los argumentos del contrario, prescinde de los puntos culminantes de la polémica y atiende sólo á aquellos otros en que su enemigo mostró más debilidad, seguro de que por ese camino llega á la victoria. Entónces no se defiende; ataca, y la sorpresa le da muchas veces triunfos que en vano habria demandado de la lógica y de la justicia.

Acostumbrado á dominarlo todo, á que la mayoría oiga sus palabras como las de un oráculo, á quedar victorioso al primer ataque, la constancia en sus contrarios le desespera y la serenidad imperturbable le hace vacilar y le pierde. El lado vulnerable del Sr. Cánovas es su falta de serenidad para vencer las contrariedades pertinaces. Le falta una cualidad esencialísima del polemista, el disimulo. El talento mayor de Vilele fué resistir por su inmovilidad á Casimiro Perier cuando éste como un fogoso atleta se agitaba en torno de él buscando ocasion y sitio para herirle. Que su adversario emplee, en la contienda un argumento de éxito seguro y ruidoso; que con datos indudables le demuestre alguna de las muchas contradicciones en que ha incurrido, que revele conocer los

secretos de su política ó el génesis de todos sus actos de gobierno y de sus ficciones de grandeza, y bien pronto verá al Sr. Cánovas contrariado de un modo notorio. Su voz cuando replique será más potente, su elocuencia tendrá más fuego, su indignacion aparecerá más trágica, pero con todo esto no logra otra cosa que convencer al auditorio de que el dardo le ha penetrado en el corazon.

Hay algo para lo que se necesita más heroismo que para haber peleado contra los persas en las Termópilas, y es para formar en la mayoría de que el Sr. Cánovas es César, y á la que sujeta y disciplina más que por la lisonja por el terror. Hay algo más difícil que resolver el problema de la cuadratura del círculo, y es corregir las pruebas de los discursos del Sr. Cánovas. Hay algo más terrible que la ira de los Dioses, y es ver al Sr. Cánovas enojado.

De él puede decirse como de Guizot, Timon, que aunque se tirase de cabeza al Océano no confesaría que se ahogaba.

MIGUEL MOYA.





LA MISIÓN DE ALEMANIA.

(CARTA Á UN AMIGO DE BERLIN.)

QUERIDO AMIGO: Me haceis saber que un trozo de mi discurso ha sido acogido entre vosotros como si lo hubiera proferido un enemigo. Volved á leerlo y vereis lo superficial de este juicio. Yo he defendido nuestro antiguo espíritu francés, contra injustas reconvenções que provienen tanto de vuestros compatriotas como de los míos. He sostenido contra estos innovadores que nuestra tradición intelectual es grande y buena; que es necesario irla aplicando á esferas de conocimientos ensanchados sin cesar, pero nunca cambiarla. He dudado de que una dinastía pueda tener una representación universal, careciendo de afectos de generosidad, de ostentación. He podido estar en contradicción con las opiniones de algunos militares y hombres de Estado en Berlin, pero nunca mi palabra se ha dirigido contra el pueblo germánico; ménos contra su genio nacional. Creo, ahora más que nunca, que si nosotros tenemos necesidad de vosotros, bajo diferentes puntos de vista, nos necesitáis también. La más antigua ilusión de mi juventud, la colaboración de Francia y Alemania, se ha cambiado en la más

profunda convicción de mi edad madura, y espero que si llegamos á la vejez, si sobrevivimos á esta generacion de hombres de hierro, que desdeñan todo lo que no sea la fuerza, y á los cuales habeis confiado vuestros destinos, veremos realizado nuestro sueño, esto es, la reconciliacion de las dos mitades del espíritu humano. Sin nosotros os quedareis sólo con todos los defectos del hombre solitario; el mundo no podrá apreciaros más que en lo que nosotros le hayamos mostrado. Y sin vosotros, me apresuro á añadir, nuestro trabajo seria mezquino é insuficiente. Hé aquí lo que siempre he dicho. Yo no he cambiado en nada. Pero las circunstancias han venido de tal manera á trocar los papeles, que casi ya no nos reconocemos en nuestros recuerdos y afecciones.

Nadie seguramente ha amado y admirado más que yo vuestra gran Alemania, la Alemania de hace cincuenta ó sesenta años; la Alemania personificada en el génio de Goethe, representada á la faz del mundo por este admirable conjunto de poetas, de filósofos, de historiadores, de críticos y de pensadores, que ha añadido nuevas riquezas á las ya innumerables del humano espíritu. Si todos hemos llegado á lo que somos, gran parte le debemos á esta Alemania espléndida, inteligente y profunda que nos ha enseñado el idealismo con Féchte, la fé en la humanidad con Herder, la poesía del sentido moral con Schiller, el deber abstracto con Kant. Estas nuevas adquisiciones de la ciencia y del arte, lejos de parecernos contradictorias con el antiguo ^{génio} francés, se nos presentan como su continuacion. Reconociamos con vuestros grandes génios lo mucho que ellos les debian á nuestro siglo XVIII; creiamos con Goethe que Francia, que París, eran órganos esenciales del génio moderno y de la conciencia europea. Tambien nosotros trabajamos con todas nuestras fuerzas en borrar de la ciencia y de la filosofía estas mezquinas ideas de distincion de nacionalidad, que son los peores obstáculos que se oponen al progreso del espíritu humano.

Desde 1848, en cuya época empezó á exponerse con claridad la cuestion, hemos creido siempre que la unidad política de Alemania se efectuaría, porque era una revolucion justa y necesaria.

Concebiamos que Alemania se constituyera en una nacion, que fuese uno de los elementos capitales de la armonía del mundo. ¡Vana quimera! Esta nacion alemana que deseábamos ver ingresar como una nueva individualidad en el conjunto armónico de todos los pueblos, nos la forjábamos segun lo que habiamos leído, segun los principios formulados por Fichte ó por Kant. Teniamos las más bellas esperanzas para el dia en que entrara á formar parte de la confederacion europea un pueblo filósofo, racional, amigo de todas las libertades, enemigo de las viejas supersticiones, teniendo por símbolo el ideal y la justicia. ¡Qué de ilusiones no tuvimos! Veiamos un protestantismo racionalista depurándose continuamente en vuestras manos, que acababa por confundirse con la filosofía; un alto sentimiento de humanidad, introduciéndose con nosotros en la resolucion de los asuntos humanos; un elemento de una razon más madura, mezclándose al movimiento general de Europa, y suministrando el bálsamo para muchas de las llagas que habia dejado sangrientas aún nuestra grande, pero terrible revolucion. Así vuestras admirables aptitudes científicas, saliendo de una inmerecida oscuridad, llegaban á ser un órgano esencial de la civilizacion, y gracias á vosotros y á nosotros tambien un poco, se daba un paso considerable en la historia del progreso.

En este mundo las cosas no suceden como los sabios quieren. No fué poca la sorpresa para los que discurren algo entre nosotros, el ver proclamar en Versalles, sobre las ruinas de la vencida Francia, esta misma unidad alemana, que habian concebido como una obra simpática á la Francia. Grande fué su dolor al ver aparecer esta nacion, por la que habian hecho tantos votos, unida indisolublemente á los desastres de su país. Su único consuelo era pensar que Alemania, llegada al sumo poder en Europa, enarbolaria bien alta la bandera de aquella civilizacion que ella nos habia enseñado á concebir de una manera tan elevada.

Grandeza obliga. Una nacion tiene generalmente el derecho de encerrarse en las gestiones de sus intereses particulares, sin desear la peligrosa gloria de las intervenciones humanitarias. Pero la modestia no está permitida á todos. Aun-

que vuestros publicistas, intérpretes de un profundo instinto, hubieren sido bajo este punto de vista ménos discretos que vuestros hombres de Estado, proclamando el comienzo en la historia de la era de Alemania, la fatalidad os arrastraba. Cuando se es omnipotente es imperdonable el no hacer nada. La victoria entrega al vencedor, quiéralo ó no la *hegemonia* del mundo.

La fortuna eleva sucesivamente sobre el pavés una nacion, una dinastía. Hasta que la humanidad sea bien diferente de lo que es, cada vez que un carro de triunfo pase, lo saludará, y fija la mirada sobre el héroe del dia, dirá: «Habla; tú eres nuestro jefe, sé tú nuestro profeta.» La solucion de las grandes cuestiones pendientes en un momento dado (y Dios sabe si el presente momento se encuentra saturado de problemas importantísimos), pertenece al que designan los destinos. Alejandro, Augusto, Cárlos V, Napoleon, no tenían el derecho de ser indiferentes á las cosas humanas; no podian decir de ninguna cuestion: «Esto no me pertenece.» Cada edad tiene su presidente responsable, encargado de impulsar, de admirar, de deslumbrar y de consolar á la humanidad. Tanto como es fácil el papel de vencido, al cual la victoria del contrario obliga á abstenerse de todo, tanto es difícil el papel de vencedor. De nada sirve pretender el derecho de abdicar una mision que no se ha buscado. El deber delante el cual se retrocede, se os echa encima y os mata; la grandeza es un destino implacable al que es imposible sustraerse. El que falta á su vocacion providencial, es castigado por lo que no ha llevado á cabo, por las exigencias que no ha contentado, por las esperanzas que no ha satisfecho, y, sobre todo, por el vacío que resulta de una fuerza no empleada, de una tension sin resultado alguno.

Efectuar grandes hechos en el sentido marcado por el génio germánico; hé aquí el deber de Prusia cuando la suerte de las armas puso los destinos de Alemania entre sus manos. Ella lo podia todo para hacer el bien, porque la condicion para realizarlo es ser fuerte. ¿Qué era necesario hacer? ¿Qué ha hecho? Han pasado ocho años, más de la mitad de lo que llama Tácito *grande mortalis ævi spatium*, desde que goza en Europa

una incontestable superioridad. ¿Qué progresos en Alemania y en el resto del mundo han caracterizado á esta época histórica?

Despues de la victoria, la nacion vencedora tiene derecho á encontrar en sus hogares las recompensas de sus heróicos trabajos, el bienestar, la riqueza, la alegría, amistosas relaciones entre las diferentes clases que la componen, y, en fin, el amor de una patria pacífica y gloriosa. En política, sobre todo, debe esperar el primero de los bienes, la mejor de las recompensas, es decir, las libertades fundamentales de la palabra, del pensamiento, de la prensa, de la tribuna, libertades dañosas á un Estado débil ó vencido, posibles y provechosas á un Estado fuerte y vencedor. Las grandes cuestiones sociales que conmueven nuestro siglo, no pueden ser resueltas más que por el victorioso, apoyándose en el prestigio de la gloria para imponer sacrificios, concesiones, la amnistía á todos los partidos. Dar la paz en lo que la paz sea de este mundo; dar la libertad, pero la libertad tan amplia como fuese posible, á la Europa continental, desequilibrada aún; fundar en definitiva el gobierno representativo; entrar con franqueza en la resolución de los problemas sociales; elevar las clases inferiores sin infiltrarles celos hácia las superiores, necesarias siempre; disminuir el número de los que sufren; suprimir la inmerecida miseria; resolver la delicada cuestion de la situacion económica de la mujer; enseñar con un gran ejemplo la posibilidad de resolver las opuestas necesidades políticas que Inglaterra ha conciliado á causa de la manera relativamente fácil con que se le han presentado esto es lo que hubiera justificado la victoria y lo que la hubiera hecho subsistir. La victoria necesita siempre ser legitimada por hechos beneficiosos. La fuerza que se ha desatado, vuélvese imperiosa á su vez. Desde el momento en que recibe la proclamacion imperial, el César está subyugado por la fatalidad hasta la muerte.

¿Del programa que la fuerza de las circunstancias os imponia, qué es lo que habeis realizado? ¿Es acaso vuestro pueblo más dichoso, más moral, está más satisfecho de su destino? Claro está que no; entre vosotros se han observado síntomas nunca vistos, despues de la victoria. ¡La gloria es el forraje

con que se alimenta la bestia humana; vuestro pueblo está saturado de él, y sin embargo, cocea!... Napoleón I, en 1805 y 1806, impuso el silencio de la admiración á todas las voces que se le oponían; cien personas, todo lo más, murmuraban aún; la idea de un atentado contra su persona hubiera parecido propia solo de un idiota. ¿Cómo se comprende que al siguiente día de un triunfo no visto de sesenta años á esta parte, el gobierno de Alemania se haya encontrado que le rodeaba un descontento tan profundo? ¿Por qué le han preocupado siempre medidas restrictivas de la libertad? Generalmente no hay nada que reprimir después de la victoria; la represión es propia sólo de los débiles. Lo que pasa entre vosotros, explíquese como se quiera, encierra una corrección para vuestros hombres de Estado. Si vuestro pueblo es tan malo como ellos aseguran, esto sólo ya les condena. Asperos y duros, concibiendo el Estado como una cadena y no como algo de suave y de bienhechor, creen conocer el genio germánico y no conocen la naturaleza humana. Han confiado demasiado en la paciencia alemana; ya vendrá el día en que verán su fin. Se os ha organizado como una nación guerrera; como estos caballeros del siglo XVI, cargados de hierro, están aplastados por vuestros mismos armamentos. Creo que esperáis demasiado imaginándoos que vuestro pueblo podrá tener la flexibilidad necesaria para el ejercicio de la industria y de las artes de la paz, sosteniendo de continuo tan pesada carga. Los sacrificios que haceis para mantener las milicias, os ponen en la precisión, ó de hacer la guerra continuamente—y no careceis del suficiente buen sentido para conocer que este sistema á lo Napoleón I conduce al abismo—ó de ocupar un lugar desventajoso en la pacífica lucha de la civilización. Las agitaciones sociales son como la fiebre, una enfermedad y un síntoma á la vez, y es necesario estar prevenido; no basta con sofocarlas; débense estudiar sus causas, y por varias razones satisfacerlas. Los errores del pueblo disminuyen con la publicidad; se les aumenta y fortifica queriendo que vuelva á tener unas creencias que son ya de todo punto ineficaces. Vuestros maestros de escuela podrán retroceder al catecismo puro; nada se obtiene con ello.

No llegan á más las leyes de represion; no se matan moscas á cañonazos.

Y en el órden político, en la realizacion de este ideal tan deseado de un gobierno constitucional, que la Europa ¡aún no ha plantado por completo, ¿qué progresos ha hecho la nacion alemana? ¿En qué ha brillado más su vida parlamentaria, en qué ha sido más libre, más fecundo, que la de los otros pueblo? Mi entendimiento no alcanza á verlo, ántes bien, al contrario, veo á vuestros hombres de Estado siempre ocupados en medidas represivas, de restriccion, en leyes coercitivas. No es este (y vuelvo á repetirlo), el medio de atraer al mundo. Siempre la represion fué negativa. ¡Qué magnífico efecto no produciria el ver que mientras vuestros hombres de Estado están sumidos en esta ingrata tarea, el ciudadano francés con su buen sentido, con su poco refinada política, con su trabajo y sus economías, llegará á fundar una república normal y duradera! La empresa es bastante difícil y peligrosa para que pueda asegurarse un buen éxito; pero muchas veces lo increíble se realiza. Los revolucionarios descabezados del general Custine, los granaderos heróicos y burlescos que dieron á todos los vientos las ideas de la revolucion, á su manera han obtenido éxito.

La gloria nacional es para el génio de una nacion un gran incitante. Alemania ha tenido por espacio de ochenta años un movimiento literario admirable, durante los cuales han florecido notables escritores, dignos de ser comparados á los más grandes de las otras naciones. ¿Cómo se comprende el agotamiento de esta caudalosa vena? Despues de nuestra clásica edad literaria del siglo XVII, hemos tenido el siglo XVIII, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, d'Alembert, Diderot, Turgot, Condorcet. ¿En dónde está la continuacion de Goethe, de Schiller, de Heine? Ciertamente no es talento lo que os falta. Dos causas creo que ahogan vuestra produccion literaria; la primera, vuestras exageradas imposiciones militares, y la segunda vuestro estado social. Suponed á Goethe obligado á hacer su instruccion militar, y sufriendo las groseras palabras de los sargentos instructores; ¿creeis que no habria llegado á perder la flor de su elegancia y de su libertad? *El*

hombre que ha obedecido una sola vez ya es eternamente inútil para ciertas funciones delicadas de la vida; intelectualmente queda cercenado. El servicio militar de Alemania es una escuela en que se aprende un respeto exagerado. Si Moliere y Voltaire hubiesen atravesado por esta educacion, hubieran perdido su fina sonrisa, su algunas veces irreverente malignidad. El estado de recluta es funesto para el génio. Direis, acaso, que tambien nosotros hemos adoptado este sistema. No es esto lo mejor que hemos hecho; de todos modos, aunque sea así, aún está bien lejos el dia en que nos veremos enfermos por una exageracion de respeto.

Vuestro estado social me parece tambien poco favorable á la literatura. La literatura supone una sociedad alegre, brillante, franca, dispuesta á reirse de sí misma, en la que la desigualdad puede ser tanta como se quiera, pero en la que las clases se mezclen y vivan todos la misma vida. Se me dice que en el espacio de diez años habeis hecho grandes progresos hácia esta unidad de la vida social; pero no he visto aún el fruto, esto es, una literatura comun que exprese con talento ó con génio todas las fases del espíritu nacional, una literatura apreciada, admirada, aceptada, discutida por todos. No desconozco los nombres dignos de respeto que podeis citarme pero con todo, no puedo deducir que el nuevo imperio haya realizado todo lo que hacia esperar un gobierno en el que se concentraban todas las fuerzas del génio aleman; á vosotros os estaba encomendado el hacer brillar con toda su fuerza la llama del pensamiento; esta nueva luz cuyas irradiaciones debian impresionar todos los espíritus, nosotros la esperamos aún; y no nos podemos explicar cómo del estado moral que nos han revelado ciertos hechos recientes pueda salir un movimiento de libre expansion y de ferviente generosidad.

¡Erais fuertes y no habeis dado libertad! La campaña de Alemania contra el ultramontanismo, legítima cuando se ha limitado á reprimir la intolerancia católica, no ha hecho avanzar por otra parte ni un sólo paso la gran cuestion de la separacion de la Iglesia y del Estado. Vuestros ministros han proseguido el viejo sistema en que el Estado confiere privile-

gios á la Iglesia y le tiene exigencias, sin ver que estas exigencias, que tienen visos de tiranías, no equivalen ni de mucho á los privilegios que se la conceden por otra parte. No ireis á Canossa, es cierto; Leon XIII no es Gregorio VII; él vendrá donde queráis. Pero aún en esto esperábamos algo grande y nuevo, y este algo no ha llegado aún.

Haria sonreír á nuestros hombres de Estado si os dijera que el imperio en los primeros años, que son siempre los más fecundos, no ha cumplido su deber hácia la humanidad, y que el porvenir le pedirá cuenta de muchas de las cuestiones á las que ha vuelto la espalda como si fuesen sueños de ideólogos. Puede ser que nuestras costumbres intelectuales y nuestra historia nos sugieran falsas opiniones sobre el ideal de una gran hegemonía nacional y dinástica. Nos acordamos siempre de Augusto, de Luis XIV, y no comprendemos el que se reine sobre el mundo sin grandeza, sin ostentación, sin buscar el amor de todos y hacerse acreedor á su reconocimiento. Una nación ó una dinastía que esté á la cabeza del mundo debe de aparecer como algo de noble, de simpático, como una fuerza encargada de favorecer todo lo que vale, de ayudar al progreso bajo todas sus formas. Ostentación, generosidad, benevolencia, nos parecen condiciones necesarias de estos grandes y efímeros predominios que van perteneciendo sucesivamente á cada uno de los pueblos de la tierra. Luis XIV no oía hablar de un hombre de mérito, de cualquier país que fuese, sin que preguntara: «¿No podría yo concederle una pensión?» Se figuraba ser el Dios bienhechor del mundo; Europa ha vivido cien años con los resplandores de su sol de cobre dorado. ¡Vanidad de las vanidades! La humanidad tiene mucho de frívolo; es necesario saberlo si se aspira á atraerla ó á gobernarla.

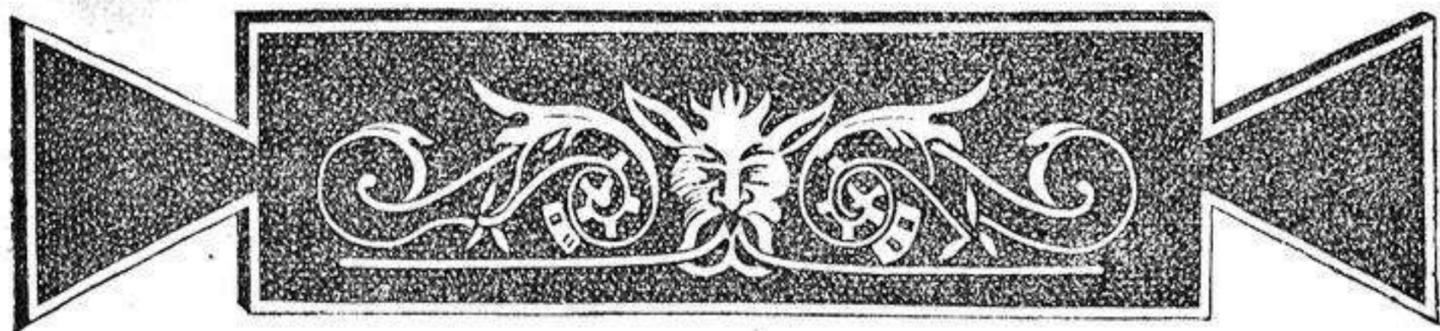
Para ganarla, es menester agradarle; para agradarle, es necesario ser amable. Los hombres de Estado prusianos tienen todas las cualidades, excepto ésta. Fuerza de voluntad, aplicación, génio metódico y obstinado; no se han mostrado inferiores á ningun génio político de la antigüedad; pero se han equivocado creyendo que con esto puede dispensárseles de complacer al mundo, de hacérselo suyo por la benevolencia. ¡Error profundo! Nadie llega á imponerse á la humanidad

más que por el amor de la humanidad, por ese sentimiento grande, simpático, liberal, del que vuestros nuevos señores se burlan sin ocultarlo, y que tratan de quimera sentimental y pretenciosa. No se discute contra piés forzados ni contra modas pasajeras, pero se puede muy bien decir que una ostentacion de egoismo y de frio cálculo, no ha sido nunca el sello de los grandes hombres que han merecido figurar eternamente en el panteon de la humanidad.

Podreis llamarme atrasado, pero nunca reconoceré como la realizacion del antiguo ideal aleman, lo que han hecho estos hombres duros, mezquinos, detractores de la gloria, afectando una llaneza vulgar y positiva, fingiendo un desprecio á la posteridad que en el fondo no tienen. En el trozo de mi discurso de recepcion que tanto os ha herido, no he querido decir otra cosa. El génio de Alemania es grande y potente; él es uno de los órganos más esenciales del espíritu humano; pero vosotros lo habeis puesto en un estado en el cual sufre. Os habeis dejado extraviar por uno seco y frio que aplastamos, que no desarrolla. Estamos seguros de que lo habeis de encontrar vosotros mismos, y que vendrá un dia en que de nuevo correremos unidos en pos de todo lo que puede dar gracia, alegría y dicha á la vida.

E. RENAN.





LA LUCHA
POR LA LIBERTAD DE COMERCIO
EN FRANCIA

I.



EN Noviembre de 1877 luchaban las izquierdas republicanas francesas por el régimen parlamentario y la soberanía del país, contra el mariscal MacMahon y sus aliados monárquicos é imperialistas. Acababan aquéllas de triunfar ruidosamente en las elecciones del 14 de Octubre, y el poder personal resistía, cumpliendo la promesa hecha en una frase célebre. Se hablaba de acusar al ministerio Broglie, se negaban los presupuestos por las Cámaras, y la tempestad flotaba en los aires, mientras había cóleras inmensas en los corazones patriotas. Por todos los medios se ponía en evidencia el fatal resultado de la tentativa del 16 de Mayo, hasta cierto punto útil, porque disipó las oscuridades y planteó desnudo y terrible el problema de la existencia de la república. Una de las acusaciones que los republicanos dirigian al gobierno del mariscal, era la de que había

herido profundamente los intereses, perturbado el comercio, falta de seguridad, dificultando por el miedo general los cambios, paralizándolo las industrias, sumiendo al país en una crisis económica terrible.

Para hacer patentes estos tristes resultados, resolvieron pedir que se abriese una información sobre las causas de la crisis económica, y en nombre de todos lo hizo en el Senado Mr. Feray (d'Essonnes), gran industrial, tan rico y poderoso como sincero republicano. La información fué votada por el Senado, y aunque los individuos elegidos para verificarla pertenecían en su mayoría á las derechas monárquicas, el efecto se produjo; y el 16 de Mayo quedó bajo el peso de acusaciones de graves consecuencias para sus autores, por referirse á las fuentes mismas de la vida nacional.

Esta medida, con la que quiso Mr. Feray servir intereses puramente políticos, ha producido otros resultados. Cuando el Senado votó la información, faltaban pocos meses para que espiraran algunos tratados de comercio, muchas industrias sufrían gravemente, y esto bastó para que se convirtiese en cuestión económica, apasionada y ardiente, la que había empezado por ser cuestión política. Tales proporciones ha tomado después, tanto se ha escrito y se ha hablado acerca de ella, que sería verdaderamente doloroso desaprovechar las enseñanzas que de este juicio contradictorio resultan. Actualmente la lucha es viva y empeñada; Julio Simon, Raoul Duval, bonapartista liberal, Pouyer-Quertier, el pontífice del proteccionismo, T. Paray y J. Garnier, del *Journal des économistes*, los presidentes de muchas cámaras de comercio y sociedades agrícolas y otras personas competentes, divididos en dos bandos, se disputan encarnizadamente la victoria.

La importancia de esta lucha es extraordinaria, porque son preciosos los elementos que para sostenerla se acumulan; se discuten los resultados de los tratados de comercio de 1860, su influencia en la fortuna nacional. En los datos que presentaremos, se verá qué grado de desarrollo han alcanzado ciertas industrias, qué reclamaciones hacen otras, en cuánto ha disminuido ó aumentado el comercio, los trasportes, el valor total de los cambios; y hasta resultarán documentos inestima-

bles para apreciar algunas cuestiones económicas, como, por ejemplo, la de la grande y la pequeña industria, la de la fábrica y el taller.

Nuestros lectores comprenderán, sin duda, que, por grande que sea la cuestión, por importancia que en sí misma tenga, hay en ella un aspecto político interesante. Las democracias deben buscar con cuidado los principios y los procedimientos, por los cuales se puede elevar la condición material de las masas, para asegurarles la independencia de su juicio y de su voto. En la lucha de que hablamos, la protección y el libre-cambio están enfrente, después de diez y ocho años de experiencias parciales del último; ha habido transformación de las industrias, cambios de salarios, evolución en los precios, materiales todos utilizables en la tarea de disminuir los males de la masa general. Ese aspecto político de la cuestión, presenta extraordinario interés para la democracia templada. Empeñados como estamos en quitar á la democracia española todo lo que trascienda á cosmopolitismo y socialismo, precisa que busquemos la manera de extender la propiedad individual, único medio de apegar al suelo en que ha nacido y á la sociedad en que vive, al obrero de las grandes ciudades. Mientras haya clases enteras que nacen, viven y mueren sosteniendo apenas la vida del cuerpo, sin medios de cultivar el espíritu, sin poder educar á sus hijos, pues se encuentran en la disyuntiva de llevarles al trabajo, y entónces no aprenden, ó de conducirles á la escuela, y entónces no pueden sostenerles, es imposible pedirles que amen á su país y tengan espíritu de orden y conservación. Hay que hacer á todos dueños de algo; á unos de una tierra, á otros de un instrumento productivo, á este de un oficio útil, á aquél de un empleo que asegure su existencia y haga independiente su voluntad. Nosotros los demócratas, radicales en principios, moderados en procedimientos, hemos de alcanzar esa maravilla, si queremos plantear sólidamente nuestras ideas; de aquí que á nuestros ojos tengan tan grande importancia las cuestiones económicas.

Por otra parte, como España ensaya actualmente las reformas de aranceles, conviene conocer las experiencias en otras naciones practicadas; y también estar alerta, porque si en

Francia se renunciara á los tratados de comercio y se formase una tarifa general, vendria una gran perturbacion en los negocios, y cada pais tendria que defenderse resueltamente. Apuntaremos en el segundo artículo los datos que esclarecen extraordinariamente la cuestion: en éste nos limitaremos á dar algunos antecedentes, cuyo conocimiento es de grande utilidad.

En 5 de Enero de 1860 sorprendió á Francia y Europa una carta de Napoleon III, inserta en el *Moniteur* y dirigida á Mr. Fould, á la sazón ministro de Relaciones exteriores, en la que se consignaban las siguientes bases de lo que pudiéramos llamar un programa del trabajo: « *Supresion de los derechos sobre la lana y los algodones; reduccion sucesiva sobre los azúcares y cafés; mejora de las vias de comunicacion; reduccion de los derechos sobre los canales, y, por consecuencia, baja general de los gastos de transporte; préstamos á la agricultura y á la industria; trabajos considerables de utilidad publica; supresion de las prohibiciones; tratados de comercio con las potencias extranjeras.* »

En ese mismo mes quedó terminado el tratado de comercio entre Francia é Inglaterra, primero de una série que habrá de transformar el régimen comercial de las naciones. Michel Chevalier, Richard Cobden y Jhon Bright habian tratado muchas veces de este asunto, que les parecia á propósito, no sólo para hacer prosperar los intereses de las dos naciones, sino tambien para extinguir los restos de su secular enemistad, viva aún despues de la expedicion á Crimea. Los proteccionistas dijeron al publicarse el convenio de 23 de Enero, que con él pagaba Napoleon á Inglaterra su apoyo en la campaña contra Rusia, que, como es sabido, surgió con motivo de los derechos tradicionales que tiene Francia sobre los Santos Lugares. Poco importa que en el asunto que nos ocupa interviniese ó no algun interés político. El hecho es que habiéndose mostrado favorable á la idea de este tratado el emperador, pasó Cobden á Francia en Mayo de 1859, por encargo del Ministerio inglés: su mision dió por resultado el convenio de Enero, apéndice de la célebre carta cuyo final hemos copiado. En ese documento, hecho público en 23 de Enero de 1860, Francia aban-

donaba el régimen de las prohibiciones, las reemplazaba por derechos que debían ser ulteriormente fijados y que no podían pasar del 30 por 100 del valor de las mercancías; la ejecución quedaba fraccionada, señalándose épocas diferentes para empezar á cumplir cada parte del convenio: el mayor plazo alcanzaba á 1.º de Octubre de 1861, para los hilos y tejidos. Francia obtenía en cambio completa franquicia para la mayor parte de sus productos, y la reducción de derechos sobre los vinos y los espíritus.

Este tratado de comercio fué producto del consejo de Michel Chevalier, de la voluntad de Napoleon; partió de las regiones de los dioses, como tiempo atrás las reformas de Sully, Colbert y Turgot. Existía preparación sin duda en el país; la propaganda de Bastiat, de Say, no estaba olvidada; Cobden acababa de levantar con su épica campaña contra los *corn-laws* uno de los más gloriosos monumentos de la edad presente; pero nada hacía temer á los industriales que estuviese tan próximo el rayo. Cuando la prensa oficiosa, entónces proteccionista, defendió el espíritu del tratado, hasta el punto de indicar que los derechos no subirían al 30 por 100 señalado como límite mayor, la liga de los industriales estrechó sus filas y combatió con nuevo ardor, llegando á causar cierta agitación en algunas ciudades, sobre todo en Roubaix y Lille, amenazando á los obreros con disminución de salarios y suspensión de labores. Todo fué inútil, sin embargo; las tarifas convencionales vieron la luz, y bajo el régimen creado por ellas ha vivido la industria francesa diez y ocho años, hasta la denuncia reciente.

En Enero de este año fueron denunciados repentinamente los tratados de Inglaterra y Bélgica, medida que perturbó el comercio francés, añadiendo gravedad á la crisis. Qué influencias obrasen sobre el Gabinete para obligarle á adoptar una medida tan grave, nos son desconocidas; lo que sí sabemos es que aquel acto le ha valido ágrias censuras, y hubiera podido crear graves complicaciones, á no haber existido en Francia una ley de 1873, que la administración olvidó, y que dispone que las tarifas convencionales deben quedar en vigor aún después de la denuncia y terminación de los tratados, hasta la

aplicacion de las nuevas. De todos modos, la denuncia ha añadido leña al fuego, y la agitacion y el ardor de la lucha crecen extraordinariamente, pues todos comprenden que la solucion está próxima. Conviene aquí notar que los tratados de 1860, que partieron del trono, son ahora defendidos por la masa; ¡suerte dichosa de todas las medidas que en algo contribuyen á la mejora material y moral de la humanidad!

En el próximo artículo expondremos los argumentos y los datos que proteccionistas y librecambistas han traído á la discusion, pues en éste nos hemos limitado á presentar antecedentes que la hagan comprender clara y perfectamente. No estará demás, sin embargo, indicar los puntos precisos que se proponen los contendientes alcanzar. Los proteccionistas han cobrado horror en estos diez y ocho años á las palabras *prohibicion* y *proteccion*: ahora sólo hablan de *derechos compensadores*. Los librecambistas no quieren actualmente más que el mantenimiento de los tratados de 1860, con la cláusula de la nacion más favorecida, y las correcciones *de detalle* que la experiencia aconseje. Notemos de pasada que es muy diferente la situacion de la industria, segun existan tratados de comercio ó se forme una tarifa general. Con un tratado de comercio por veinte años, *verbi gratia*, saben todos los industriales la marcha general de los negocios en ese período, poseen la mayor suma posible de datos invariables en un problema económico, y ajustan á la legislacion sus empresas y su vida. Con la tarifa general nada de esto pasa; el comercio queda desorientado, sin norte, entregado por completo al trabajo de buscar las señales que anuncien cómo ha de presentarse el porvenir.

La cuestion actual es tambien para Francia y sus instituciones interesantísima. Las clases medias, los dueños de industrias que, siguiendo á los Feray, han contribuido tanto á fundar la república, le piden no sólo que asegure la libertad política, sino que proteja la industria nacional. Precisamente los tratados de 1860 y la falta de libertad fueron la causa de que esas clases abandonaran el imperio y contribuyeran á minarlo. De otra parte la masa del país, los consumidores, el mayor número, quieren la libertad; y el mundo no comprenderia, en

efecto, que una república democrática significase reaccion en ningun sentido. Este dualismo de aspiraciones é intereses es real, y cada dia, á medida que la lucha se empeña, toma cuerpo. La mayor virtud de las almas francesas, el patriotismo, hará que las instituciones del país vecino salven estos peligrosos escollos, entrando en un dilatado espacio donde todo sea paz, trabajo y seguridad.

II.

Sentados ya antecedentes bastantes á comprender la trascendencia de esta lucha y su carácter, vamos á exponer los argumentos formulados en ella. Una cosa curiosa observarán desde luego nuestros lectores, y es que la parte proteccionista de los industriales franceses se limita á quejarse del malestar, á indicar que los tratados de 1860 son perjudiciales, pero no abandona las generalidades ni desciende á las pruebas numéricas desde que la estadística ha venido á prestar su poderoso auxilio á la economía política. Así es que los librecambistas, en frente de adversarios que no investigan ni profundizan, porque su interés consiste en explotar las apariencias, han de acumular sólo todos los elementos de discusion; fenómeno que, por lo demás, se presenta siempre, cuando de bienes y males sociales se habla; los últimos flotan en la superficie, los primeros necesitan una mano que los descubra y presente á la consideracion universal.

Indicamos en el artículo anterior que los proteccionistas han abandonado las ideas de prohibicion y proteccion, limitándose á reclamar lo que llaman derechos compensadores, mientras los librecambistas se contentan con la renovacion de los tratados de comercio. Un documento que prueba la primera afirmacion es el Manifiesto de la industria algodonera del Este de Francia, inserto en el número de Junio del *Journal des economistes*. Temen, segun dicen en él, la vuelta á los tratados de comercio, porque la presion que los partidarios de

la libertad comercial é Inglaterra ejercerian al formarse las tarifas convencionales, los primeros por sostener sus ideas, y ésta por favorecer su industria, rebajaria extraordinariamente los derechos sobre los algodones. Por eso quieren una tarifa general y dan á sus intereses el pomposo nombre de «independencia aduanera de Francia.» Sin embargo de esto, defienden todas las posiciones probables, y admitiendo la posibilidad de la formacion de nuevos tratados, quieren que el convenio matriz se haga con los Estados-Unidos y no con Inglaterra; y aunque llevan su habilidad los industriales del Este hasta no dar razon ninguna en favor de ese método que proponen, se comprende que lo quieren así á causa de que en los Estados-Unidos existe la proteccion. Por esto, si Francia contrata con ellos, como en esta clase de documentos la reciprocidad es la base fundamental, las tarifas serán elevadas, y al entrar en negociaciones con Inglaterra y otros pueblos, mayores rebajas serán imposibles. Proponen una elevacion de derechos de entrada, con el nombre de compensadores, y bajo esta forma modesta quieren álzalos 100 por 100.

Tres argumentos fundamentales, aunque muy vagos, desarrollan los proteccionistas: 1.º Que las tarifas de los tratados les han puesto en un estado difícil y hasta insoportable. 2.º que no pueden, por causas diversas, sobrellevar la concurrencia extranjera. 3.º Que hace algunos años las importaciones superan extraordinariamente á las exportaciones, y que, por tanto, Francia va derecha á la ruina. Un librecambista ha hecho notar, en oposicion á esos tres puntos: 1.º Que, segun confesion propia, los proteccionistas han tenido, en los diez y ocho años de existencia de los tratados, algunos buenos, y declaran que sus males datan de 1875. 2.º Que los tejedores de Alsacia-Lorena, ménos protegidos hoy por la tarifa alemana que lo estuvieron por la francesa, no se han arruinado y pueden exportar grandes cantidades. 3.º Que no es posible hablar de diferencias entre importaciones y exportaciones, tanto porque todo pueblo hace él mismo parte de su comercio exterior, é importa los beneficios de ese comercio sin dar lugar á una exportacion equivalente, cuanto porque un pueblo rico, como Francia, emplea en el exterior muchos capitales, cuyos inte-

reses entran en el país sin que sea necesario exportar nada en cambio. Las respuestas nos parecen decisivas.

Nótase desde luego que con la pretension de derechos compensadores se disfraza un verdadero impuesto, cobrado por las industrias protegidas sobre sus hermanas; ó, lo que es más irritante todavía, la exencion en favor de los industriales, favorecidos de todo impuesto y de todo gravámen. La proteccion rompe, pues, completa y absolutamente la igualdad ante las leyes del país. No se olvide que una de las consecuencias más graves de toda proteccion es constituir en gremio y casta cerrada á los protegidos. Libres eran los oficios en otra época; sólo cuando ellos mismos, para evitar la concurrencia, pidieron á los reyes carta de proteccion, nacieron los gremios. El que lo dudare, consulte un precioso libro de Mr. Gustave Tagniez, *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle a Paris au XIII et au XIV siecle*, y fácilmente se convencerá de ello. Contra peligros de esta naturaleza, ménos imaginarios de lo que pudieran algunos creer, debemos estar en guardia, tanto en esta cuestion de la libertad comercial, cuanto en la constitucion de sindicatos obreros, que ahora no nos ocupa.

Las industrias que piden á todo trance proteccion son, además de la de hilados de algodón, la de hilados de lino y la marina mercante. Esta última hace arrancar sus males de una ley de 1866, dictada para cumplirse desde 1869, y que prescribia que en adelante no hubiese derechos de aduanas diferentes para las mercancías que vinieran en derechura de los países de procedencia, fuese cualquiera el pabellon que las cubriese. Los armadores han hecho intervenir en su apoyo la consideracion de que sin marina mercante floreciente no es posible reclutar la de guerra, y que, en consecuencia, el Estado debe resguardarla, bien sea con derechos protectores, bien con primas y recompensas. Contra estos argumentos se ha dicho: 1.º Que las épocas más florecientes para la marina de guerra han sido de abatimiento para la mercante, como en los dias de Luis XIV y de Colbert sucedió. 2.º Que ni con primas, ni con derechos protectores, podrá el Estado hacer nada por la marina mercante, pues sólo hay para salvarla el medio

de una trasformacion, convirtiendo en buques de vapor los de vela que hoy hacen la navegacion de altura.

Quisiéramos disponer de un largo espacio para desarrollar extensamente estos puntos de vista; pero otros intereses reclaman las páginas de la REVISTA, y hemos de contentarnos con ligeras indicaciones. Vistos ya los argumentos de los protectionistas, examinemos los datos acumulados por sus adversarios. A fuer de imparciales, conviene notar que, aparte los tratados de comercio, hay algo que han influido en el gran desarrollo de la fortuna de Francia. Ese algo es el crecimiento prodigioso de los medios de transporte. Esta es, en efecto, para los artículos sujetos á importacion, y áun para los que produce el país mismo, si la fabricacion de ellos exige otros traídos de distintas zonas, la causa de lo elevado de los precios. Por tal razon ha dicho un economista distinguido: «Si quereis disminuir los precios, facilitar los transportes.» En efecto, costes de produccion, oferta y demanda, calidad del artículo, dificultad de producirlo, todo esto sumado influye en el precio de los objetos mucho ménos que el transporte del objeto mismo, ó de los que fueron necesarios para su elaboracion.

Tres documentos curiosos podemos presentar á nuestros lectores, llenos de datos que resuelven la cuestion; un discurso de Raoul Duval, otro de Julio Simon y los informes del presidente y vice-presidente de la Asociacion librecambista de París, Mr. M. A. d'Eichthal y H. Fould, ante la comision de tarifas que nombró la Cámara de Diputados. Raol Duval consigna que de 1862 á 1876 el movimiento del descuento en el Banco de Francia ha aumentado en 2.000 millones, doblando la suma de valores en cartera. La industria posee 17.200 máquinas más; el tránsito por las vías férreas en 1876 fué de 12 millones de viajeros y 35 millones de toneladas de mercancías más que en 1862; la navegacion fluvial ha sido diez veces mayor, las comunicaciones postales han doblado, las telegráficas cuadruplicado, los productos agrícolas y forestales suben á 2.500 millones más que en 1862. Los cambios en 1852, despues de medio siglo de proteccion, subian á 2.250 millones; en 1858, gracias á ciertas rebajas, á 3.400 millones; en 1860, á 4.174 millones; en 1878, á 7.230 millones.

En cuanto á influencia moral, encontramos que en 1862 los privilegios de invencion fueron 4.700 y en 1875 llegaron á 6.510. En 1861 habia 1.300.521 imposiciones en las cajas de ahorros, importando 401 millones. En 1875 las imposiciones subieron á más de 2.300 millones, importando 660 millones, sin tener en cuenta los mil caminos que puede emprender actualmente el ahorro. En 1862 se publicaban catorce periódicos en París; hoy más de sesenta.

Examinando la cuestion bajo el punto de vista de París, nota que esta capital exportaba, segun la Cámara de comercio, 347 millones; hoy más de 600. Los establecimientos industriales han subido en doce años de 101 á 123.000; los obreros sostenidos por la industria privada han pasado en el mismo período de 416 á 519.000; la retribucion ha aumentado en un 30 por 100; los salarios, de 470 han llegado á 761 millones; la fuerza motriz ha crecido en 9.500 caballos de vapor; en 1849 la proporcion de talleres ó fábricas era de 45 á 55; hoy, gracias á los progresos en la aplicacion de las máquinas, los talleres son á las fábricas como 62 á 38.

En las mismas industrias que se quejan notamos, por lo que respecta á la marina mercante, que su poblacion se ha elevado de 151 á 153.000; la pesca costera, de 11.000 esquifes que empleaba, servidos por 48.000 marinos, llega á 20.000 barcos y 68.000 tripulantes; su producto de 22 millones en 1850, es hoy de 62. Por último, el comercio de cabotaje, prohibido á todos los pabellones extranjeros, decae sin embargo. No puede ser más brillante, aun teniendo en cuenta los progresos en las vías de comunicacion, esta demostracion indirecta.

Julio Simon toma la cuestion de otro modo; más político, examina de qué parte está la mayoría y establece: que las industrias proteccionistas producen 600 millones y emplean 106.000 obreros, las indiferentes, 1.215 millones y 238.000 obreros y las librecambistas, 4.700 millones y 2 millones 103.000 obreros. Si á esto se añade la poblacion agrícola, 18 millones y medio de individuos que producen 7.500 millones, y que son casi todos librecambistas, queda la proteccion débilmente representada.

Mr. M. Eichthal y H. Fould, empiezan por demostrar que la agricultura está en completa concurrencia con las extranjeras y paga contribucion á las demás industrias por la proteccion más ó ménos grande que cubre á los materiales de que se sirven éstas. Y á pesar de ello, el número de hectáreas cultivadas, que era de 5 millones 800.000 del 36 al 55, se eleva del 56 al 76 á 6 millones 800.000; y en el primer período rinde 13,30 hectólitos por hectárea, y en el segundo 14,58. La importacion sube de 41 á 118 millones de hectólitos, y la exportacion de 24 á 59. Añaden que los productos agrícolas componen el 35 por 1000 del total de las exportaciones, sin contar los que salen del país transformados por las artes. La agricultura sufre siempre en los malos años, puesto que produce primeras materias, mientras que las restantes industrias sufren despues que el precio de sus elementos ha bajado. Un dato curioso añaden, cual es el de la evolucion de los precios: fíjense nuestros lectores y verán que tienden á un nivel poco variable, nada más que por efecto de la libertad relativa de transacciones. De 1815 al 35 la diferencia entre los precios máximos y mínimos de los trigos es de 20,90; del 36 al 55, es de 14,69, y del 56 al 76, de 14,34. La cantidad de mercancías exportada ha subido, sólo que, como baja el precio general, es fácil sufrir error: en 1862 fueron exportados 2 millones 992.000 toneladas; en 1877, 5 millones 830.000. Haciendo el balance entre la importacion y exportacion de metales preciosos del 62 al 77, resultan existentes en Francia 4.857 millones. Estos señores sólo quieren como medio de defensa en los tratados de comercio la cláusula de la nacion más favorecida.

Se vé, pues, cuán grande ha sido el crecimiento de la fortuna general de Francia en los diez y ocho años de tratados de comercio. Nos falta espacio para intentar una comparacion entre ese período y otro igual anterior; basta, sin embargo, con el discurso de Ruoul Duval para que juzguen nuestros lectores. Todo concluye en esta cuestion afirmando la conveniencia de renovar los tratados sin tardanza alguna, oponiéndose á la reaccion en materia de cambios, é invitando á todos los pueblos á emprender el camino que desde 1860 sigue Francia.

Hasta las ideas de las masas han cambiado. Ya nadie entiende la proteccion al modo que antiguamente, haciéndola sinónima de limitacion. La razon y la experiencia aconsejan que se dé libertad y que se proteja la industria por la seguridad, la ilustracion técnica, la disminucion de los impuestos, la apertura de nuevos mercados, la mejora de los medios de transporte, medios que sin dañar á nadie favorecen á todos. La ciencia ha desechado el principio de que los pueblos no pueden ser grandes sino á expensas de otros pueblos; precisa que deseché tambien la de antagonismo entre las industrias. El campo de la actividad humana y de las necesidades es tan vasto que caben en él holgadamente todos los imperios.

III.

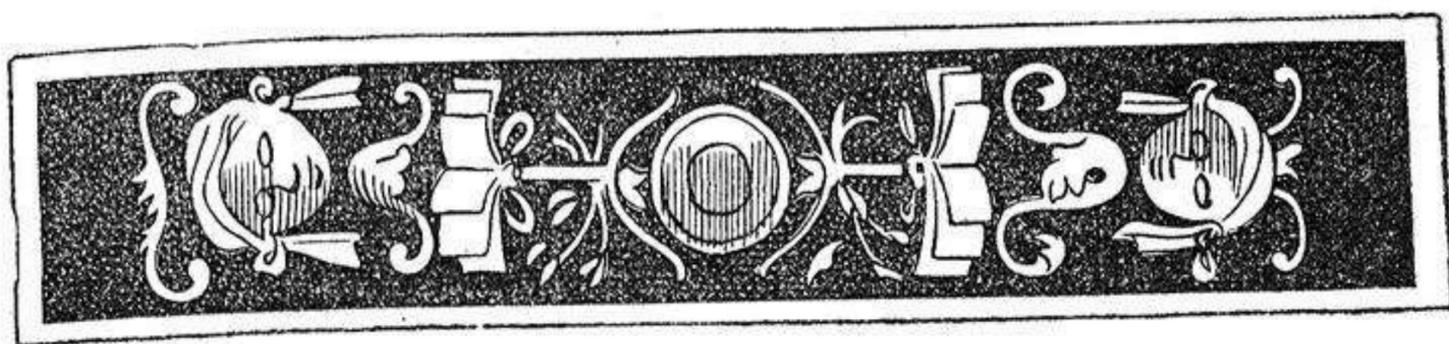
Para que nuestros lectores comprendan perfectamente el estado de la cuestion, es forzoso añadir que Mr. Tirard, ministro de Agricultura, Industria y Comercio, presentó á las Cámaras francesas en Julio último un proyecto de ley prorogando los efectos de la tarifa convencional actual, seis meses despues del voto de la general sometida al exámen de los diputados, desde su entrada en funciones. A pesar de los esfuerzos de los proteccionistas, dirigidos por Mr. Keller, el proyecto fué votado por una gran mayoría en la Cámara baja. En el Senado, Mrs. Pouyer-Quertier, Feray y Testelin, proteccionistas tambien, lucharon enérgicamente, aunque en vano. La comision nombrada para examinar el proyecto del Gobierno propuso un contra-proyecto, con el cual se queria conseguir que la Cámara de Diputados activase el exámen y aprobacion de la tarifa general á que arriba hemos aludido. Bajo este aspecto, el proyecto de la comision era bueno, pero tambien tenia el inconveniente, si la tarifa general no habia sido votada para 30 de Junio del año próximo, de necesitar una nueva prorogacion, ó en caso contrario, regiria la antigua tarifa aduanera, llena de prohibiciones incomprensibles. Que-

dó, pues, aplazada la cuestión; continúan rigiendo las tarifas convencionales, y continuarán hasta fines de 1880, si antes no ha sido aprobada la tarifa general que ha de discutirse apenas reanuden las Cámaras sus sesiones.

En los debates acerca de esa tarifa general darán la batalla los proteccionistas ó librecambistas. Nosotros creemos que Francia no se apartará de la vía emprendida con tanta brillantez en 1860. Será aprobada una tarifa inspirada en los principios de la libertad de comercio, y luego vendrán los tratados internacionales con la cláusula de la nación más favorecida, á asegurar por quince ó veinte años á los productores franceses la libertad relativa de transacciones, que el imperfecto estado de los conocimientos económicos en los pueblos impone, como estación necesaria entre la prohibición y protección de otros tiempos, y la libertad absoluta que verá brillar en los cielos el porvenir.

F. GUTIERREZ BRITO.





EL SOL.

DESDE que Aristóteles presintió con su poderoso gènio la ley de vida que rige á todo lo creado, hasta la época actual en que las ciencias van entrelazándose y marchando á constituir un sólo cuerpo de doctrina, ha merecido la astronomía la atención preferente de los pueblos cultos, tanto porque su estudio se halla íntimamente ligado con el de la historia del linaje humano, como porque contribuye al bienestar moral del hombre, al progreso de las sociedades y al conocimiento de las admirables leyes que el Supremo Hacedor impuso al Universo.

Como decia un célebre astrónomo, «la astronomía, por la dignidad de su objeto y por la perfeccion de sus teorías, constituye el más bello monumento del espíritu humano.» Aserto de cuya verdad han dado brillante é irrefragable testimonio los descubrimientos hechos en la última media centuria, merced al telescopio con que se sondean las profundidades del espacio y al espectróscopo con que se estudia y determina la constitucion física de los astros.

Las leyes de Kepler; la ley de la gravitacion universal enunciada por Newton; la determinacion astronómica de la veloci-

dad de la luz por Röemer; el singular descubrimiento del planeta Neptuno por Leverrier, y por último, para no citarlos todos, la determinación de las materias que constituyen la corteza y las atmósferas de los cuerpos celestes, forman «el más bello monumento» que exigirse puede á la alteza y al poder del hombre.

Actualmente la atención de los sábios está fija en los grandes problemas que ofrece la constitución física del sol por cuanto de su resolución depende la de otros problemas de gran importancia científica y aún social.

Notables en alto grado y extremadamente singulares, han sido los progresos y descubrimientos hechos en el dominio de la astronomía geométrica ó de posición. Desde los trabajos y descubrimientos de Galileo, Kepler y Newton, el sol quedó definitivamente como centro del sistema planetario. La ley de la atracción permitió deducir, con el auxilio del cálculo infinitesimal, las masas, densidades y pesos de los globos planetarios, como también las anomalías ó perturbaciones debidas á sus acciones mútuas. Las tablas astronómicas han sido perfeccionadas hasta el punto de discutir un error de seis décimas de segundo en las posiciones de la luna. Las teorías astronómicas recibieron una sanción solemne y ruidosa con el célebre descubrimiento del planeta Neptuno.

Pero á pesar de esto, y quizás por esto mismo, el espíritu de investigación de los filósofos no se había satisfecho: no bastaba haber averiguado el curso exacto de los astros, sus pesos y sus distancias mútuas; era necesario averiguar su constitución física, especialmente la del sol, y á este propósito han tendido y tienden los esfuerzos de los astrónomos. Las particularidades que presentan los eclipses totales de sol, la blanca aureola, las radiaciones que circundan al doble astro y las protuberancias rojas de variados matices que orlan la periferia, empuñaron á los sábios en profundas discusiones.

Desde este momento, la astronomía geométrica cedió toda su importancia á la astronomía física.

La primera puede considerarse como estacionaria, hasta que nuevos procedimientos de cálculos y de observación la pongan en estado de recibir impulso análogo al que, desde

Galileo hasta Laplace, le proporcionaron el cálculo infinitesimal, los procedimientos industriales y la sublime producción del inmortal Laplace. La segunda absorbe hoy por completo la atención de los astrónomos y de los filósofos. Desde el año 1842 fijóse el problema capital de ella en los siguientes términos. ¿Los fenómenos que se presentan en los eclipses totales de sol, son puramente ópticos, esto es, modificaciones especiales de los rayos luminosos, ó son manifestaciones de adyacencias reales del disco solar?

Esta discusión se hubiera prolongado seguramente por largo tiempo, pues que las dos proposiciones estaban sostenidas por sábios astrónomos, si Fansen y Lockyer simultáneamente no hubiesen descubierto el medio de observar las protuberancias sin necesidad de recurrir á los eclipses totales. Tan interesante descubrimiento ha llegado á ser en manos de los ilustres astrónomos citados, de Armstrong, Kirchoff, Secchi y otros un poderoso medio para abrir las vías que deben seguirse en la resolución del problema propuesto.

El último de estos observadores, ilustre por su saber, no ménos que por los resultados que ha obtenido en su constante estudio del globo solar, publicó hace diez años un interesante libro titulado *El Sol*, en que discute ordenadamente y dá cuenta exacta de cuanto sobre tan importante asunto se habia conseguido.

Antes de entrar en la exposición del notable libro del padre Secchi, traducido al castellano por D. A. García, director de telégrafos en la estación de Vigo, parécenos conveniente hacer una breve exposición histórica de las observaciones y descubrimientos que sobre la constitución física del sol se han hecho desde Galileo hasta la época presente.

El descubrimiento de las manchas del sol por Schneider y el estudio que de ellas hizo Galileo con el auxilio del telescopio, motivaron la formación de las primeras teorías respecto de su constitución. Las divergencias que se notaban en el tiempo de la revolución solar, dió á sospechar que las manchas estaban sometidas á movimientos irregulares.

Partiendo de estas observaciones, Galileo supuso que el sol era un cuerpo incandescente, rodeado de una atmósfera ga-

seosa en que flotaban nubes opacas, cuya aparicion, producida por la rotacion del globo solar, engendraba las manchas observadas.

La observacion atenta del fenómeno destruyó completamente la hipótesis de Galileo. Si las manchas fuesen producidas por nubes flotantes en la atmósfera gaseosa del sol, sus apariciones y desapariciones deberian verificarse sin reduccion alguna en sus dimensiones. Por el contrario, observóse que á medida que la mancha se aproxima al borde oriental del disco, su ancho, en el sentido de la rotacion solar, va disminuyendo progresivamente hasta reducirse á una línea oscura, que se debilita, y llega á desaparecer completamente. Modificó Marius por tanto la hipótesis de Galileo, y supuso que en la masa candente del sol se verificaban enormes fusiones, de las que resultaban escorias ó impurezas que, apareciendo en la superficie del disco solar, originaban las manchas. ¿Pero cómo estas escorias de naturaleza casi sólida podian sostenerse en la corteza del globo solar, que evidentemente es gaseosa? ¿Y qué observacion autorizaba á suponer la fusion de la materia productora de tales escorias?

Tales objeciones, por lo fundadas y razonables, indugeron á Wilson á modificar la teoría solar. Segun él, componíase el sol de un núcleo central oscuro, cubierto por una materia luminosa *per se*, que constituye el disco solar ó fotosfera. Bajo la accion de las grandes radiaciones caloríficas, verificábanse desprendimientos gaseosos del núcleo, que, en su movimiento ascensional, separándose del centro del sol, producian roturas en la masa incandescente visible, por las que se manifestaba el cuerpo oscuro del núcleo.

A la hipótesis de Wilson sucedió la de Hershell, que combatia la primera, asegurando que las radiaciones caloríficas bastaban para destruir con suma rapidez el núcleo central, cualquiera que fuese la materia de que estuviese formado.

Así, para salvar tales dificultades, supuso Hershell, aceptando la existencia del núcleo oscuro central, que entre él y la fotosfera hallábase situada una atmósfera gaseosa y semi-transparente, que resguarda al núcleo de las radiaciones de la fotosfera, y cuya dilatacion producía roturas y anfractuosi-

dades en la superficie del disco solar. La mancha se formaba por la aparición del núcleo á través de la atmósfera trasparente, con lo que explicaba tambien la penumbra ó debilitación de la luz del disco, observada alrededor de las manchas.

Si bien la observacion de las manchas tenia, como tiene, gran importancia, pues que su estudio ha servido para determinar el movimiento de rotacion del sol y para formular las teorías indicadas, quedáronse en tal estado hasta que los fenómenos inexplicables y singulares que se presentan en los eclipses totales del sol, fijaron la atencion de los sábios y dieron nuevo rumbo á sus investigaciones.

La rareza de los eclipses totales del sol, que no son totales, sino para regiones muy limitadas de la tierra, á más del terror que hasta estos últimos tiempos ha inspirado, fué sin duda motivo para que hasta principios del siglo XIX no hiciesen los sábios las investigaciones y experiencias que tan notables fenómenos requerian.

El año 1706 ocurrió un eclipse total en Europa, y los astrónomos Plantade y Clapie, que observaban en Montpellier, dieron una descripcion bastante detallada de la aureola y de la corona que circunda al astro eclipsado durante la totalidad. Posteriormente, en 1733, verificóse otro eclipse total, y Vaseño, que lo observó en Gothenburgo, dió noticia de las protuberancias que quizás por falta de medios eficaces no fueron observadas en los eclipses anteriores.

En 1836, Baily, Arago, Airy y otros astrónomos, hicieron observaciones que dieron origen á discusiones que podemos llamar preliminares. Baily observó alrededor del astro, durante la totalidad, una série de protuberancias que semejaban las cuentas de un rosario; pero Airy, que tambien observó algunas, si bien no bajo el mismo aspecto que Baily, las supuso originadas por la descomposicion de la luz de la corona al atravesar las capas delgadas é invisibles de una nube próxima. El aspecto de las protuberancias, nuevo para Arago é inesperado, pues que creia él que los observadores que de ellas habian hablado referian á entidades reales lo que sólo eran ilusiones ópticas, segun él sospechaba, produjo en su ánimo efecto tal, que estuvo á punto de perder el reconocimiento de la polari-

zacion de la luz de la corona; observacion que, como veremos más adelante, es de gran importancia para determinar la naturaleza gaseosa de la aureola solar.

Forbes dió una magnífica descripción del fenómeno en su conjunto y en sus detalles. Dió cuenta exacta del modo de aparecer la corona y la aureola y las protuberancias, y de los cambios de aspecto durante la totalidad. Las afirmaciones de Baily y de Arago, y la descripción de Forbes excitaron la curiosidad de los demás astrónomos que aguardaban ansiosamente el año 1842, desde el cual empezaron á recogerse datos ciertos y fidedignos sobre las circunstancias que acompañan al fenómeno.

Los resultados obtenidos de la observacion de este eclipse fueron ya de verdadera importancia. La mayor parte de los observadores vieron las mismas protuberancias, segun resultaba de la comparacion de las observaciones. Pero entre todas la más interesante para determinar si las protuberancias son adyacencias solares ó simples modificaciones de la luz solar es la verificada por Bouvard y Conti. Estos observadores, que se dedicaron exclusivamente al estudio de las protuberancias en el citado eclipse, vieron las protuberancias occidentales aún despues de terminada la totalidad del eclipse, esto es, despues de haber reaparecido el borde occidental del disco del sol. Esta observacion indujo á creer en la existencia real de las protuberancias, pues que si fuesen debidas á la difraccion de la luz solar al rasar los bordes anfractuosos de la luna, su desaparicion debia ser instantánea y simultánea con la aparicion del primer rayo de luz.

Las opiniones de los astrónomos sobre tales fenómenos se hallaban divididas, segun hemos indicado, y dos eran, por tanto, las teorías que se disputaban la victoria. Era una la topográfica, que establecia la realidad de la aureola, de la corona y de las protuberancias como atmósferas y adyacencias reales del cuerpo del sol. Era la otra la óptica, que suponía ser estos fenómenos producto de las modificaciones de la luz solar difractada por los bordes irregulares de la luna.

Si la teoría óptica era la verdadera, la aureola y la corona no deberian estar centradas con el disco del sol, y las protube-

rancias no serian las mismas para observadores situados en distintos lugares y más particularmente para los que estuviesen á uno y otro lado de la línea de centralidad del eclipse.

Interesaba, por tanto, á los partidarios de ámbas teorías verificar nuevas observaciones, y aguardaban impacientemente la ocasion de nuevos eclipses para resolver los problemas que se agitaban aplicando nuevos procedimientos de observacion, tales como el espectroscopio y la fotografía, que segun se verá, prestaron señalado é importantísimo servicio en la averiguacion de la verdad.

En 1850 ocurrió un eclipse total cuya línea de centralidad pasaba por las islas Sandwick que fué observado por el astrónomo Polaco Kutczychi sin otro resultado notable que la medida de una protuberancia de prodigiosa altura y el haber llamado la atencion de los sábios la correspondencia entre la protuberancia y una fácula ó region muy limitada y brillante de las muchas que cruzan irregularmente el disco del sol.

Arago entre tanto discutia las observaciones de eclipses anteriores, especialmente las verificadas en 1842, y de ellas dedujo como probable que los apéndices aislados de algunas protuberancias eran masas luminosas flotantes en la atmósfera solar que en los eclipses originaba la corona y la aureola que circunda al doble astro durante la totalidad. La mayor parte de los astrónomos aceptaron las deducciones de Arago y la hipótesis topográfica que defendia. No obstante, necesitábanse nuevas observaciones para la resolucion definitiva del problema, cuyas dificultades no podian ser resueltas por falta de datos.

El eclipse ocurrido en 1851 en el Norte de Europa proporcionó nueva ocasion para rectificar las ideas aceptadas por los partidarios de ámbas teorías; pero las discordancias que arrojaban las observaciones eran tales, respecto la situacion de las protuberancias, que cada teoría tomólas para robustecerse sin que ninguna obtuviese una sancion definitiva.

Los partidarios de la teoría óptica objetaban á los sostenedores de la topográfica que de ser cierta esta teoría las protuberancias debian ocupar la misma posicion en el disco solar para todos los observadores, cualquiera que fuese el lugar

que ocupasen, cosa que segun ellos estaba muy lejos de verificarse. La no conformidad explicábanla los partidarios de la teoría topográfica, ya por las distintas circunstancias de la atmósfera en los diversos lugares de observacion, ya por la diferencia entre las condiciones ópticas de los instrumentos empleados. En efecto, puede muy bien suceder que Airy viese, observando con su buen antejo, montado sobre trípode y con maniguetas para los movimientos pequeños, protuberancias que no pudo ver Jockson con un antejo de mano. Por otra parte; de que unos observadores no viesen las protuberancias vistas por otro no era razonable ni posible en buena lógica deducir argumentos contra su existencia real. Lo que importaba para deducir conclusiones ciertas era analizar si las protuberancias vistas por unos mismos observadores ocupaban un mismo lugar del disco del sol ó si cambiaban con el cambio rápido de posicion de la luna. La comprobacion del primer término de la disyuntiva favorecería la doctrina topográfica; la comprobacion del segundo daría grandes visos de probabilidad á la teoría óptica.

La mayor parte de los observadores de este eclipse se hallan conformes con las diversas circunstancias que acompañaron la aparicion de una protuberancia en forma de garfio, en cuya posicion todos estaban igualmente conformes. Además, unos vieron separada del garfio una nubecilla ó nubécula, otros vieron la nubécula unida al garfio por una prolongacion de luz muy debilitada como desvanecimiento del color rojo del garfio. Otros, finalmente, no vieron ni la nubécula ni el garfio.

¿Pero puede tener esta divergencia en las observaciones algo si se considera que Wichnian en Kœnisberg vió el garfio formando cuerpo con la nubecilla mientras que los demás observadores que le acompañaban no vieron ni uno ni otro?

Confirmóse tambien la teoría topográfica por las observaciones de Airy en Raveslsber. Si las protuberancias son adyacencias solares, su tamaño debe ir aumentando en las occidentales y disminuyendo en las orientales á medida que el cuerpo oscuro de la luna vá avanzando con su movimiento propio de Occidente á Oriente. Airy, provisto de un buen micróme-

tro, comprobó este hecho midiendo en intervalos regulares las alturas de las protuberancias.

Esta observacion fué combatida, si bien no en cuanto á su exactitud, por lo ménos en cuanto á las consecuencias que de ellas se habian deducido. Pretendióse que tales datos numéricos no eran exactos y solamente aproximados y que tal variacion de altura de las protuberancias no correspondia al movimiento de traslacion de la luna entre los intervalos de las medidas tomadas por Airy.

La discusion que de la totalidad de las observaciones de este eclipse hizo Swan, enseñó que las protuberancias observadas correspondieron invariablemente á unos mismos puntos del disco solar.

En tal estado habíase puesto la discusion sostenida, que ni una ni otra teoría obtuvieron señalada ventaja.

El eclipse de 1858, cuya línea de centralidad pasaba por Rio Janeiro, fué observado por Mello y por Liais en Parana-gua; ámbos observadores notaron que se destacaba sobre el fondo oscuro del núcleo de una mancha, una nube de color rosáceo, análogo al de las protuberancias. Durante la totalidad, apareció una protuberancia roja en la parte del disco más próxima á la mancha observada ántes del eclipse. Esta observacion, que fué para algunos atronómos la confirmacion de la correspondencia ya sospechada por algunos astrónomos, entre las manchas y las protuberancias, fué posteriormente hecha tambien por Dawes y Secchi. Ni Mello ni Liais pudieron obtener resultados algunos respecto la polarizacion de la luz de las protuberancias, ni pudleron obtener fotografías de la fase total del eclipse, las que en último habian de resolver el problema planteado de la indentidad en las protuberancias vistas por distintos observadores, su fijeza en el disco del sol y su variacion, por lo tanto, respecto al disco lunar.

Aplazóse toda discusion de los resultados hasta entónces obtenidos, para despues de verificado el célebre eclipse de 1860, cuya línea de centralidad pasaba por Oropesa á orillas del Mediterráneo. Aprestáronse para su observacion la mayor parte de los astrónomos de Europa, y prepararon para ello todos los medios que la ciencia y el arte proporcionaban.

Tratábase de reconocer definitivamente la naturaleza de la corona, de la aureola y de las protuberancias. Habían de emplearse en esta ocasión el polariscopio, ya empleado en otras ocasiones, para reconocer si la corona y las protuberancias tenían ó no luz propia. El espectroscopio para averiguar la naturaleza de las protuberancias y la ley de reducción de los colores del espectro. Y la fotografía para comprobar la identidad de las protuberancias y obtener con todo rigor geométrico su posición en el disco solar.

Llegó finalmente el día del eclipse tan deseado por los astrónomos.

Secchi, Plantamour, Janssen, Lockyer, Airy, Marques, Aguilar, Merino y multitud de distinguidos astrónomos provistos de excelentes medios é instrumentos, y situados en la región de centralidad del eclipse, adquirieron nuevos datos, que lejos de reducirlos á un comun acuerdo, hizo más profunda la divergencia entre los partidarios de las teorías que se disputaban el triunfo.

Afortunadamente Janssen y Lockyer, aplicando los descubrimientos de Kirchoff al estudio del sol, dieron el medio de observar casi cuotidianamente las protuberancias. El Sr. Secchi, Airy y los demás astrónomos, lánzase por la nueva vía abierta para la resolución del problema; y no tardaron en reconocer la realidad de las protuberancias como adyacencias solares, en estudiar las candentes atmósferas que envuelven el disco, las materias que constituyen las protuberancias y la íntima correspondencia que existe entre ésta y las manchas por las apariciones y desapariciones simultáneas.

Reconocióse más tarde la correspondencia ya sospechada entre las manchas, las protuberancias y los fenómenos magnéticos de la tierra. La circunstancia de coincidir las variaciones de unas mismas manchas con las posiciones de Vénus y de Júpiter en el afelio y perihelio, hizo admitir la idea de que aquéllas debían ser afectadas principalmente por las presiones de ambos planetas sobre el sol, ó más bien por las que ejercen todos los globos del sistema solar. Admitióse igualmente por algunos que la corona y las radiaciones se hallaban sometidas á perturbaciones que reconocen este mismo origen.

Mientras que tales puntos se discutian, el infatigable P. Secchi dedicábase á observaciones espectroscópicas interesantes, determinaba las materias que forman las protuberancias, las que hay en el seno de las manchas y en la cromósfera: tanta actividad no le impedía sostener con Faye notables discusiones. Dos teorías se establecieron para explicar la formación de las manchas. Consiste la una, defendida por Secchi, en considerarlas engendradas por las corrientes ascensionales de materias gaseosas desde el centro del sol á la superficie. Consiste la otra, defendida por Faye, en considerarlas producidas por ciclones análogos en su formación y marcha á los que se producen en la superficie de la tierra.

La observación de las manchas hace ver que la forma en espiral que debía manifestarse, á ser cierta la teoría de Faye, se presenta solamente en un reducido número de casos. Así es que el ánimo se inclina á aceptar de ambas teorías lo que sirve para la más cumplida explicación de los fenómenos observados. La formación ciclónica de las manchas puede ser admitida como caso particular, que se concibe fácilmente por el choque de las corrientes gaseosas supuestas por el Padre Secchi.

En el eclipse total de 1870, cuya línea centralidad pasaba por Sanlúcar, habían de resolverse algunos de los problemas pendientes, como el de la existencia de la cromósfera y la naturaleza de la corona, y habían también de recibir sanción las observaciones anteriores. Young, que observaba con un magnífico espectróscopo en las cercanías de Jerez, descubrió la inversión total de las rayas del espectro, lo que dejó fuera de toda duda la existencia de la cromósfera. Lord Lyndsay y los observadores españoles é ingleses situados en Jerez y Sanlúcar, comprobaron la ley de reducción de los colores y las diversas modificaciones del espectro de las protuberancias, según que la dirección de la ranura es paralela ó perpendicular á las protuberancias; mas quedó por averiguar si, como se sospechaba, la luz corona y de las radiaciones es propia ó reflejada del sol; en el segundo caso, las rayas de Fraunhofer deberían ser observadas en el espectróscopo.

Las recientes observaciones hechas en el eclipse total de

29 de Julio último por Watson, Young, Airy, Proctor y Abbe, han servido, tanto para confirmar las observaciones anteriores de Young, como para establecer nuevas teorías.

Proctor, que ha comparado la corona según su aspecto con la observada por Kepler en 1605, pretende que son una misma; de su dimensión reducida, hoy comparada con el escaso número de manchas que presenta su disco, se deduce que existe una relación de *simpatía* entre el ancho de la corona y el número de manchas.

Las reducciones y dilataciones de la corona son, pues, el resultado de las presiones que los planetas ejercen sobre ella, oponiéndose así á las corrientes gaseosas del sol, y limitando por tanto el número de sus manchas.

Abbe, que observaba á la simple vista, vió las radiaciones en número de cuatro; las radiaciones primera y tercera, situadas en el plano de la eclíptica y diametralmente opuestas á las que eran perpendiculares de la segunda y cuarta, también diametralmente opuestas. Según Abbe, las radiaciones aparecieron totalmente desprendidas del cuerpo del sol y de la corona. De esto y de que las radiaciones 1 y 3 más brillantes se hallaban en el plano de la eclíptica deducen los astrónomos que las radiaciones son producidas por la materia cósmica que circunda la órbita de la tierra y que en aquellas circunstancias reflejaba hácia la tierra la luz solar.

De este modo las radiaciones de los eclipses y los meteoros conocidos por estrellas fugaces «tienen un mismo origen.»

La teoría del sol, pues, se simplifica progresivamente á medida que más se vá penetrando su composición y la naturaleza de sus atmósferas. El espectróscopo ha contribuido poderosamente como contribuirá en lo sucesivo al conocimiento de cuantos accidentes presenta el globo que reparte y sostiene los elementos de vida en los planetas que de él dependen.

Las atracciones y repulsiones de la materia, las acciones eléctricas y magnéticas, las fuerzas todas de la naturaleza íntimamente correlacionadas, motivan interesantes estudios que, referidos en último término á la energía solar, demuestran cuánto importa proseguir el estudio del sol para alcanzar la resolución de los problemas trascendentales que hoy se agitan

sobre la vida universal y sobre el origen comun de los séres.

En resúmen, tomando por base el estado actual de los conocimientos, puede decirse que el sol está formado por una masa central cuya naturaleza se ignora; envuelta por una masa gaseosa, de luz propia sometida á los esfuerzos de las corrientes, ya directas, ya ciclónicas, que se dirigen del centro á la superficie, y que producen las manchas que se observan en su superficie. Que á esta envoltura sigue otra formada de hidrógeno en combustion que produce las protuberancias; que ésta á su vez se halla envuelta por la materia gaseosa que produce la corona, sólo visible en los eclipses totales del sol y que contra lo creído hasta ahora, las radiaciones no son derivaciones irregulares de la corona, sino manifestacion especial de la materia cósmica que produce las estrellas fugosas en la noche del 13 al 14 de Noviembre de todos los años.

¿Pero puede decirse que lo que á la constitucion del sol se refiera se halla definitivamente resuelto y sólidamente establecido por los considerables y continuos esfuerzos de que hemos dado una ligera reseña? Nos hallamos muy léjos de eso. Los trabajos más recientes de Cornu han venido á arrojar numerosas dudas sobre la exactitud de las consecuencias obtenidas. La atmósfera terrestre ejerce una absorcion sobre los rayos solares, tanto más enérgica cuanto más corta es la longitud de onda correspondiente al rayo absorbido, lo que limita considerablemente la region ultra-violeta del espectro correspondiente á los rayos más refrangibles, que es la más interesante para el estudio de las radiaciones térmicas del sol. Por otra parte, el espectro de los gases varía considerablemente con las presiones á que se hallan sometidos, hasta el punto de hacerse continuo el que en las bajas presiones se hacia discontinuo. Las rayas del vapor de sodio, sometido á una prolongada destilacion en el vacío, se separa de la raya oscura del metal correspondiente. Fenómenos notables que hoy estudian los físicos para buscarle una explicacion que seguramente modificará las ideas admitidas hoy respecto á la constitucion física del sol.

Las observaciones asíduas de Tacchini en Palermo establecen una corelacion entre los períodos de actividad máxima y mínima y las temperaturas mínima y máxima en las diversas

zonas de la tierra. Corelacion que, de ser cierta, determina un nuevo orden de estudios y una nueva direccion de ideas sobre acciones cósmicas planetarias.

El análisis matemático, aplicando sus eficaces procedimientos á las fórmulas empíricas que laboriosas teorías informan con los datos de la observacion, va dándole inusitado vuelo y ensanchando los horizontes de este interesante estudio.

Presentar metódicamente los resultados hasta hoy obtenidos, es el objeto de este trabajo; para lo que tomaremos como base y punto de partida el excelente método de exposicion seguido por el ilustre P. Secchi en su famosa obra titulada *El Sol*.

Segun las interesantísimas experiencias del citado Cornu, el espectro solar y el del vapor de hierro inflamado en el arco voltaico ofrecen una gran identidad.

Las rayas oscuras del primero y las brillantes del segundo se corresponden exactamente: cosa que muy bien puede tomarse como indicio de la identidad entre las materias que constituyen los globos planetarios y las que en tenuísimo estado se hallan difundidas por el universo. Colíjese que esta corelacion deberia continuarse hasta el límite del espectro de hierro, si una causa extraña no interrumpiese bruscamente el espectro solar.

Sometidos los datos de la observacion y de la experiencia á las hipótesis hoy admitidas por los físicos, respecto de los poderes emisivos y absorbentes de los cuerpos gaseosos, representado por a_λ el coeficiente de absorcion de la atmósfera en un lugar de la tierra, por M la relacion $\frac{\text{senh}}{l}$ entre el seno de la altura de C sol y el espesor de la atmósfera en el ser uniforme; por l , el valor especial de l en el lugar de la observacion por λ las longitudes de la onda en el límite de visibilidad del espectro; y por λ_0 la misma longitud. Considerando la tierra sin atmósfera se llega á la fórmula

$$\text{Long. } a_\lambda = \frac{M}{l'} \left(\frac{1}{e} - m (\lambda - \lambda_0) \right).$$

que nos enseña claramente la rapidez de la variacion de a_λ á medida que aumentan los valores de λ que, como es sabido,

son crecientes del extremo rojo al ultra-violeta del espectro.

Por lo dicho puede preverse el interés de los resultados obtenidos por Cornu, mediante la eficacia cada vez mayor de los procedimientos fotográficos de que ha sido principal propagador el Sr. Warren de la Rue.

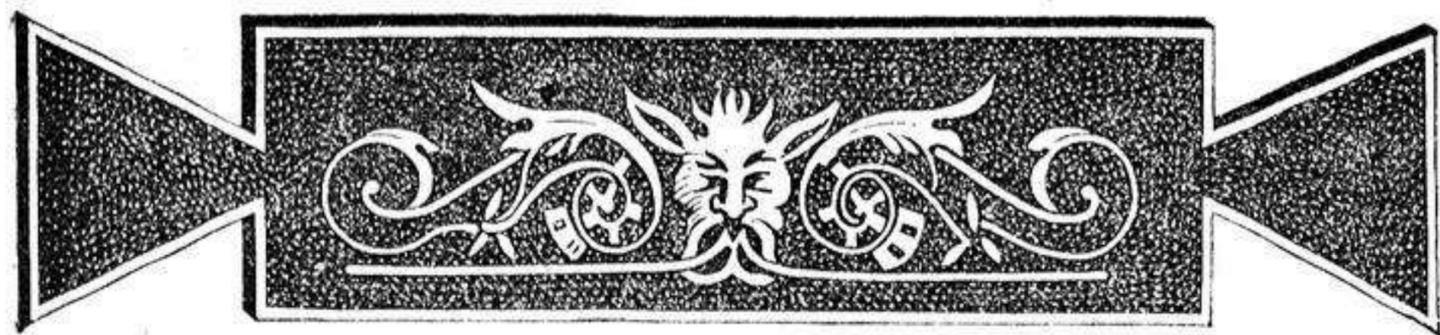
Afortunadamente y por coincidencia muy frecuente, los progresos que se realizan en un orden cualquiera de los conocimientos humanos, derrama inopinadamente sus luces sobre otros asuntos á cuya resolución en cierto modo se habia renunciado.

La tan debatida cuestion de la atmósfera de nuestro satélite se halla en camino de ser resuelta, gracias á los nuevos procedimientos. El criterio de los astrónomos para resolver este famoso problema fundado en el retardo de las horas de la inmersión y emersión de las estrellas por el disco lunar, es á todas luces insuficiente. La física moderna plantea el problema en otros términos. Si nuestro satélite está desprovisto de atmósfera, las granulaciones del sol conservarán su aspecto en las imágenes fotográficas. Si, por el contrario, tal atmósfera existe, el valor de la deformación servirá para reconocer la densidad y extensión de la capa gaseosa.

Vemos, pues, que á medida que la esfera de los conocimientos se vá ensanchando, los problemas propuestos adquieren nueva importancia y hasta llegan á afectar nueva é inusitada forma. Hasta hace poco tiempo creyóse como indudable que las temperaturas de las diversas regiones de la fotosfera crecían simultáneamente con sus radiaciones caloríficas: aserto que Jaussen ha destruido recientemente. Para conocer la temperatura de la fotosfera me basta conocer su potencia radiante; es necesario tener en cuenta las longitudes de las ondas respectivas, y el poder emisor de la materia luminosa del sol que aún nos es desconocido.

Largo es el camino que todavía han de recorrer los físicos y los astrónomos para que establezcan la verdadera teoría solar, cuya importancia está hoy universalmente reconocida, tanto en el dominio de las ciencias como en el de las aplicaciones industriales.

RAMON ESCANDON.



CRÓNICA POLÍTICA.

INTERIOR.



A union de las diversas fracciones en que se han distribuido las fuerzas de la democracia española es una necesidad que nadie ha combatido ni negado hasta ahora. Si esa union se hubiese verificado en 1873, si entónces los que ahora la proclaman con mayor empeño no se hubieran obstinado en ahondar las diferencias que separaban á progresistas y demócratas de la parte más conservadora y sensata del republicanismo histórico, no habrían sobrevenido los escándalos cantonales, ni hubiera muerto la forma de gobierno proclamada el 11 de Febrero. Pero entónces todo era afanarse por dividir elementos, depurar el Gobierno y rechazar el concurso de las fuerzas liberales del país. Aún recordamos cierto artículo que publicó *La Discusion* en aquella época con este significativo epígrafe: *No nos sirven*, tratando del auxilio que podrian ofrecer á la república decaída y perturbada los radicales. En tan desacertado exclusivismo se inspiraron el Sr. Pí el 23 de Abril de 1873 y el Sr. Salmeron y el Sr. Martos, aunque cada uno

con distinto criterio, el 3 de Enero de 1874; en tan desacertado exclusivismo se fundó la política española durante mucho tiempo, produciendo las causas que hicieron posible y hasta necesario el Gobierno de los conservadores.

No ocupan éstos el poder por sus méritos propios, ni por el bienestar que el país alcance bajo su dirección, ni por la ventura que nos deparen sus hombres y sus actos. Lo ocupan porque la opinión pública teme llevar el país á lo desconocido, y en el fondo de las discordias que traen dividida y revuelta á la democracia, no hay más que una aventura de éxito dudoso y enigmático desenlace. Si la democracia aspira al poder, si pretende ocupar el Gobierno, es necesario que ofrezca al país un programa reparador, apoyado por una parcialidad poderosa y fuerte. Un escritor elocuentísimo (1) lo ha dicho en estos mismos días. «La unión de la democracia gubernamental española, es la primera de las necesidades políticas y la primera de las exigencias imperiosas que hoy tiene con nosotros la realidad viviente. Desunidos, fraccionados, rotos, en guerras continuas, en disidencias permanentes, echando unos sobre otros á manos llenas el descrédito, con regocijo universal de nuestros adversarios, somos el ludibrio de este tiempo, y merecemos la compasión pública. Unirnos, disciplinarnos, tener un programa comun, caminar de acuerdo hácia un objeto dado, identificarnos en ideales y en procedimientos, seria la salud y la robustez hoy; la victoria y la consolidación de esa victoria mañana.»

Durante el ministerio del Sr. Cánovas del Castillo germinó esa aspiración. La política del autor del programa de Manzanares no daba medios á los partidos democráticos para abandonar la actitud de espectación y de reserva en que forzosamente se hallaban. El cambio de gobierno, la entrada en el poder del Sr. Martínez Campos inició un período de mayor expansión política. Los grupos democráticos se agitaron, y en pocos días su agitación y sus actos mostró al país que en nin-

(1) *El Globo* de 10 de Octubre.—Artículo *Procedimientos políticos*, de Castelar.

guna parte residia tanta fuerza como la que poseen esas agrupaciones para llevar á cabo los designios por que combaten. Fué aquello como una revista de todas las fuerzas populares, de todos los elementos liberales del país. Surgió de ella poderosa y viva la conviccion que justificaba el deseo de unir en un sólo haz los más sanos y respetables elementos democráticos. Cada grupo apresuró en sus propias filas el trabajo de reorganizacion iniciado ántes ó abandonado de mucho tiempo atrás. La reorganizacion permitió á los demócratas gubernamentales y á los progresistas democráticos luchar el 20 de Abril en gran número de distritos, y traer á las Córtes una minoría no escasa, y brillante por la calidad de los individuos que la constituyen. En las Córtes se dió un paso más. La idea de la conveniencia de unir los elementos democráticos, progresaba. Cuando las Córtes terminaron sus tareas, comprendió todo el mundo que durante el interregno parlamentario se volveria á suscitar aquel interesante problema.

En efecto, el Sr. Martos, cediendo á los consejos de sus amigos, ha aceptado el encargo de iniciar esos trabajos de reorganizacion. Grave y difícil era su tarea, de gran responsabilidad, sobre todo, para quien la cumpliera, porque quizás los primeros pasos decidan y no decidan favorablemente del resultado final y quizás éste produzca consecuencias irreparables. La forma en que ha realizado el Sr. Martos su mision es conocida de todos. Fué á París. Vió allá á los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron y Carvajal; concertáronse entre todos las bases del acto político que se preparaba, y regresó á Madrid á ejecutarlas y á recabar la adhesion de los diferentes jefes de los grupos democráticos, que no estuvieron presentes en las conferencias de la capital de la vecina república. *El Globo* ha opuesto reparos muy dignos de tenerse en cuenta á este procedimiento. Era preferible, sin duda de ningun género, llegar á un acuerdo mediante públicas manifestaciones de identidad, siempre que esta identidad existiera en cuanto á los problemas capitales de la política. Para eso han ido á las urnas en 20 de Abril los electores demócratas; para eso se han organizado respetables minorías parlamentarias que defendieron el programa democrático en la anterior legislatura.

Pero lo más importante no es la cuestión de procedimiento, sino la de fondo. ¿Qué es lo que van á hacer en definitiva los grupos democráticos unidos? Nosotros no conocemos las bases, porque no se les ha dado publicidad aún. Pero ya hemos dicho que si la democracia aspira al poder, si pretende ocupar el Gobierno, es necesario que ofrezca al país un programa reparador, apoyado por una parcialidad poderosa y fuerte. Será reparador un programa que atienda tanto á los errores presentes como á los errores pasados, á las desventuras que hoy nos agobian como á los extravíos que hace tiempo llevaron esta sociedad á los bordes de una espantosa disolución. Hay que pensar tanto en 1879 como en 1873.

La democracia no logrará el poder mientras la opinion no coopere á su obra. Para obtener el auxilio de la opinion, es indispensable que la democracia se presente ante ella garantizándole que su advenimiento al Gobierno mejorará el estado actual de los negocios públicos, sin llevarlos jamás á aquel estado deplorable en que culpas de todos los pusieron cuando declinaba hácia su ocaso la revolucion de Setiembre. A nuestro juicio, en eso convienen los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron y Martos. El Sr. Carvajal lo ha asegurado en las manifestaciones que ha hecho al jefe de la democracia gubernamental durante el curso de estas negociaciones. El Sr. Martos ha sido monárquico, y esto basta para que su pensamiento pueda armonizarse fácilmente con aquel criterio conservador que ha de informar en lo sucesivo la conducta de la democracia. Los señores Ruiz Zorrilla y Salmeron viven en Francia, y el espectáculo de lo que en Francia acontece ha debido enseñarles la conveniencia de poner á la libertad un contrapeso en el poder fuerte, el ejército numeroso, las leyes severas, la política firme y la decision inquebrantable de mantener el orden á toda costa, formando una democracia que no sea como la de 1848 ó la de 1873, anarquía perturbadora y disolvente. Pero del rumbo que han tomado las negociaciones de la union, deducimos que todos ellos se resisten á manifestar eso que el país indudablemente espera. ¿Por qué no declaran con toda franqueza su pensamiento? ¿Por qué no hacen un programa completo y minucioso? ¿Por no enagenar-

se el auxilio de los grupos acaudillados por los Sres. Pí y Figueras? ¿Por no enagenarse el concurso del federalismo? Esto es lo que todo el mundo supone, y esto es lo que su conducta da derecho á pensar.

Para nosotros es incomprensible—si eso se admitiera como cierto—que los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron y Martos pidan á la opinion sus votos y su apoyo, al mismo tiempo que su concurso al federalismo. Hay en el fondo de esa doble pretension incompatibilidad manifiesta. La opinion no puede contribuir directa ni indirectamente á que el federalismo cobre fuerzas y adquiera influencia en nuestra política, porque la opinion no puede transigir con la posibilidad siquiera de que un dia se piense otra vez en la desmembracion de la pátria. Están demasiado vivos los recuerdos de 1873 para que no nos aterre el temor de su reproduccion. Si la democracia no los condena enérgicamente, no espere nunca conquistar la confianza de los pueblos. ¿Cómo la han conquistado Thiers y Gambetta en Francia? ¿Cómo la ha conquistado el Sr. Castelar en España? Pues de esa misma manera la alcanzarian los Sres. Martos, Ruiz Zorrilla y Salmeron. Por otros caminos, su tarea es imposible. El tiempo lo demostrará.

Mientras se esperó que la iniciativa del Sr. Martos imprimiera ese carácter á los trabajos fusionistas, se atribuyó á estos trabajos extraordinaria importancia. Hoy la que tienen es mucho menor. A lo sumo, lo que el diputado por Valencia alcanzará es reunir en un sólo haz las dos fracciones del antiguo partido radical, la que militaba á sus órdenes y la que seguia al Sr. Ruiz Zorrilla. Reconstituida esa parcialidad, se le agregarán los escasos elementos que obedecen al Sr. Salmeron, más notables por su calidad que por su número, y entre los que figuran hombres como los Sres. Azcárate, Fernando Gonzalez y Rodriguez (D. Gabriel), que tienen condiciones bastantes para influir en el rumbo de los sucesos públicos. El Sr. Carvajal, separado del grupo posibilista, ingresa tambien en el nuevo partido. Pero la organizacion de éste modificará muy poco el estado actual de la democracia, en la que seguirán distinguiéndose tres grandes agrupaciones: la derecha, capitaneada por el Sr. Castelar; la izquierda, que di-

rige el Sr. Pí, y ese centro, que obedecerá probablemente las órdenes de un Directorio, compuesto de sus hombres más distinguidos. Esto era lo que el Sr. Martos anhelaba sin duda, pues corresponden los resultados de sus gestiones al anuncio que hizo desde la tribuna al discutirse la contestación al Mensaje; pero sus resultados contribuirán muy poco á modificar la situación actual del país y de los partidos. Quien crea lo contrario, juzga por su criterio apasionado, sin parar mientes en la realidad de las cosas.

* * *

El día 8 se verificó la reunión del comité del partido progresista democrático, convocado por el Sr. Martos, para darle cuenta de los trabajos á que hemos consagrado las anteriores observaciones.

Segun dicen los periódicos mejor informados, al explicar las bases el Sr. Martos, comenzó por decir que el futuro partido deberá sostener los principios de la Constitución de 1869, tal y como se proclamó en el manifiesto del partido progresista-democrático, y además las leyes orgánicas que han regido hasta 1876, si bien haciendo aclaraciones y dando desarrollos cuya exactitud no hemos podido averiguar. Se afirmará claramente en el Parlamento estos conceptos fundamentales de derecho político interior: unidad del Estado y de todos los organismos; autonomía administrativa, sin perjuicio de la alta inspección del Estado; y se mantendrá tan separado de toda tendencia demagógica, como de toda corriente reaccionaria.

Esto, á la altura que hemos llegado, es bastante vago. Los partidos deben precisar sus aspiraciones, sobre todo cuando se emplean palabras como esa de la autonomía, dentro de cuya aplicación y desarrollo caben exageraciones peligrosas. Después del Sr. Martos hizo uso de la palabra el Sr. Figuerola, para exponer algunas dudas respecto al acuerdo del

nuevo partido, y muy especialmente acerca de los compromisos que los progresistas demócratas adquieren en menoscabo de la Constitución de 1869.

El Sr. Martos las contestó, haciendo resaltar los puntos objeto de las transacciones, ya previstas en el manifiesto de Abril último.

El señor marqués de Sardoal expuso también algunas observaciones en sentido análogo á las del Sr. Figuerola, que fueron también desvanecidas por el Sr. Martos.

El Sr. Montero Rios comenzó por aceptar las bases del acuerdo de París, y más como declaración para lo futuro que como motivo de disidencia, hizo algunas declaraciones acerca de los principios filosóficos que sostiene la escuela socialista para realizar ciertas reformas. Advirtió á esto el Sr. Martos que dentro de cada partido y sin faltar á su credo político, cabe disentir y se disiente con frecuencia en cuestiones filosóficas y sociales, citando al efecto nombres de personajes conservadores que no es del caso reproducir.

El Sr. Moret expresóse con más calor al manifestar desconfianzas respecto á la actitud del futuro partido con las tendencias de la extrema izquierda democrática. El Sr. Martos procuró tranquilizarle reiteradamente, y como la hora de la sesión era ya muy avanzada, los Sres. Mosquera y Fernandez de las Cuevas propusieron que se redactara una proposición, pues que no había en realidad divergencia sobre el objeto principal de la reunión.

Pocos momentos después se acordó por unanimidad una proposición, que, según *El Liberal*, dice poco más ó menos lo siguiente:

ACUERDO.

«Se aprueban en un todo los actos del Sr. Martos en París. Se le autoriza para que partiendo de las bases convenidas por el mismo con los Sres. Zorrilla, Salmeron y Carvajal, se entienda con todos los grupos de la democracia que estén de acuerdo con esas bases, para facilitar la formación de un gran partido democrático-español.

El Sr. Martos conserva la autorizacion que tiene, en virtud de acuerdos tomados en juntas anteriores, para pactar las alianzas que crea más convenientes á los principios democráticos.»

Antes de suspenderse la sesion, el Sr. Martos dió cuenta á la junta de que el propietario de *El Imparcial* se habia separado del partido, manifestando que no estaba ni habia estado nunca de acuerdo con él, ni en las cuestiones de Cuba, ni en las religiosas, ni en la mayor parte de las políticas, y que mucho ménos podia estarlo ahora que el partido contrae alianzas, que si bien ha aceptado al firmar el manifiesto de Abril último, no le parecian hoy convenientes.

Esta comunicacion suscitó observaciones y comentarios de casi todos los asistentes; pero no produjo discusion ni acuerdo.

A la reunion asistieron los Sres. Martos.—Montero Rios.—Figuerola.—Echegaray.—Mosquera.—Moret.—Marqués de Sardoal.—Rivera (D. José).—Fernandez de las Cuevas.—Alsina.—Llano y Persi.—Merelo (D. Manuel).—Borrell y Miguel.—Solís (D. Andrés).—Romero Giron.

Con posterioridad á esta reunion, se ha dado noticia de las bases á los Sres. Pí y Figueras. Aún no han contestado al señor Martos respecto de ellas. Al Sr. Castelar no se le han comunicado todavía. El disentimiento de los Sres. Castelar y Carvajal se refiere sólo hasta ahora á la cuestion de procedimiento y al hecho de no haber autorizado el Sr. Castelar al Sr. Carvajal para que prosiguiera las comenzadas negociaciones.

*
* *

Las Córtes reanudarán sus tareas el dia 3 de Noviembre. La boda del monarca se celebrará el 8 de Diciembre. La persona nombrada al cabo para pedir al emperador de Austria

la mano de la archiduquesa Cristina es el duque de Bailén. Hasta que se verifique el régio enlace, no es verosímil que ocurra cambio alguno en la situación.

Las noticias de Cuba continúan siendo poco favorables al bienestar de la grande Antilla; pero lo que sucede con las noticias de Cuba, sólo se explica por la extrema debilidad de este Gobierno y por su total ausencia de pensamiento político, de iniciativa y de resolución.

Hace mucho tiempo que en los periódicos ministeriales hallamos, cual si los hubieran estereotipado, una y otra vez, sueltos como los siguientes: «Las noticias recibidas de la isla de Cuba son satisfactorias.» «Telegrafía el gobernador general de la gran Antilla participando que la situación en el territorio sujeto á sus órdenes es inmejorable.» «Ayer se reunió el Consejo de ministros, dando cuenta el de Ultramar de las noticias recibidas de Cuba, que son altamente favorables á la tranquilidad de la isla y fueron oídas con satisfacción.»

Nosotros deseáramos que esas afirmaciones fueran exactas. Ni en esta cuestión, ni en otra alguna nos inspira el pesimismo. Queremos ante todo que los pueblos vivan en paz y tranquilos. Sin paz no hay prosperidad ni libertades. Sin orden todo progreso es vano y todo adelanto infecundo. Pero nuestro deseo no puede llevarnos á ocultar, á desfigurar siquiera la verdad, y la verdad dista mucho de lo que suponen y aseguran los periódicos ministeriales.

¿Qué más? En sus propias columnas hallamos rectificadas esas generalidades optimistas, en las que nadie cree ya, porque son hijas de un deplorable sistema.

En las columnas de los periódicos ministeriales, como en las de los diarios de todos los matices, se han visto desde hace un mes sueltos y noticias dando cuenta de la formación de partidas insurrectas en Cuba, de los combates librados por esas partidas con fuerzas del ejército, de la fuga de negradas que abandonaban en rebeldía sus ingenios, de la sumisión de alguna ó algunas de las rebeldes, de la defección de los voluntarios de Mayarí y el ataque y defensa de este pueblo. ¿Quién no conoce, por último, los bandos del general Blanco y el acuerdo del Gobierno de aplicar á la isla la ley de secuestros,

así como el hecho de hallarse en estado excepcional parte de aquel territorio?

Existe, pues, contradicción palmaria entre esas afirmaciones insustanciales de los periódicos conservadores y la realidad, que ellos mismos no saben ocultar; y como no suponemos que después de conocer las noticias trascritas haya nadie que juzgue satisfactorio el estado de la isla de Cuba, á nuestro juicio no es cierto que el Gobierno piense así. A nuestro juicio el Gobierno cree que no es satisfactorio el estado en que se encuentra la grande Antilla.

*
* *

Ya está el Sr. Cánovas en España. Leyendo las noticias que se publican acerca de su regreso, adivina el más ignorante cuál es la verdadera situación de la política entre nosotros. Mucho hay de cómico en el inusitado aparato de su recepción, en las muestras de afecto que le prodigan autoridades y corporaciones, y en la forma en que se anuncian su viaje, su propósito de detenerse en diferentes poblaciones, y su resolución de venir á Madrid directamente, si el Gobierno considerara necesaria su presencia en esta córte.

Pero en el fondo de todo aparece una verdad indiscutible: la de que se aproxima á la coronada villa el verdadero jefe de la situación actual, el inspirador más alto de la política conservadora.

La falta de iniciativa y de actividad del ministerio, de plan político y de misión propia, ha dado al cabo sus naturales frutos. Este ministerio está en ruinas. Carece de prestigio en el país, de fuerza en la situación; no inspira confianza ni la merece. Mientras se creyó que llegaría á consolidar su autoridad en el seno del partido de que es hijo; mientras sus más entusiastas admiradores le atribuyeron pensamiento y propósitos característicos, pudo dudarse si el general Martínez

Campos emularia á su antecesor ocupando más tiempo el poder.

Este es ya un punto resuelto. Como carece de elementos que le den fuerza y no sabe la manera de conquistarlos, el ministerio se disolverá en cuanto las primeras cuestiones planteadas le susciten alguna dificultad grave. El Sr. Cánovas aparece como si viniera á recoger la herencia temprana que sus inhábiles rivales le presentan. El decorado de la escena es obra de los gobernadores de provincia, de los periódicos oficiosos, de los amigos celosísimos. Pero la escena encierra una profunda lección filosófica que el Sr. Martinez Campos haria bien en aprovechar mejor que los siete meses de estéril gobierno trascurridos desde Marzo hasta hoy.

Aparece el Sr. Cánovas y la situación adquiere su verdadero carácter. Allí, en Barcelona está el director de la política gobernante, el pensamiento y la inteligencia que gobierna esta máquina complicada. Aquí, en Madrid, los ejecutores de su designio, que elevados por raro y singular capricho de la fortuna, pretendieron levantarse á la altura de su adversario para caer despues convencidos de que no tienen, ni tendrán la fuerza que ese empeño demanda.

En la situación, en la política conservadora, dentro de su partido, dentro de su obra, el Sr. Cánovas vuelve á ocupar el primer puesto. Hasta los que le disputaban la jefatura del partido conservador se le someten. *La Epoca*,—¿cómo no?— es de los que se anticipan á dibujar su actitud en ese sentido. El Sr. Cánovas comprende bien las circunstancias del puesto que ocupa y se apresura á decir al Gobierno que está á sus órdenes, si se creyera conveniente que apresurase su vuelta á Madrid. El Ministerio, declarando que necesitaba de su concurso en las Córtes, le ha autorizado para que lo abrume ahora con ese rasgo de vanidad, que es el primer acto del ex-presidente del Consejo de ministros, precursor de otros muchos por donde llegará á comprenderse muy pronto que el Gabinete del general Martinez Campos está sometido por completo á su alta tutela, esperando á que una oportunidad indique al Sr. Cánovas la conveniencia de reemplazarlo.

EXTERIOR.

Pocas novedades nos ha ofrecido durante la última quincena la política exterior. El día 8 se verificó en Viena la apertura del Parlamento austro-húngaro. En el discurso del trono da el emperador la bienvenida á los diputados; dice que va á dar principio un nuevo período de trabajos constitucionales y añade que la entrada en el Parlamento de los diputados tchecos, que se ha realizado á pesar de las convicciones y de la diferencia de opiniones de los mismos, es un gran paso dado en el sentido de la reconciliación y de la inteligencia generales, que han sido siempre el objeto de los esfuerzos del emperador.

El soberano expresa en seguida la firme esperanza de que si todos los partidos se encuentran moderados y llenos de respeto hácia el derecho de los demás, se logrará conseguir aquel objeto, á que debe aspirarse siempre en interés del poderío de la monarquía y para asegurar á la Constitución el apoyo de todos los grupos del Parlamento.

El emperador anuncia que el gobierno presentará proyectos de ley relativos al ejército del imperio, proyectos que habrán de discutirse colocándose sobre todo bajo el punto de vista patriótico. Añade que la monarquía austro-húngara debe hallarse siempre en estado de hacer sentir todo el peso de su influencia en el caso de que los acontecimientos la pusieran en la necesidad de proteger sus intereses.

Después de mencionar el emperador algunos proyectos de ley concernientes á la administración de la Bosnia y de la Herzegovina, declara que es necesario restablecer el equilibrio en los presupuestos, haciendo economías en el terreno de la administración y en el presupuesto de la Guerra en cuanto pueda conseguirse sin perjudicar el poder y á la seguridad del imperio.

El emperador hace notar que se cubrirá el déficit del proyecto de presupuestos de 1880 sin necesidad de apelar al crédito de que goza el Estado, aumentando los ingresos sin perjudicar á la producción del país, y especialmente reformando los impuestos directos y repartiendo de una manera más equitativa las cargas de los contribuyentes.

Al concluir los tratados de comercio, añade el emperador, se cuidará de que la producción y las relaciones comerciales del país no sufran perjuicio por efecto de las modificaciones introducidas en la legislación económica y administrativa de los demás Estados. Las negociaciones entabladas en estos últimos tiempos hacen esperar que las cuestiones concernientes á las relaciones comerciales de Austria con Alemania serán arregladas de una manera ventajosa.

La construcción del ferro-carril del Arlberg depende del resultado de las negociaciones que el Gobierno se esfuerza en llevar á buen término.

El discurso del trono anuncia la revisión de las leyes industriales, de medidas contra los manejos fraudulentos en los asuntos de crédito, la reforma del procedimiento civil y de la legislación penal y la mejora de la situación del clero seglar.

El discurso expresa el deseo de que los Cuerpos legislativos empleen sábiamente el período de las sesiones, proponiéndose un trabajo ordenado y seguido.

El emperador hace constar con satisfacción el sostenimiento de las buenas relaciones del Austria con todas las demás potencias. Dice que el tratado de Berlin ha sido ejecutado en sus partes más esenciales. Basada en ese tratado la entrada de las tropas en el distrito de Novi-Bazar, se ha efectuado aquélla con el consentimiento amistoso de la Puerta. El cuidado del Gobierno será consagrar toda su atención á las relaciones económicas del imperio con el Oriente.

El emperador recuerda en seguida las numerosas pruebas de fidelidad, amor y adhesión dadas por los pueblos del imperio con motivo de las bodas de plata del soberano. Declara esperar que reine un acuerdo parecido en los trabajos de los representantes del país, y termina diciendo que «el Austria,

fiel á su mision histórica, será siempre la protectora de sus territorios y de sus pueblos, unidos de una manera inseparable, y el refugio de la justicia y de la verdadera libertad.»



Han terminado las elecciones en Prusia. De 433 escrutinios verificados el día 7 se conoce el resultado de 423. Han sido elegidos 111 conservadores, 92 miembros del centro (ultramontanos), 94 liberales nacionales, otros cinco liberales, cuatro liberales moderados, 43 conservadores liberales, 33 progresistas, 19 polacos, cuatro particularistas, un demócrata (en Francfort sobre el Mein) y 15 candidatos cuya opinion no se indica todavía de una manera cierta.

Entre los miembros de la nueva Cámara de los diputados, figuran los ministros Kameake, Eulenburg, Puttkamer y Bitter y los anteriores ministros Falk, Hobretch, Friedenthal y Achenbach.

Los resultados de las elecciones han modificado sensiblemente la composicion de la Cámara de Prusia. En la que acaba de elegirse hay 77 conservadores de los tres matices (antiguos, nuevos y liberales) más que en la anterior, 7 ultramontanos y 4 polacos. Por el contrario, hay 65 liberales nacionales ménos que en la anterior y 29 progresistas. Además hay 14 que no pertenecen á fraccion determinada contra 21 que habia en la Cámara anterior, ó sean 7 ménos. Entre esos 14 figuran tres de los ministros últimos, uno que es probable pueda asignarse á los conservadores liberales, uno al centro, 2 á los daneses y 7 á los liberales nacionales más avanzados.

Los liberales, que han perdido muchos más puestos que los que habian creído en un principio, se muestran consternados á juzgar por sus órganos en la prensa. Por el contrario, los diarios conservadores y ultramontanos se manifiestan contentos.

En los círculos políticos se ha dicho que el príncipe de Bismark estaba satisfecho de las pérdidas que han sufrido los liberales, pero temia, no obstante, que llegara á formarse una mayoría que pudiera obligarle á apoyarse en los partidos reaccionarios.

De todos modos se ve claro un resultado, y es que la Cámara de los diputados es más conservadora que la anterior, y concederá al príncipe de Bismark la compra de los ferrocarriles por el Estado y otras muchas cosas que no habia obtenido de la Cámara precedente.

La *Correspondencia Provincial* de Berlin, hablando del resultado de las elecciones del Landtag prusiano, se expresa en estos términos:

“El Gobierno puede en todo caso considerar el resultado de las elecciones como una manifestacion muy favorable de los sentimientos del pueblo prusiano.

Hay motivos para esperar que el Gobierno hallará en la nueva Cámara un apoyo suficiente para realizar la parte más importante y más urgente de su empresa en el terreno económico y político.”

El mismo periódico anuncia que la apertura de Parlamento se verificará el 28 de Octubre.

* * *

La *Gaceta de Colonia* del dia 7 publica un importante artículo que se refiere á las relaciones de Rusia con los demás Estados europeos, y cuyos principales pasajes dicen así:

“En política no es posible dar ni pedir pruebas matemáticas, y sólo se hacen cálculos de probabilidades. Ahora bien; es probable que la alianza de la Alemania y del Austria sea una garantía segura de la paz europea.

Esa alianza protegerá á la Alemania contra la Rusia, lo mismo que contra Francia, y al Austria contra la Rusia, igualmente que contra Italia.

Una alianza defensiva entre Alemania y Austria no amenaza á ninguno de los Estados de Europa: cualquiera otra coalicion crearia peligros, provocaria la formacion de agrupaciones opuestas, y podria, por consiguiente, ser la causa inmediata de que se rompiera la paz.

Rusia y Francia unidas inquietarian á Alemania y á Austria: una alianza entre Rusia y Austria ó entre Francia y Austria amenazaria la seguridad de Alemania: Francia, aliada con cualquiera otra potencia, tendria más bien interés en provocar que en impedir una guerra entre Rusia y Alemania: una alianza entre Alemania y Rusia, alianza que ha existido realmente sin tratado escrito durante algunos años, no podrá concluirse en vista de la política de conquistas que sigue actualmente la Rusia sin inspirar inquietudes al Austria, á Inglaterra y á Francia, y sin provocar entre estas potencias una alianza frente á la cual quedaria siempre la Rusia en libertad de dejar á la Alemania en el más peligroso aislamiento.

La alianza entre Austria y Alemania, cuyo objeto pacífico es evidente, no dará origen á ninguna contra-alianza; pero es probable que otros Estados, en particular Inglaterra, se unan á esas dos potencias.

Alemania y Austria-Hungría unidas formarían en el centro de Europa el núcleo de una Liga de la paz que será por sí misma bastante fuerte para rechazar todo ataque y evitar toda perturbacion de la paz."





CRÓNICA LITERARIA.



os proponemos en esta seccion de la REVISTA hacer el juicio crítico, tan detenido, minucioso y exacto como sea posible de los libros de interés que se publiquen, las obras dramáticas de interés que se estrenen y los discursos importantes que en Ateneos y Academias se pronuncien. Con esto y algunas noticias acerca del movimiento de nuestras corporaciones oficiales, cuyos trabajos son hoy para la generalidad desconocidos, razon por la cual no falta quien de la pereza de ellas lamentase sin fundamento, creemos prestar á las letras y á las ciencias un servicio que si por ser nuestro carece de importancia, por la buena intencion que le inspira, pensamos ha de ser gustosamente acogido por nuestros lectores.

Y entendemos esto más necesario, cuanto que hoy está insoluble aún aquel problema que Fígaro planteaba diciendo: «¿no se escribe porque no se lee ó no se lee porque no se escribe?» y la cultura está interesada en resolverle, logrando que se lea y que se escriba mucho. Algo hemos adelantado desde que el inmortal y despiadado crítico de nuestras costumbres se lamentara amargamente del poco ó ningun apre-

cio que las letras alcanzaban entre nosotros; pero no tanto que debamos estar completamente satisfechos del éxito. De que éste no haya sido tan favorable como debiera, cúlpase á la escasa instruccion que nuestro país padece más que disfruta; pero no falta quien entiende que la crítica, cortando más que favoreciendo los vuelos de la inspiracion y los deseos siempre plausibles del escritor, con sus censuras y sus exageraciones, ha contribuido más que otra causa alguna á que el resultado de nuestra regeneracion intelectual sea incompleto.

Y esto no es cierto. Si algun crítico tiene de la mision que aceptó como un sacerdocio idea equivocada, y entiende confundiéndola, como la mision de los fiscales el vulgo, que sólo á perseguir y censurar está obligado; si cree que á los ojos del crítico no debe haber nunca obra digna de consideracion y aplauso, como el vulgo cree que á los ojos del fiscal nunca debe haber procesado inocente, carecerá de la imparcialidad que debe ser en él virtud principalísima; pero no por eso la crítica sanciona sus juicios, como no sanciona la justicia los fallos del juez que prevarica.

Más que estos errores de la crítica, que al fin y al cabo encuentran su condenacion en la indiferencia con que el público los acoge, contribuye á que sea escaso el número de obras importantes que se publican, el silencio que para premio de ellas tiene la prensa, y la falta de críticos que á analizarlas detenidamente se consagren, y con sus juicios, si lo merecen, las propaguen, proporcionando de este modo al autor fama y dinero.

Se habla mucho de los graves inconvenientes que produce esa aficion insensata de nuestra juventud por las carreras literarias; se aconseja á los jóvenes que abandonen las universidades por la agricultura y las letras de imprenta por las letras de cambio; se reconoce que es entre nosotros tristísima y angustiosa la situacion de publicistas y literatos; ¿pero qué se hace para remediarla? Es este camino estrecho y penosísimo de las letras más terrible que el del Calvario, porque al fin de él pocas veces se vé la gloria. Pero aún los que con grandes probabilidades de lograrla le siguen, ¿qué facilidades encuentran en él? ¿Qué favores reciben de esos que tanto aparentan

llorar sus desventuras? Méenos que las censuras, que despues de todo algo favorecen la publicidad: la indiferencia y el olvido.

Los autores dramáticos, como más en íntima y directa relacion con el público, alcanzan éxitos ruidosos y anuncios repetidos de sus obras. No lo sentimos, porque igual y áun mejor fortuna queremos para los que á escribir libros literarios y científicos se consagran. Pero permítasenos lamentarnos de que una comedia en un acto proporcione á su autor más popularidad que la que una novela notable ó un libro en que se discuten problemas sociales interesantísimos alcanzan. ¿Por qué así? Porque la crítica ha desterrado de la prensa, cediendo el puesto al favor y al elogio inconsiderado, y cuando el favor falta para una obra notable que, además del talento, exigió de su autor largas vigiliass, se estima premio y recompensa bastantes una breve noticia.

Y no se diga que deber del verdadero mérito es huir de los elogios. Debe huir, sí, de ser él mismo quien se los proporcione; pero al elogio de la crítica tiene derecho. Que la mision de la crítica no sea de crueldad, sino de justicia, que cuando se presenta una obra en que se ven del génio destellos admirables, no quiera para desautorizarla aplicar á ella las reglas de que Boileau hizo irritante tiranía; que cuando se trate de una obra en que todo se sacrifica á las reglas retóricas, á la pureza de la diction, á lo delicado de las frases, no lamente en ella la falta de esos argumentos que sorprenden méenos por la novedad que por lo absurdos, y la crítica reverenciada y enaltecida favoreceria grandemente el progreso de las letras y de las ciencias, alentando á los escritores con sus sábios consejos é ilustrando al público con sus imparcialísimas sentencias.

Necesita de este firme propósito de enmienda en penitencia de algunas injusticias cometidas. Byron, desterrado del imperio de la poesía por la *Gaceta de Edimburgo*; Víctor-Hugo, tenido por un loco; Shakespeare, condenado sin piedad por Moratin, pregonan errores que la crítica debe borrar con su cordura y buen sentido.

Los que todo lo elogian á destajo no son de nuestro reino.

A los que, cegados por un censurable pesimismo, olvidan que la ciencia es perfectible y el arte no, hay que contestarles con Víctor-Hugo:

«No, ni decadencia, ni plagio, ni repetición. Identidad de corazón, diferencia de espíritu: todo es esto. Hamlet es Orestes con el sello de Shakespeare; Fígaro es Scapin con el sello de Beaumarchais; Grangomier es Sileno con el sello de Rabelais.»

*
* *

PUBLICACIONES.

La Reforma arancelaria de 1869, por D. LAUREANO FIGUEROLA.

Es el Sr. D. Laureano Figuerola uno de los hombres más sinceros entusiastas por la libertad de comercio de cuantos han pasado por el ministerio de Hacienda. Si á esta cualidad agregamos grande energía de carácter, espíritu innovador y reformista, conocimiento exacto de los males que afligen al comercio y del remedio para combatirlos, ódio profundo al egoísmo y al monopolio, de que quieren hacer su razón suprema algunas industrias, y valor suficiente para combatir cualquiera injusticia social, comprenderemos que ninguno más á propósito que el Sr. Figuerola para proponer á las Córtes Constituyentes de 1869 la reforma de los aranceles de aduanas y conseguir que la aprobasen.

A raíz de la revolución de Setiembre, agobiado el comercio por las absurdas tarifas aduaneras que, negando el principio, tan natural como desairado, de la libertad del trabajo en la forma necesaria del cambio, cerraba la puerta á la importación de muchos artículos de comercio extranjero, con verdaderas prohibiciones; deseoso el país de libertades en todas las manifestaciones del orden social, y convencido de que la primera de ellas fué siempre en la historia de todos los pueblos

la libertad mercantil, á que debieron las repúblicas italianas su grandeza y Europa su independencia del dominio oriental; decretar la libertad absoluta del comercio habria sido fácil empresa, y de esta suerte el ideal del libre-cambio, que consiste en la abolicion completa de las aduanas entre las naciones, se hubiese cumplido.

Un obstáculo poderoso para lograrlo era el general Prim, alma de aquel gobierno, catalan de nacimiento, proteccionista por instinto y decidido á guardar á la proteccion las mayores deferencias. Tal obstáculo los mismos proteccionistas se encargaron de allanarle. Comisiones de Cataluña vinieron á demandar el auxilio del general Prim para su causa. Pero como el general se convenciese de que eran falsos los datos que le presentaban, su confianza en el Sr. Figuerola creció de punto, y abandonándose á ella le dijo: «haced cuanto queráis, que la justicia está de vuestra parte y á la justicia me acomodo.»

Respeto á los derechos adquiridos; consideraciones generosas con los que un dia ántes habian sido implacables; la confianza en que los beneficios de la reforma lograrían imponerla en la opinion andando el tiempo, más que un decreto ó una ley, movieron á los autores de la reforma á hacerla guardar, aplazando el resultado de su definitivo y completo restablecimiento. Esta creencia era fundada; pero los partidarios del libre-cambio contaban con la gratitud de los proteccionistas, no con su egoismo y su ódio. Con la guerra civil, primero, con la suspension inmotivada de la reforma en 1875, luego; con el arancel de 1877, despues; con las valoraciones excesivas más tarde; y por último, con las tarifas diferenciales, aparentemente decretadas para vengar el honor nacional ultrajado, contestando al desden con el desden, pero en realidad establecidas en perjuicio de la libertad aduanera y del comercio de importacion, la reforma ha sufrido rudísimos golpes, que la hubieran ocasionado la muerte si las grandes ideas no fuesen inmortales.

Aún no contentos con esto, los proteccionistas calumnian á la reforma arancelaria, suponiéndola origen de ruinas inminentes y de pavorosos desastres. Pues bien: la reforma debe

á su autor, al Sr. Figuerola, un servicio no ménos grande que el de haberla dado la vida, el de demostrar su utilidad inmensa que es su honra. Despues del libro del Sr. Figuerola, no hay duda posible. Las discusiones de buena fé han concluido, y el que las suscite en contra de la reforma, inútilmente pretenderá que sean benévolos con él los que saben que sólo en la idea del egoismo y del monopolio se inspira. La prohibicion fué creacion de otra edad, y por sus frutos desdichadísimos, ha sido condenada; la libertad del tráfico en sus medios materiales y morales, prospera hoy en dia en todas partes, se impone hasta á los mismos proteccionistas que rechazan como absurdo el establecimiento de aduanas interiores, es elocuente protesta contra errores pasados y vislumbra cercano su completo triunfo.

Libro de exposicion y no de discusion de doctrina, en el notabilísimo del Sr. Figuerola, no sólo se pone de relieve lo que con la reforma arancelaria se ha obtenido, sino que la compara con los sistemas arancelarios que la precedieron. Revela la obra del Sr. Figuerola un talento profundo, una fuerza de voluntad extraordinaria, muchos años de trabajo y una confianza ciega en los beneficios del sistema sancionado en 1869. Nuestros aplausos al Sr. Figuerola, son un eco de los que el país y el comercio le tributan.

En el Congreso internacional del comercio y de la Industria, que con motivo de la Exposicion universal se celebró el año anterior en París, decidióse, despues de largas discusiones, que la proteccion no podia defenderse como sistema, sino solamente como procedimiento.

La obra del Sr. Figuerola hubiese ahorrado aquellas discusiones. La calumniada reforma tiene sobrados títulos que la hacen acreedora á la gratitud del país. Falta hace que en provecho de productores y consumidores, se continúe con mayor brío la obra emprendida, hasta verla en todos sus aspectos, acabada y completa.

*
* *

DISCURSOS.

Discurso pronunciado en la Institucion libre de enseñanza al inaugurarse los estudios de 1879 á 80, por D. GUMERSINDO AZCÁRATE.

La Institucion libre de enseñanza, asilo á donde los maestros separados de sus cátedras fueron, no á luchar, sino á investigar en la region serena, apacible y sosegada del estudio, ha entrado en el cuarto año de su vida laboriosa y fecunda. Al inaugurarle el Sr. Azcárate no necesitó esforzarse en demostrar que aquel instituto, fiel á su lema, ha sido y es extraño en absoluto á toda secta religiosa, escuela filosófica ó partido político, ni ménos tuvo que hablar de progresos y éxitos que todo el mundo conoce, aplaude y pregona.

Creia el Sr. Azcárate, y creia bien, que debia dilucidar en ocasion tan solemne algunas de las cuestiones relativas á la instruccion pública que más importa en los actuales momentos resolver con acierto; juzgó que entre los puntos que en tal sentido se controvierten, destácanse como los más importantes y trascendentales, el referente á la enseñanza religiosa y el relativo á la *colacion de grados*, y como el primero sólo tiene oportunidad por ser exclusivo del Estado cuando se trata de la secularizacion de la enseñanza, aceptó por tema de su notable discurso el último, que se relaciona íntimamente con el problema de la libertad profesional, si no es el principio de su solucion.

Este asunto de la *colacion de grados*, siempre importante, lo es más á medida que los establecimientos particulares de enseñanza se engrandecen, dotados de un cuadro de profesores ilustrados, y exige en nuestro país resolucion favorable y pronta. En la sesion celebrada por la Sociedad de Legislacion comparada de París el 8 de Enero último, Mr. Alpy leyó un estudio acerca de la colacion de grados universitarios en los principales países de Europa, y en él propuso como resultado

mejor el establecimiento de un cuerpo de examinadores nombrado por el Gobierno, los cuales deberian trasladarse en épocas determinadas á todos los grandes centros de instruccion, para someter á los alumnos de las universidades, cualesquiera que éstas sean, á las pruebas exigidas para obtener el diploma.

El Sr. Azcárate, discutiendo en el Ateneo el año anterior, acerca de las bases que se deben tener en cuenta para la organizacion de la enseñanza, analizó esta cuestion. Y ahora vuelve á presentarla más acabada y completa en su discurso de apertura de la Institucion libre de enseñanza.

Cuando nos hablan del puritanismo político, recordamos á D. Gabriel Rodriguez; cuando nos hablan del hombre de escuela, enamorado de los grandes ideales, ciego por ellos, admirable hasta en sus errores, grande hasta en sus extravíos, pero siempre noble y constante y enérgico, pensamos en el señor Azcárate. De él se ha dicho que está vaciado en el molde de los hombres de fé, de esos hombres que miran á la verdad sin telescopio para no descubrir en ella como en el sol mancha alguna, y es cierto. Fijo en una idea, adorándola con fanatismo, á ella lo sacrifica todo; cualquier tolerancia le parecería un pecado, cualquier concesion una apostasía.

Orador elocuente, no con la elocuencia que se aprende en la retórica y consiste en el refinamiento del estilo y en la grandeza de las imágenes, sino con la elocuencia irresistible que dan la fé y la conviccion; talento superior cultivado con el constante estudio; sábio maestro, de carácter enérgico, de voluntad inquebrantable, de lógica severa, que cuando replica machaquea, para el Sr. Azcárate no se ha hecho el idioma de los distingos y las manifestaciones, sino el lenguaje de la verdad, á la que rinde culto fervoroso.

En esta cuestion de la *colacion de grados*, no forma el señor Azcárate con los más radicales. La solucion por que aboga, planteada con éxito en otros países, es igualmente aplicable al nuestro, y mucho más desde que la institucion libre de enseñanza se encuentra establecida. Hay en esta materia un principio de derecho público, que es la necesidad de una garantía, y ese principio le acata y defiende tambien el Sr. Azcá-

rate. Entre los que entienden que autorizar á todo el mundo para conferirlos equivaldria á la supresion de los títulos profesionales, y los que afirman que la libertad de enseñanza será una manifestacion mientras el título profesional sea una necesidad y la colacion de grados esté sometida exclusivamente á los establecimientos oficiales, se coloca el Sr. Azcárate para resolver la dificultad.

Y en la esperanza de que por necesidad habrá de llegar un dia en que desaparezcan los títulos profesionales, traba incompatible con la libertad del trabajo, discurre de este modo: ¿No es verdad que el Estado defiere al dictámen de los cuerpos docentes oficiales por lo que hace á la declaracion de suficiencia? ¿Sí? Pues bien; ¿puede negar nadie la posibilidad de que se establezcan en un país otros cuerpos docentes, libres é independientes del Estado, que lleguen á gozar merecidamente de igual autoridad? En manera alguna. Y en este caso, ¿por qué no ha de prestarse tambien fé á las declaraciones de suficiencia que hagan respecto de sus alumnos?

Esto tendria una dificultad, y es que podria concederse esa autorizacion al favor, no al mérito; pero el Sr. Azcárate sale al encuentro de ella y cumplidamente la resuelve. Haciendo árbitro de decidir tan importantísimos expedientes al poder legislativo, el Parlamento se convertiria en tribunal, y no es fácil que en él triunfasen los egoismos de escuela ni las conveniencias de partido, ni las exigencias del poder.

Otras soluciones hay al problema de la *colacion de grados*, entre ellas un jurado de profesores del Estado, ó un jurado de profesores libres ó un jurado mixto, ó un jurado especial constituido *ad hoc*. La mejor de todas, y es el ideal en la materia, consiste en establecer un cuerpo de examinadores alejados, así de las universidades como de los centros libres de enseñanza, pero mientras no sea posible practicarlo en nuestro país nos parece muy útil y benefícosa la que el Sr. Azcárate defiende en su notable discurso.

Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1879 á 1880, por el DR. D. MANUEL MARÍA DEL VALLE Y CÁRDENAS.

Celebróse la apertura de los estudios universitarios con la tradicional solemnidad de costumbre; hubo como siempre reparto de premios y discursos encomiando la aplicación de los jóvenes escolares; leyó el suyo el Sr. Valle, encargado por el claustro de pronunciar la oración inaugural, y al día siguiente esta cuestión se planteaba en algunos periódicos. El señor Valle ¿ha estudiado con decisión bastante las trascendentales cuestiones que el tema de su discurso comprende, ó temiendo desafiar las iras gubernamentales, ó por lo ménos hacerse sospechoso á la fiscalización oficial, se ha limitado á hacer un discurso de exposición del que debía ser de discusión y animada polémica?

La duda era fundada y pedía una resolución terminante, porque el tema elegido por el Sr. Valle es importantísimo, y más en estos momentos de agitación y controversia. Cuando las especulaciones metafísicas se califican de vanas tentativas del humano espíritu, y á los filósofos se les compara con los grandes poetas y soñadores de la humanidad, y del templo salen terribles voces de anatema lanzadas contra las modernas escuelas filosóficas, y todo amenaza serios conflictos, nada tan importante y oportuno como estudiar la crisis filosófica contemporánea, su influjo en la organización de los conocimientos humanos, en la vida y porvenir de las sociedades.

Para lograrlo con éxito menester son en quien tan árdua y difícil empresa acomete extraordinarias condiciones. Un profundo conocimiento de la historia de la filosofía, y una rectitud de criterio y un valor denodado para no dejarse seducir por las simpatías de escuela ni atemorizar por las excomuniones y censuras.

Que el Sr. Valle posee la primera de estas condiciones, fuera está de duda. Que aún teniéndola no ha dado pruebas en esta

ocasion de aquel valor que para abordar resuelto el problema de la crisis filosófica actual se necesita, cosa probada es también. Ilustrado catedrático de geografía-histórica de la Universidad Central, y con decidida afición al estudio de las grandes lucubraciones filosóficas, pruebas tiene dadas el señor Valle, en la cátedra, en sus escritos y en sus conferencias, de que pocos problemas de los que hoy la ciencia discute le son extraños.

El proceso de la filosofía conócele perfectamente. El panteísmo, que debe considerarse como sistema general de filosofía positiva en el Oriente, rodeado de algunos sistemas independientes que son como sus satélites; la filosofía griega que presenta en conjunto la primera síntesis del espíritu humano, y abrazando lo subjetivo y lo objetivo, sin olvidar la relación y armonía que entre ámbos elementos existe, llega á hacer que el hombre tenga conciencia de sí mismo, se eleve sobre la naturaleza, adquiera alta opinión de su dignidad y libertad personal, y forme, en fin, un conjunto de doctrinas racionalistas que se desarrollan libremente para sufrir luego naturales y lógicas transformaciones; la filosofía, que merced al influjo del cristianismo no se vé ya obligada á separarse de la sociedad ni de la religion, sino que se constituye socialmente y concurre con éstas al desarrollo de las inteligencias, de tal manera que la posición de ella cambia para convertirse de poder reformador y destructor en poder organizador; Bacon y Descartes, suministrando á la filosofía elementos para que fundase sus indagaciones en principios distintos de los que durante la Edad Media sirvieron de base á la construcción de los sistemas y renovando el supuesto y la base psicológica que Sócrates habia presentado y San Agustín renovó; Leibnitz, que queria que la filosofía, elevándose á la unidad, reinara en adelante sobre todos los espíritus con la misma autoridad que las ciencias llamadas positivas, y soñaba con el establecimiento de un lenguaje y de una característica universales, y la filosofía francesa, informada por el aspecto sensual de Helvetius, el sentido razonador de Montesquieu y el humanitario de Rousseau son figuras del brillante cuadro histórico de la filosofía que el Sr. Valle traza en su notable discurso, y al

cual dan animacion y color ese estilo fácil, sencillo, despojado de arcaismos y en algunas ocasiones elocuente

Pero al llegar á la filosofía kantiana, al exámen del cristianismo, al del naturalismo, al que debiera ser, y lo es en efecto, punto principalísimo del tema tal y como éste se halla redactado, el Sr. Valle corta sus vuelos, se empequeñece, y sin entrar en el exámen de su sistema, no se atreve á elogiar al gran filósofo de Kœnisberg sino llevado de la mano por el padre Ceferino Gonzalez.

No estudia, no, el Sr. Valle la crisis filosófica contemporánea; se limita á darnos noticias para que conozcamos su origen remotísimo á través de los tiempos; no se demuestra apreciar bien el origen de esas crisis en la organizacion de los conocimientos humanos, diciendo que el antagonismo que separa las escuelas de la filosofía *debe ser* transitorio y pasajero, y que la filosofía debe limitar sus esfuerzos al orden de las causas primeras y esenciales, no invadiendo el terreno de los estudios de aplicacion y positivos; no es profetizar que las nobles ideas y los puros sentimientos han de alcanzar siempre su digna recompensa, abordar el conflicto, sino evadirle.

Sea, sin embargo, atenuacion á estas omisiones que en el discurso se notan la escasa libertad é independendencia de que el profesorado goza.

*
* *

TEATROS.

ESPAÑOL.—*En esta vida todo es verdad y todo mentira*, de Calderon: *Calvo y Vico ó Vico y Calvo*.

Entre Schlegel, que considera á Calderon desde las alturas de la más elevada poesía y le coloca en el punto culminante del romanticismo, y Sismondi, que le mira al través de la pro-

sáica manera de los dramáticos franceses, y además en la parte religiosa con todas las prevenciones de un protestante contra la comunión católica, debe colocarse quien imparcial quiera juzgar á nuestro gran poeta, y retratar con la fidelidad y la expresión y la vida y el calor que eran prodigios de Van-Dick, su fisonomía dramática. En concepto del uno, para Calderon la existencia humana no es un enigma oscuro: sus mismas lágrimas, como una gota de rocío sobre una flor, presentan al resplandor del sol la imágen del cielo; su poesía, cualquiera que sea el asunto que aparente, es un himno infatigable de gozo sobre la magnificencia de la creación. En opinión del otro, jamás tiene una expresión patética ó sublime por su verdad y sencillez, y ha excedido á todos los poetas castellanos en el amaneramiento y en el modo de alambicar las ideas. Para nosotros, Calderon es grande perfeccionando con nuevos enredos, y realzándola con mayor colorido, aquella ingeniosísima novela que Lope llevara á la escena; es grande cuando pinta caracteres nobles, levantados, caballerescos, modelos de honra y valentía; es grande en los pensamientos, que brillan en su versificación como destellos milagrosos del génio; es grande en aquella lucha que entre el desconsolador escepticismo y la fé ciega en la religion se libra á cada momento en su alma y produce obras tan inmortales como *La vida es sueño*.

En el órden de *La vida es sueño* puede clasificarse el drama *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, que, refundido por los Sres. Cañete y Campo-Arana, se ha representado en la escena del teatro Español. Ese drama tiene mucho de alegoría, de fábula representada, pero tiene tambien mucho del drama humano que las pasiones desatan. Entre los críticos ha sido tema de discusión inquirir si Corneille se inspiró en la producción calderoniana para escribir su *Heracio* ó si fué Calderon quien del *Heracio* copió la fábula y el enredo dramático de *En esta vida todo es verdad y todo mentira*. Si la acusación de plagio contra alguno de los dos génios ha de fundarse en haber copiado la invención de este drama, absolvámosle desde luego de ella. En Galicia hay una tradición antiquísima; la del conde de Benavente, que bien pudiera de-

cirse que es, variadas las circunstancias, el argumento mismo del drama de Calderon.

La hija del conde deja, según la tradición, al morir tres hijos, y en un pergamino escrito con su propia sangre, dice á su marido, que habia sido para ella tigre feroz más que marido: «De los tres hijos que te dejo, sólo uno es tuyo. Los otros dos los hube de otros hombres, en venganza de tí y obligada por tu conducta. Nunca sabrás cuál de los tres es tu hijo.» El marido tan pronto cogia á uno de los niños en sus brazos, creyéndole sangre de su sangre, como le abandonaba, viendo en él el fruto del adulterio, y según la tradición, hubo de morir loco.

Focas, usurpador del trono de Mauricio, buscando á un hijo que tuviera en sus mocedades con una lechadora, y al hijo de Mauricio que salvó de su venganza el viejo Astolfo, los encuentra los dos hombres ya, viviendo con éste más como salvajes que como hombres. Astolfo se niega á decirle cuál de los dos es su hijo y cuál el de Mauricio, y de aquí un conflicto dramático como pocos, conmovedor é interesante.

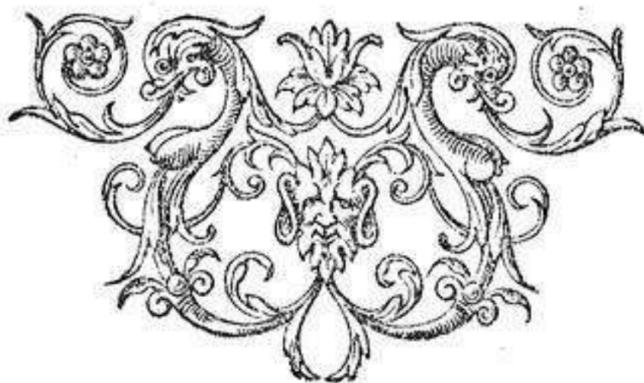
Los refundidores del drama, suprimiendo con grande acierto algunos personajes inútiles, han dado más unidad al plan, y modificando el desenlace de la obra de una manera trascendental, han aumentado su grandiosidad y efecto trágico. Por esto merecen nuestros aplausos. Pero nos parece que no han tenido el mismo acierto suprimiendo la escena quinta de la jornada tercera de la obra original, y sustituyéndola por una simple relacion prestada en boca de Focas al comenzar el cuadro tercero de la obra refundida.

En la escena á que nos referimos, Focas fíngese dormido. Leonido vá matarle con un puñal, y Heraclio con otro puñal se interpone para defender al usurpador. Leonido grita ¡muera! Heraclio ¡no muera! pero Focas, que no ha podido distinguir de quién era la voz de su salvador, sigue en las mismas terribles dudas que le moviesen á suscitar aquella escena. Esto es de un efecto dramático admirable, y no debieran haberlo suprimido los refundidores.

La representacion de esta obra fué por otra circunstancia un acontecimiento teatral. Por presentarse en ella reunidos

los dos actores más notables en el género dramático que hoy tiene la patria escena: los Sres. Vico y Calvo.

No los comparemos. Los dos tienen méritos bastantes para que el público salude su union como una conquista valiosísima que debe felicitarse. Cuando uno de ellos falta de la escena, no puede ménos de recordarse al otro; cuando los dos están en ella, con su talento la llenan por completo.





MOVIMIENTO BIBLIOGRÁFICO.

LIBROS.—*España*.

TRATADO GENERAL DE PROCEDIMIENTOS CRIMINALES, ó *Exposición de las reglas que deben observarse en la sustanciación de los juicios para la averiguación y castigo de los delitos y faltas*, por D. Hermenegildo María Ruiz y Rodríguez, vice-secretario que ha sido de la Audiencia de Madrid y del Tribunal Supremo.

En el tomo segundo de esta importante obra, que esta próxima á terminarse, se trata del procedimiento criminal en los Juzgados y Tribunales del fuero ordinario, dando principio por la responsabilidad civil y criminal en el título preliminar, y luego por el derecho de defensa y beneficio de pobreza, con todos los incidentes, actuaciones y formularios de la primera y segunda instancia, y de los recursos contra las resoluciones de los Juzgados y Tribunales. Conocidos los procedimientos comunes á todos los juicios criminales, se trata de las reglas para la sustanciación de cada uno de dichos juicios en sus diferentes instancias, como del juicio sobre faltas con sus formularios; del juicio sobre delitos en sumario y en plenario con todas las incidencias que pueden ocurrir y formularios que las expresen, así en primera como en segunda instancia; de los delitos sobre injuria y calumnia; de las actuaciones de los cometidos por la im-

prenta, grabado, etc.; del modo de proceder cuando es procesado un senador ó diputado á Córtes; siguen las pruebas, la acusacion, defensa y sentencia con detallados formularios generales, y en particular sobre varias piezas separadas y causas particulares, como de incendio. Sigue el juicio sobre delitos en única instancia ante las Audiencias y ante el Tribunal Supremo, y concluye el título de los recursos extraordinarios, siempre con los formularios correspondientes. En resúmen, esta obra es una guía segura para la buena administracion de justicia, y es utilísima, si no necesaria, á cuantos se dedican al foro.

MANUAL DEL CONDUCTOR DE MÁQUINAS TIPOGRÁFICAS, por *D. Luciano Monet*.—Tomo I.—Un volúmen de 216 páginas con una lámina.

Bien poco podemos decir de un libro escrito por una persona tan competente como el Sr. Monet, y ménos de la utilidad y necesidad del mismo, cuando su editor el Sr. Estrada, antiguo tipógrafo de Madrid, dice en su prólogo que es la única obra de este género que ve la luz en España; y nos concretaremos, para dar una idea de lo importante é interesante que es, á extractar el índice de las materias que comprende y que son las siguientes:

Diferentes sistemas de máquinas inglesas, alemanas, francesas, americanas y belgas, usadas en la tipografía.—Máquinas de blanco, sistema Dutartre, Alauzet, Marinoni, etc., de dos colores, de doble toque, de cuadro, de pedal y de mano.—Máquinas de retiracion, de grandes cilindros y de solevantamiento.—Máquinas de gran velocidad, de reaccion y cilíndricas ó rotativas.—Montaje de toda clase de máquinas.—Engrasaje.—Rodillos, su fundicion y pastas.—Tintas.—Papel.—Mojado y glaseado.—Tiradas especiales.—Enmantillaje.—Limpieza y manejo de las formas.

En la lámina que acompaña á esta obra hay modelos de las máquinas más modernas. Entre ellas está la representada en la figura 45, que es copia de la en que se hace la tirada de *El Liberal* de Madrid. Es una máquina que imprime en una hora 40.000 ejemplares.

REVISTAS.—*España.*

REVISTA EUROPEA (MADRID) 28 de Setiembre. De la influencia social del espíritu científico, por E. Cazelles.—Leyes naturales económicas de la prosperidad y de la justicia (continuación), por B. Escudero.—Historia de la pintura en Méjico (conclusion), por F. de Arrangoiz.—Wilhelm Meister, años de aprendizaje (continuación), por Goethe.—Bibliografía, la España primitiva, según F. Fita, por Joaquin Costa.—Boletín de las asociaciones científicas, Congreso de Montpellier. Sociedad francesa para el adelanto y progreso de las ciencias.—Miscelánea.—Teatros.

5 de Octubre. Las enfermedades del espíritu, según M. Maudsley, por M. Beaunis.—Leyes naturales económicas de la prosperidad y de la justicia (continuación), prosperidad, por B. Escudero.—Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII, introducción, Nicolás de Popielov, por J. Liske.—Poetas contemporáneos, D. Gaspar Nuñez de Arce, por A. Palacio Valdés.—Wilhelm Meister, años de aprendizaje (continuación), por Goethe.—La mañana, poesía de Víctor Hugo, por J. G. Aldeguer.—Teatros.

12 de Octubre. Las enfermedades del espíritu, según M. Maudsley (conclusion), por M. Beaunis.—Leyes naturales económicas de la prosperidad y de la justicia (continuación), por B. Escudero.—Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII (continuación), por J. Liske.—La felicidad humana, cuadro de costumbres, por D. Alcalde Prieto.—Wilhelm Meister, años de aprendizaje (continuación), por Goethe.—Miscelánea.—Teatros.

LA ENCICLOPÉDIA (SEVILLA) 5 de Octubre. Los dialectos de transición en general y los celtibérico-latinos en particular, por Joaquin Acosta.—El Dr. Verancólico y el siglo XXI, por José Puelles y Centeno.—Literatura popular, por Demófilo.—El melonar del Cura, por Juan Casamayor.—M. E. Viollet Le-duc, por José María de la Vega.

REVISTA DE MEDICINA Y CIRUJIA PRÁCTICAS (MADRID) 24 de Setiembre. Trabajos originales: Necrosis sífilítica del frontal, por el doctor D. Eusebio Castelo.—Revista de higiene, por el Dr. D. Rafael Rodríguez Mendez.—Ideas sueltas y en desorden sobre las enfermedades de la piel ó aforismos de dermatología práctica, por el Dr. D. José E. Olavide.—Investigación toxicológica sobre la glicerina, por D. Vicente Peset y Corvera.—Bibliografía, por el Dr. D. Bartolomé Robert.—Estudio anatómico de un caso de parálisis saturnina, naturaleza miopática de esta afección, por el Dr. Carl Friedlaender.—Revista española. Sociedades científicas: Sociedad Ginecológica española.—Instrumentos de obstetricia y ginecología.—Continuación de la discusión sobre un caso práctico de quiste del ovario: ovariectomía.—Sociedad escolar médica de Murcia.—Periódicos: Pleuresía yugulada.—La conjuntivitis catarro-granulosa y la neoplásica.—Revista extranjera. Sociedades científicas: De las curas antisépticas.—Sociedad protectora de la infancia de París.—Periódicos: Uso del ácido salicílico contra las ténias.—Empleo del petróleo en las afecciones de los pulmones.—Relación de la mortalidad de primíparas y múltiparas y sus frutos.—Purgante salino insípido.—El wood-oil contra la blenorragia.—Elixir peptógeno.—Tratamiento de la diarrea por el cianuro de mercurio.—Tratamiento del vómito nervioso.—Tratamiento de la disentería por la íxora dauduxa.—Sección oficial.—Noticias.

7 de Octubre. Otro medio diferencial entre la sangre humana y la de los animales, por D. Vicente Peset y Cervera.—De las toracentesis, por D. José Domenech Saez.—Revista bibliográfico-oftalmológica española, por el Dr. L. Carreras y Aragó.—Estudio anatómico de un caso de parálisis saturnina, naturaleza miopática de esta afección, por el Dr. Carl Friedlaender.—Revista española. Sociedades científicas: Sociedad Ginecológica española: pólipo adenoides del recto.—Conclusión de la discusión sobre un caso práctico de quiste del ovario: ovariectomía.—Periódicos: Gastralgia intermitente sífilítica acompañada de vómitos vespertinos y otros accidentes específicos dolorosos.—Caso notable de imperforación del ano.—Revista extranjera. Sociedades científicas: Academia de Medicina de París: acción fisiológica de los sulfatos de sosa y de magnesia.—Acción de las solanáceas virosas.—Sociedad de cirugía de París: de las curas antisépticas.—Periódicos: Un nuevo papel reactivo muy sensible.—Empleo del ácido fénico en la viruela.—Mezcla desinfectante.—Acción de la eserina contra el glaucoma.—Influjo de la alimentación en la salida de los dientes bajo el punto de vista antropológico.—Tratamiento del pénfigo.—Vaginismo: Pomadas de iodoformo y belladona.—Efectos del frío y del calor

aplicados sobre el raquis en la inercia uterina.—Tétanos traumático.—Tratamiento de una pelada del lábio superior.—Tratamiento de los sudores nocturnos.—Fórmula para la administracion de la carne cruda.—Trementina en la tos ferina.—Seccion oficial.—Noticias.

REVISTA GENERAL DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA (MADRID) Setiembre. Números del 997 al 1.008, del Boletín.—Consultas.—Seccion legislativa.

(Revista) n.º de Setiembre. Doctrinas tocante á la soberanía política, por Francisco Giner.—Discurso leído en la solemne apertura de los Tribunales, por Fernando Calderon y Collantes.—Obligaciones solidarias en el derecho romano por Manuel Garijo.—El Juicio de desahucio, por Florentino Humbert.—Revista de la prensa jurídica española y extranjera.—Noticias bibliográficas.

REVISTA DE ALMERÍA (ALMERÍA) Setiembre de 1879. La Côte de Al-Motamid, por Rafael Ramirez Arellano.—De las plantas tropicales y de la caña de azúcar (conclusion), por Pelegrin Cassinello.—El Regreso (poesía premiada), por Luis Montoto.—Un hombre original, por Oriel.—Exposicion y crítica de la doctrina trasformista; sus antecedentes y consecuencias (continuacion), por Agustin Arredondo.—Crítica literaria, por José Fornovi.—Tempestades (poesía premiada), por Enrique de Sierra Valenzuela.—La Creacion, (fragmento), por L. M.—El dictámen de un Jurado, por El Marqués de Valmar, José de Castro y Serrano, Gaspar Nuñez de Arce.—Mosáico.

REVISTA DE ANDALUCÍA (MÁLAGA) 5 de Octubre. Carácterés de la poesía moderna, por V. Gonzalez Serrano.

REVISTA GEOGRÁFICA Y ESTADÍSTICA (BARCELONA) 30 de Setiembre. Seccion Geográfica.—El Cosmos.—El sistema solar.—Distribucion de la especie humana sobre el globo.—Seccion Estadística.—Censo de la poblacion de 1877 de la provincia de Guadalajara.—Censo de la poblacion de la provincia de Badajoz.—Poblacion de Puerto-Rico.—Los célibes, viudos y divorciados bajo el punto de vista del matrimonio.—Estadísticas extranjeras.—

Aumento de la poblacion en Francia. —Seccion oficial.—Estadísticas oficiales.—Exportacion general.—Europa, Asia, África y América.—América, importacion.—Seccion de noticias.—Suelos.

LA RENAIXENSA (BARCELONA) Setiembre. Joseph Coroleu, Dels contractes de enfiteusis y á rabassa morta segons l'antiga y la moderna l'legislació.—J. Pons y Massaveu, La barra.—Anton Massó, L'enveja.—F. Ubach y Vinyeta, Lo só de l'arpa.—Damas Calvet, A Esmeraldina Cervantes.—Ángel Guimerá, Lo que diu l'arpa.—Novas.

ANALES DE AGRICULTURA (MADRID) 1.º de Octubre. J. Aliño, Crónica agrícola.—Zoilo Espejo, La filoxera en Granada. Z. España, Aprovechamiento del orujo de la uva.—Zacarias E., Cebo mecánico de aves.—A. Martin Sanchez, La agricultura en Avila y su provincia.—J. G. de A., Situacion del personal agronómico en provincias.—La Redaccion, Variedades.—Idem, Bibliografía.—Idem, Seccion oficial.—Ley sobre el dominio de aguas.—Idem, Mercados.—Idem, Observaciones meteorológicas.

REVISTA DEL INSTITUTO AGRÍCOLA CATALAN DE SAN ISIDRO (BARCELONA) Setiembre. Enfermedades de la vid (del *Eco de Navarra*).—Informe sobre la filoxera, por D. Joaquin de Espona.—Praticultura, por D. J. Presta.—Parte oficial.—Ley de aguas.—Noticias varias.

REVISTA DE ESPAÑA (MADRID) 28 de Setiembre. I. La division municipal en España, por D. Estanislao Suarez Inclán.—II. La Encíclica aeterni Patris, por D. Gumersindo de Azcárate.—III. Teoría científica del valor, por D. Pedro Estasén.—IV. Estudio crítico filosófico sobre la monarquía asturiana, por D. Mariano M. Valdés.—V. La administracion y la política, por D. Luis Barthe.—VI. Pascual Lopez, por doña Emilia Pardo Bazan.—VII. Crónica política, por D. J. Ferreras.—VIII. Crónica científica, por don Eugenio Plá y Rave.—IX. Boletin bibliográfico.

Extranjero.

O INSTITUTO Julio de 1879. Questões de Finanças, por Domingos Manuel Pereira de Carvalho Abreu.—Contribuciones ad Floran mycologican lusitanicam, por F. de Thuemen.—Ictericia grave, sua pathogenia, por J. A. de Sousa Refoios.—Catalogo das plantas medicinales que habitam o continente portuguez, por Adolfo Frederico Moller.—Aos quince annos da menina Maria Ignacia Rocha Borges, poesia, por A. Macedo Papança.—Gomes d'Abreu no bussacõ, por A. A. da Fonseca Pinto.

THE ACADEMY 6 de Setiembre. John Morley, Burke. Macmillan (Payne).—Seventh Report of the Royal Commission on Historical Manuscripts. Eyre a. Spottiswoode.—Oncken, Oesterreich und Preussen im Befreiungskriege, urkundliche Aufschlüsse über die politische Geschichte des Jahres 1813 2 Bd Berlin, Grote. (A. Stern.)—Notes and News.—Obituary: Sir Rowland Hill. (Courtney.)—Correspondence: The Meaning of "Gorjer." (R. F. Burton.)—More Papyri from the Fayyum. (Rogers.)—Vigfússon a. Powell, An Icelandic Prosa Reader. Oxford, Clarendon Press. (H. Sweet.)

20 de Setiembre: Phillimore The Life of Admiral of the Fleet Sir William Parker. II. Harrisson (Essington).—Rubáiyat of Omar Khayyám. (Fourth Edition), and the Salámán and Absál of Jámi rendered into English Verse. Quaritch. (Goldsmid.)—R. St. Poole, a descriptive Catalogue of the Swiss Coins in the South Kensington Museum. Chapman a. Hall.—Lady Jackson, Old Paris, ins Cour and Literary Salons; Phipson, The Storm and ins Portents, scenes from the Reign of Louis XVI. Bentley a. Son. (Et Coquerel).—Current Literature. (Pierling, Rome et Démétrius. Leroux.) The Life and Advertures of Ernst Moritz Arndt, the Singer of the Cerman Fatherland, with a Preface by Seeley. Seeley, Jackson a. Co.; Hoopell, Vinovium, the Buried Roman City at Binchester, in the County of Durham as revealed by the recent Explorations. Calendar of Home Office Papers. 1866-69, edited by Redington; Fredrik, Charles VII, translated from the swedish by Apgeorge. Bentley a. Son; Religion et Mœurs des Russes. (primer volúmen de la Bibliothèque slave elzévirienne).—

Notes and News.—Correspondence: Pegasus. (Isaac Taylor et Murray.)—Ed. v. Hartmann, Phänomenologie des sittlichen Bewusstseins, Prolegomena zu jeder künftigen Ethik. Berlin, Duncker, (Edw. Wallace.)—Stephani, compte rendu de la commission impériale archéologique pour l'année 1876. St Petersburg. (Murray.)

27 de Setiembre. Two new works by Bjornson.—Placita anglo-normannica, Law Cases from William I to Richard I preserved in Historical Records by M. M. Bigelow. Sampson Low (Hewlett).—Harrison, Spain in Profile. Trübner.—Musée des Archives départementales, Recueil de Fac simile héliographiques de documents tirés des archives des préfectures, mairies et hospices. Paris, imprimerie nationale (Maunde Thompson).—Correspondence: Sir Thomas Cumberworth's Will (Peacock).—Herbert Spencer, The Data of Ethics. Williams and Norgate (J Sully).—F. de Saussure, Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes. Leipzig, Teubner (John Rhys).

RASSEGNA SETTIMANALE 28 de Setiembre. Campania. (E. de Ruggiero).—Ancora sulle pergamene di Perugia. (E. M.).—Bibliografia: Letteratura. Waitz, Deutsche Verfassungsgeschichte. I-VIII. Kiel. 1844-78.—Fischer, Beiträge zur physischen Geographie der Mittelmeerländer, besonders Siciliens. Leipzig, Fues; von Lassaulx, Sicilien, ein geographisches Charakterbild. Bonn, Strauss.

THE ATHENAEUM 20 de Setiembre 1879. Vivian. Wanderings in the Western Land. Sampson Low.—Cussans, History of Hertfordshire, parts XIII and XIV. Chatto a. Windus.—Estreatfield, Kafirland, a Ten Month's Campaign. Sampson Low.—Milton' Divorce. (Hyde Clarte.)—The Anglo-Saxon Chronicle (Howorth).—Middleton, A Descriptive Catalogue of the Etched Work of Renbrandt Van Rhyn. Murray; Haden, The Etched Work of Rembrandt, a Monograph, with an Appendix; Middleton, A Reply to a Letter and a Pamphlet published by Haden. Spottiswoode.—The Hundred Greatest Men.—Notes from Athens.

27 de Setiembre Poems of Wordsworth, chosen and edited by Matthew Arnold. Macmillan.—Relation de l'ambassade a Kharezm de Riza Qouli Khan,

traduite et annotée par Charles Schefer. Paris, Leroux.—Brown, The Annals of Newark-upon-Trent. Sotheran; Daniell, The History of Westminster. Simpkin, Marshall & Co.—Current Philosophy. (Lewes, The Study of Psychology. Trübner; Calderwood, The Relations of Mind and Brain. Macmillan; Knight, Studies in Philosophy and Literature. Kegan Paul; Balfour, A Defence of Philosophic Doubt. Macmillan.)—The Hamath Inscriptions. (Heat.)

LA CRITIQUE PHILOSOPHIQUE 18 Septiembre. F. Pillon.—L'éducation morale des deux sexes.—Bibliographie.—La psychologie allemande contemporaine, école expérimentale, par Th. Ribot.

MAGAZIN FÜR DIE LITERATUR DES AUSLANDES 20 Septiembre. Deutschland und das Ausland, Der Einfluss der deutschen Literatur auf England II.—Frankreich, La Fille de Roland (Bornier).—England, Eine Weltumsegelung.—Skandinavien, Runeber's Dichtungen.—Griechenland, Aristotélis Valaoritis.—Rumänien, Snove sau Povesti Populare III.—Kleine Rundschau, Wegele, Dante Alighieri's Leben und Werke.—Trahdorff, der Bewusstseinsphilosoph von J. Eckardt.—Volkslieder und Gedichte von G. J. Kuhn.—My Command in South-Africa 1874-78. By Cunynghame.—Neuigkeiten aus der Literaturwelt.

O POSITIVISMO Agosto, Septiembre. Philosophismo e positivismo, Augusto Rocha.—Constituição da esthetica positiva, Theophilo Braga.—O esperito (primeiros tracos), Bettencourt Raposo.—Estudos pedagogicos, I. A. arte de leitura de Joao de Deus.—Claude Bernard e os seus contradictores, Joao Diogo.—Bibliographia. Julio de Mattos: Soluções positivas da politica portugueza por Theophilo Braga.—Variedades.

L'ATHENÆUM BELGE 15 de Septiembre. Correspondance de Philippe II publicada por Gachard, t. V.—Histoire des Pays-Bas en images, 1815-1830, por Fr. Muller.—Boletin.—L'Institut de droit international.—Siger de Brabant et Siger de Courtrai.

1.º de Octubre. Education et enseignement superieur, por E. Rambert.

—Sur la participations des troupes de Pays-Bas á la campagne de 1815 en Belgique, por A. Eenens. — Les arts á la cour des Papes, por E. Münck. — Oeuvres de Philarète Chasles — Publications historiques allemandes Boletin. — Les congres neerlandais. — Congres de Liége. — Le Musée du Conservatoire royal de Bruselles.

REVUE PHILOSOPHIQUE. Octobre. J. Delbœuf, Le sommeil et les rêves. I. Aperçus critiques de quelques ouvrages récents. — Boussinesq, Sur le rôle et la légitimité de l'intuition géométrique — Th. Ribot, Les mouvements et leur importance psychologique. — A. Baudouin, Histoire critique de Vanini (fin). — Analyses et comptes rendus: Guyau. — La Morale anglaise contemporaine. — Sophie Germain, Œuvres philosophiques. — J.-J. Rousseau jugé par les Genevois d'aujourd'hui. — Herzen, Il moto psichico e la coscienza. — Revue des périodiques étrangers: Mind, The Journal of speculative Philosophy. — Correspondance: Un projet d'Association philosophique.

REVUE CRITIQUE D'HISTOIRE ET DE LITTÉRATURE. Extraits des auteurs grecs concernant la géographie et l'histoire des Gaules, p. p. Cougny. — Mémoires de Jaches sur les guerres de religion á Castres et dans le Languedoc p. p. Pradel. — Hillebrand, époques, peuples et hommes. — Crónica.

MACMILLAN'S MAGAZINE. Octobre. I. History and Politics, por el profesor Seeley. — II. "Haworth's," por Frances Hodgson Burnett. — III. Charles James Mathews. — IV A College for Working Women, por Miss Martin. — V. The Malalani; or, Spiritual Christians in Eastern Russia, por G. M. Asher. — VI. Autobiography of a Thief in Thieves' Language, J. W. Horsley. — VII. Doubting Heart, por Miss Keary. — VIII. Vivisection, por George Greenwood. — IX. Party Government, por A. T. Davidson.

LITERARISCHES CENTRALBLATT 20 de Setiembre. Schuhl, Sentences et proverbes du Talmud et du Midrasch, suivis du traité d'Aboth. Imprimerie nationale, 1878. — Kneucker, das Buch Baruch. Leipzig, Brockhaus. — Heyd, Geschichte des Levantehandels. 2.^o vol. Stuttgart. — Scriptorum rerum

Danicarum medii aevi. Tome IX. Copenhague —Muck, Geschichte von Kloster Heilbronn. Nördlingen.—Schwarz, Landgraf Friedrich V von Hessen-Homburg und seine Familie. 3 vols. Rudolstadt. 1878.—Lehrsii dissertatio de ironia, p. p. Friedländer. Königsberg.—Hagen, Zur Geschichte der Philologie u. zur römischen Literatur. Berlin. Calvary.—Altenglische Dichtungen des Ms. Harl. 2253, mit Grammatik u. Glossar. hrsg. V. Böldeker. Berlin, 1878.—Taubert, Daphne, das erste deutsche Operntextbuch. Torgau, Jacob.—Dal Norges Helgener. Christiania, Cammermeyer.—Kammer, Karl Ldhrs. Berlin.—Roscher, Hermes der Windgott. Leipzig, Teubner. 1878.—Geschichte des deutschen archäologischen Instituts 1829-1879. Berlin, Asher.—Boutkowski, dictionnaire numismatique. Tome I, vol. I. Leipzig, Weigel.—Demmin, Encyclopaedie der Schrifteokunde, Bilderkunde, Baukunst, u. s. übersetzt von Mothes.

L'EXPLORATION. 14 de Septembre. Congrès international d'étude du canal interoceanique. Rapport sur les projets des canaux interocéaniques (suite) (Voisin-Bey).—Expédition de Nordenskiöld au détroit de Behring (suite) (V. H. Kramer).—L'Isthme de Panama (L. Verbrugghe).—Revue géographique semestrielle (fin) (Ch Normand).—Congrès international de Géographie commerciale de Bruxelles.—Nouvelles de tous les points du globe.—21 septembre.—Congrès international d'étude du canal interoceanique (suite) Rapport sur les projets des canaux interocéaniques (suite) (Voisin-Bey).—New-York et ses environs (H. Capitaine).—Expédition de Nordenskiöld au détroit de Behring (suite) (V. H. Kramer). L'Isthme américain. Déclaration de M. le commandant Selfridge.—Nouvelles de tous les points du globe.—Plan de la ville de New-York.

MONITEUR DES ARTS 19 Septembre. In Memoriam: H. Sebron. Valerio. Le baron Taylor. Cham.—Les arts en province.—La sculpture italienne.—Exposition d'Anvers.

REVUE DE BELGIQUE. 15 Septembre. Ad. Prins. Les luttes du libre examen et du dogmatisme au moyen age.—Em Me Laveleye. Lettres d'Italie.—Ferdinand Gravrand. Un prédicateur excentrique au XV siècle.—Emily C. Fernau. Souvenirs de la tyrannie de Rosas á Buenos-Aires. La promenade

nocturne (Seconde partie).—Eug. Van Bommel. Chronique littéraire.—Eugène Houbotte. Les nationalités, par M. Pi y Margall.

JOURNAL DES BEAUX-ARTS. 16 Septembre. Le salon d'Anvers.—A propos du dictionnaire des peintres.—Pensées et maximes.—Du buste. Fin.—L'Art pratique de G. Hirth.—Chronique.—Dictionnaire des peintres.

REVISTA EUROPEA 16 de Setiembre. Ródoni, I tre canti piú famosi della Divina Commedia —Gli studi da Bertollotti sopra la familia Cenci.—Ferrari, Un'episodio della Divina Commedia, Dante e Buonagiunta.—Baffi, Lettere e poesie inedite di Gabriel Rossetti.—Castagna, Il cavaliere Raffales d'Ortensio, professore di eloquenza e letteratura italiana.—Ricardi, Litolatria, studi intorno alla scienza della religiosita.—Rassegna letteraria e bibliografica.

RASSEGNA SETTIMANALE 14 Septembre. Le pensioni de Ministri e dei Segretari generali.—Le Scuole normali.—Corrispondenza da Parigi.—Corrispondenza del Chili.—Corrispondenza da Foggia.—La Settimana.—Teofilo Gautier.—Una traduzione di Silio Italico.—Bibliografia: A Barbaro Forleo, Malinconia Albert Castelnau, Les Médicis Domenico Carutti, Il conte Umberto 2.^o (Biancamano). Ricerohe e Documenti. Bartolomeo Malfati, Il disegno geografico nelle scuole secondarie. Elementi di disegno geografico proposti alle scuole secondarie. Notizie.—Reviste. 21 Septembre. Le istanze degli impiegati.—Il Museo artistico industriale di Roma.—Corrispondenza da Londra.—La Settimana.—L'ultimo amore di F. Lassalle (E. Masi).—Corrispondenza artistica da Monaco (C. Gambillo).—I mezzi di comunicazione nella scienza economica (C. F. Ferraris).—Bibliografia: Ettore Stampini, Impressioni e Affetti Versi. Stanislao Porcu-Fara. Sul diritto dei Franchi in Italia. L. Bissolati, Il principio logico dell'ascetismo. Schell. Theorie der Bewegung und der Kräfte. Zweite Auflage 1.^o Band.—Notizie —Reviste.

21 de Setiembre. Masi. L'ultimo amore di F. Lassalle.—Bibliographia. Bissolati, Il principio logico dell'ascetismo.

REVUE CRITIQUE RUSSE núm. 15. L'Iliade d'Homère avec com-

mentaires en russe par Gospitez (Korch).—Vambéry, La civilisation primitive des Tures-Tatares.—Loutchitsky, Les assemblées provinciales en France sous Louis XVI.—Travaux des Sociétés savantes Slaves. La Matica Morave.

Nº 16. Kuhn, L'origine des villes du Komerverfassung et du Synoikismos (Schwarz).—Fontaine, Le théâtre et la philosophie au XVIII siècle. (Alexis Veselovsky).—E. et J. de Goncourt, Portraits intimes.—Le congrés archéologique de Tiflis.

REVUE POLITIQUE ET LITTÉRAIRE 13 Septembre. Le mouvement philosophique. De la psychologie expérimentale en Allemagne (Lionel Dauriac).—Shakespeare et l'antiquité (P. Stapfer).—Romanciers américains Nathaniel Hawthorne (Léo Quesnel).—Le mouvement littéraire à l'étranger.—Causerie littéraire.—Bulletin.—20 sep. L'expédition américaine au pôle nord (C. de Varigny).—Le mouvement littéraire en Danemark. (A. Barine).—Londres au commencement du XVIII siècle, d'après le Dr. J. Doran (Léo Quesnel).—Histoire d'Italie.—Causerie littéraire (M. Gaucher).—Notes et impressions (L. Ulbach).—La semaine politique.—Bulletin.

REVUE SCIENTIFIQUE 13 Septembre. Congrès des naturalistes suisses. Session de Saint-Gall. M. C. Vogt. L'archæopteryx macroura.—La Grèce primitive: Mycènes, d'après les découvertes de M. Schliemann.—Société nationale d'agriculture de France. M. Bouchardat: L'agriculture et l'alimentation des poissons.—La génération des vertébrés, d'après M. Balbiani.—Faculté des sciences de Paris. M. H. Hermite; La géologie des îles Baléares.—Académie des sciences de Paris.—Chronique scientifique.—20 Septembre. Congrès international de médecine. Session d'Amsterdam Discours de M. Donders: L'art et la science; les théories scientifiques contemporaines.—Association française pour l'avancement des sciences. Congrès de Montpellier. M. le colonel Laussedat: La géographie physique au point de vue de la défense du territoire. Création d'un corps spécial de signaux.—La formation du sang (G. Pouchet).—Académie des sciences de Paris.—Bibliographie scientifique.—Chronique scientifique.

REVUE DES DEUX-MONDES. 15 Septembre. Le roi Apépi (V. Cher-

bulicz). Les assemblées du clergé au temps de la Fronde (A. Maury).—L'œuvre moderne e religieuse de Thorvaldsen (S. Jacquemont). La réforme de l'impôt foncier (Mathieu-Bodet).—L'histoire monumentale de Rome et la première Renaissance. Du soin des édifices a Rome pendant le XV siècle (A. Geffroy).—Laurence.—L'esthétique naturaliste (Ch. Bigot).—Le theatre de M. Labiche (F. Brumetiere).—L'Académie nationale de musique et l'opéra populaire (F. de Lagencvais).—Chronique.—Essais et notices.

REVUE GÉOGRAPHIQUE. 30 Juin. D. Ratzel. L'émigration chinoise.—Dr. Dutrieux. Rappor sur l'expédition belge de Mpouapoua a Ouyoui.—G. du Laurens. Le Turkestan. IV. Le Pays de Sir-Daria.—Dr. Harmand. Exploration du pays a l'ouest de Mé-Kong (Cambodge).—Dr. Ignatius. Le grand-duché de Finlande. Suite.—H. Houssaye. Les fouilles de Mycenes.—L. Say. Les autruches en Algérie.—Pays des Zoulous. Le Zoulouland et le Cap. Bulletin des explorations.—Carte: Le Combodge.—31 Julliet. De Bizemont. Savorgnan de Brazza sur l'Ogooué.—Dr. Dutrieux. Rappor sur l'expédition belge. Fin.—G. du Laurens. Le Turkestan.—Les steppes Kizil-Koum et Bel-Pak-Dala.—Duponchel. Le chemin de fer transsaharien.—Dr. Ignatius. Le grand-duché de Finlande. Suite.—H. Houssaye. Les fouilles de Mycenes, Fin.—Algérie. Développement de la colonisation.



MADRID, 1879.—Imprenta de MANUEL G. HERNANDEZ,

San Miguel, 23, bajo.